

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

---

# PSICOLOGÍA ÉTNICA

FOR

**CH. LETOURNEAU**

*Profesor de la Escuela de Antropología*

Traducción de  
**Anselmo Lorenzo**

---

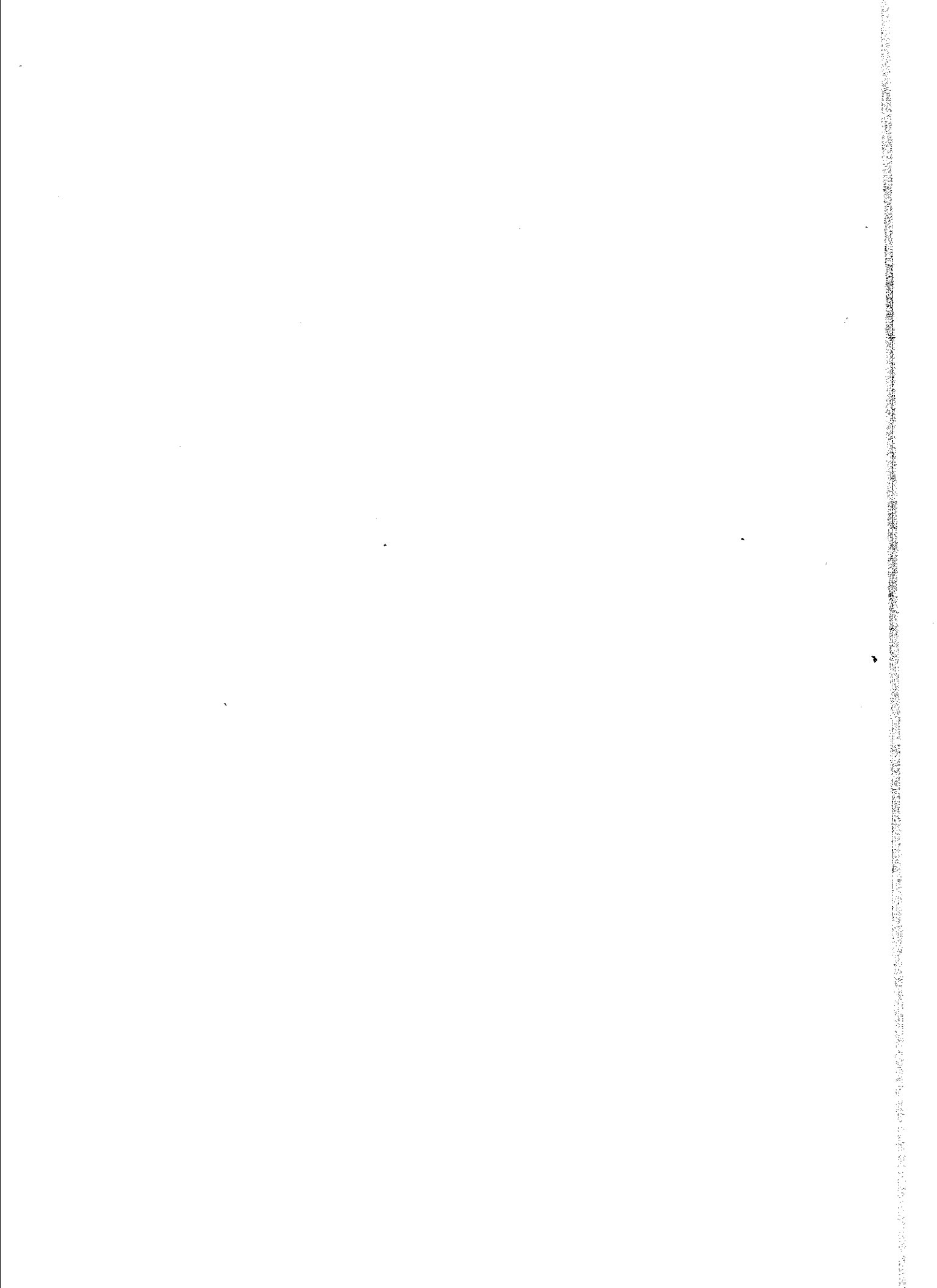
**TERCERA PARTE**



**BARCELONA**  
Calle de Ballén, núm. 56  
1905



# PSICOLOGÍA ÉTNICA



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

# PSICOLOGÍA ÉTNICA

POR CH. LETOURNEAU

PROFESOR DE LA ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

TRADUCCIÓN DE  
ANSELMO LORENZO

## TERCERA PARTE

La mentalidad china.  
La mentalidad en el mundo egipcio.  
La mentalidad semítica.  
La India y su mentalidad.  
La mentalidad helénica.

*¿Qué es el hombre primitivo?  
Un civilizado infantil.*

CH. L.



BARCELONA

Imprenta Elzeviriana de Borrás y Mestres, Rambla de Cataluña, 14

1905



# PSICOLOGÍA ÉTNICA

## TERCERA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### La mentalidad china

SUMARIO. — I. *Los orígenes*: clanes nómadas; falta de valor militar en los chinos; aptitud para el trabajo paciente; antigüedad de la China; antepasados salvajes; clanes exogámicos; sujeción femenina; monogamia poligámica. — II. *La sensualidad china*: domesticación de las «mujercitas»; refinamientos y desviaciones genéticas; el pie femenino y el pudor; la Virgen madre. — III. *La estética china*: la música china; edad de piedra de la música; poder mágico de la música; artes gráficas y plásticas; su inferioridad. — IV. *La invención y la rutina*: detención universal de desarrollo; carácter de la agricultura china; el junco, embarcación primitiva y perfeccionada; invención precoz, variada y limitada; la invariabilidad en el medio; las asociaciones anárquicas; la violencia razonada. — V. *El carácter chino*: cualidades y defectos; humor pacífico y pusilanimidad; orgullo patriótico; cómo se persuade un chino; poco altruismo; moralidades triviales. — VI. *La instrucción en China*: moralización por la publicidad y la educación; supersticiosa admiración de las fórmulas; la lengua y la escritura chinas; un ejército de signos gráficos; educación mnemónica; el mandarinato, los concursos y su resultado. — VII. *La inteligencia china*: desdén de las obras de imaginación; un soberano quemador de libros; astronomía antigua y rudimentaria; teoría animica de los eclipses; antigua imprenta estereotípica. — VIII. *Los factores del espíritu chino*: sistema ininteligente de los concursos; su mal resultado; los concursos juzgados por Huxley. — IX. *El Japón y la China*: analogías y diferencias.

#### I. — LOS ORÍGENES

Todas las ramas y grupos secundarios de la gran raza amarilla ó mongólica acaban de pasar ante

nuestra vista; pero fáltanos examinar su aglomeración principal, el reino de los celestes, el pueblo que ha sabido crear una de las civilizaciones más originales del globo, un foco de invenciones útiles, un inmenso taller y cuya influencia educatriz ha sido para las razas congéneres lo que el antiguo Egipto fué para el mundo semítico y ario. Para la psicología étnica «el alma china» tiene, pues, un interés particular.

Como todos los orígenes, los de la China son insuficientemente conocidos; pero su población, desde el punto de vista de la raza, está muy emparentada con los clanes nómadas que, aun en el día, vagan por las inmensas estepas del Asia septentrional y cuya evolución sociológica parece haberse detenido casi en el punto en que los antepasados chinos comenzaron á formar su vasto imperio. Pues esos nómadas tienen diferentes cualidades: son sencillos, valerosos, serviciales, ordinariamente sinceros, más cuidadosos de gozar de lo que poseen que de aumentar su haber, imprevisores y del primer momento, no crueles por gusto aunque poco impresionables y, por consiguiente, capaces de cometer, cuando llega la ocasión y lo juzgan útil, actos de fría ferocidad. A este propósito recordamos los horrores que señalaron las conquistas de Gengis y de Timour.

El chino de la historia se parece, en el fondo, á su antepasado tártaro, aunque ha perdido ciertas cualidades y ha adquirido otras. Menos sanguinario aún que el tártaro, ha quedado poco sensible á los sufrimientos ajenos y muy capaz de cometer

fríamente atrocidades. Ha perdido por completo el valor militar; lo sabe, pero no se avergüenza de ello. Durante la insurrección de los *taipings*, el criado chino de un comerciante inglés de Shanghai trajo á casa de su amo el corazón de un insurrecto para comérsele y adquirir valor <sup>1</sup>. El chino actual está desprovisto de espontaneidad; los actos más indiferentes de su vida están sometidos á un ritual mecánico del que casi nunca se separa, pero que mientras le practica, calcula las consecuencias, ventajosas ó no de sus acciones; es prudente hasta la desconfianza, mercantil é interesado.

Por otra parte, es un obrero incomparable, el digno descendiente de los clanes primitivos, que, poco á poco, á costa de miles de años de labor paciente, han roturado y saneado el Imperio del Medio y creado la enorme aglomeración humana que le puebla: «El labrador chino, escribe un antiguo observador, despliega con frecuencia cualidades morales que ilustrarían á hombres de una categoría más elevada <sup>2</sup>.»

Es un tártaro reblandecido y amansado para la actividad laboriosa y la obediencia á las leyes y costumbres de su país.

Esta transformación del carácter, desde los antepasados bárbaros hasta los chinos actuales, tan perfectamente adaptados á su civilización utilitaria, resulta de una lenta refundición moral, que comenzó con la historia de la China. Recordaremos ahora, no los acontecimientos especialmente histó-

---

1 Tylor, *Early history of Mankind*, p. 167.

2 Grosier, *loc. cit.*, t. II, p. 366.

ricos del imperio chino, sino las particularidades de todo género propias para dar alguna luz sobre la mentalidad de la nación. Ante todo, una palabra acerca de los orígenes.

En la aurora de los tiempos históricos, ya era viejo el género humano, puesto que, aun sin hablar de Egipto, el foco civilizador más antiguo que conocemos, existían ya otros, particularmente Asiria, Caldea y Persia para las razas blancas; y para las razas amarillas, seguramente la China y quizá, aunque aquí sólo podemos conjeturar, las misteriosas poblaciones que, sobre las altas mesetas de la América central, fundaron las primeras civilizaciones bárbaras de que eran herederos los aztecas y los quichúas. Ya hemos tratado de apreciar el valor mental de estos últimos; pronto haremos lo mismo respecto de los antiguos reinos creados por las razas blancas. En este momento se trata de examinar lo que vale el gran imperio chino desde el punto de vista de la psicología étnica.

Como los de la mayor parte de los otros pueblos, los orígenes chinos son muy imperfectamente conocidos. Pero no ha de suponerse aquí la intervención de iniciadores extranjeros: se trata de una civilización nacida de sí misma en plena estancia mongólica, y cuya obra, cualquiera que sea el juicio que se le aplique, es original y no ha tomado nada notable de otras razas: es, pues, muy precioso para nuestro estudio.

Sin poder sostener la comparación con la cronología egipcia, la de la China es, sin embargo, de una duración muy respetable, puesto que *Hoang-ti*,

el primer soberano histórico, vivía el año 2698 antes de nuestra era, lo que supone, antes de él, una China ya civilizada de larga fecha. Hasta no haciendo nacer la monarquía de los celestes sino á partir del reinado de *Hoang-ti*, se obtiene una duración total de más de 4.500 años, espacio de tiempo relativamente enorme en el cual un pueblo de raza sensiblemente homogénea ha sido sometido á una disciplina social casi inmutable. Como lo ha hecho ya notar el autor de un antiguo y precioso estudio sobre la China, una duración así es más que suficiente para modelar netamente un tipo nacional é inculcarle costumbres que se conviertan en una segunda naturaleza <sup>1</sup>. Esta segunda naturaleza podría tener tantas más facilidades para consolidarse, cuanto que, si hemos de referirnos á su tradición indígena, la imponente masa actual de la población china sería sólo la posteridad de una pobre y pequeña horda de primitivos, que en un principio vagaban el pie de las montañas que separan el Thibet de la China. Estos antepasados comenzaron viviendo en el último grado del salvajismo; de tal modo, que hasta ignoraban el uso del fuego, es decir, eran inferiores á los australianos y á los bochimanos, y como estos últimos vivían principalmente de raíces y de insectos <sup>2</sup>. Estos groseros progenitores, que la tradición china no trata de embellecer, se llaman en China «las cien familias de cabellos negros», y sus descendientes se consideran aún como parientes. Por «familias»,

1 Abbé Grosier, *Description générale de la Chine*, t. II, p. 358.

2 Prichard, *Hist. nat. homme primitif*, t. I, p. 309.

ha de entenderse clanes familiares y aun clanes exogámicos, puesto que aun en nuestros días un hombre y una mujer que lleven el mismo nombre no pueden casarse <sup>1</sup>, supervivencia manifiesta de la primitiva familia uterina; porque en China todo se conserva y todo se superpone, y únicamente por respeto á las viejas costumbres se ha dejado subsistir ese resto de exogamia; porque la familia paternal está en pleno vigor, y, en la casa, según un proverbio chino, «la mujer no es más que una sombra y un eco».

No se sutilice sobre la santidad del matrimonio: la joven soltera se casa ó más bien es vendida á un marido cualquiera, y ha de sentirse con él en extremo feliz, sea el esposo hermoso ó feo, joven ó viejo; porque, según la moral china, una doncella, en un asunto que tanto le interesa, no puede manifestar una preferencia cualquiera sin violar las leyes del pudor <sup>2</sup>. Este marido impuesto nunca será suficientemente adorado, y si muere, su viuda se ilustra suicidándose con gran pompa, y como recompensa se colocarán en un templo tablillas de honor que conserven el recuerdo de tan bella acción <sup>3</sup>. Pero la recíproca no se usa: los viudos no se apresuran á unirse á sus difuntas mujeres, y aun durante su vida es lícito adjuntarlas algunas «mujercitas», legalmente inferiores á la matrona legítima, hasta el punto de que ésta es reputada

---

1 Sinibaldo de Mas, *La Chine et les Puissances chrétiennes*, t. I, p. 42.

2 Milne, *Vie réelle en Chine*, p. 159.

3 Wake, t. II, p. 51.

como la madre de sus hijos; y aun esto es uno de los arreglos imaginados para conciliar las contradicciones. En el caso especial que nos ocupa, la conciliación alcanza á la monogamia y la poligamia, y el legislador chino ha recurrido á lo que podría llamarse, según una expresión italiana y en este caso con particular exactitud, un *connubio*; la monogamia existe de derecho, y es cosa convenida que el hecho poligámico no le altera en nada. La mujer china, que no suele abusar del razonamiento, parece que se acomoda bien á ese compromiso legal; hasta se ven mujeres que le perfeccionan y aprueban que sus maridos tengan «mujercitas» en las poblaciones lejanas adonde los negocios les obligan á permanecer regularmente <sup>1</sup>. Los «goznes de la costumbre», según la frase de Montaigne, no son evidentemente los mismos en China y en Europa; pero en todo país no hay nada que se oponga á esta costumbre cuando es suficientemente inveterada. La de los chinos carece quizá de delicadeza: reduce el amor conyugal á su más simple expresión; pero tiene dos grandes ventajas, una social, otra moral: primeramente suprime la bastardía; después reduce notablemente el amplio y vago terreno que entre nosotros se deja á la hipocresía y á la mentira.

Estas costumbres no se modificarán fácilmente; sin embargo, en las ciudades comerciales del litoral, el incesante contacto con los extranjeros ha suscitado ya en algunos cerebros femeninos una

---

1 Milne, *loc. cit.*, p. 161.

levadura de rebeldía, pero de rebeldía pasiva. Varias jóvenes chinas parece que han fundado una sociedad, cuyas afiliadas juran suicidarse en el caso en que sus padres quieran casarlas sin su consentimiento.

## II. — LA SENSUALIDAD CHINA

Casi no es necesario decir que en China, como en otras partes, la poligamia, la verdadera, la poligamia legal es sólo patrimonio de los ricos; pero estos ricos tienen sus especiales exigencias; quieren concubinas ó « mujercitas » especialmente amaestradas para sus placeres, de cuyo suministro se encargan ciertos intermediarios, que con toda amabilidad preparan jovencitas dándoles una educación artística, á quienes enseñan pintura, música, canto y luego las venden á gran precio á quien las quiere pagar <sup>1</sup>; porque los chinos, según numerosos testimonios, son muy disolutos; apenas conocen más que el amor sexual, pero refinado, é introduciendo ciertos procedimientos que las otras razas no han inventado y que no he de describir aquí. Se sabe también, y esto está en relación, que las desviaciones genésicas les son muy familiares.

Dícesenos que á bordo de los juncos puede hallarse con frecuencia Sodoma y Gomorra <sup>2</sup>, y de hecho, el amor contra natura está muy extendido en China, sobre todo entre los grandes, y hasta existen para

1 Abbé Grosier. *loc. cit.*, t. I, p. 41.

2 H. Russel Killough, *Seize mille lieues*, etc., t. I, p. 259.

su práctica casas de prostitución <sup>1</sup>. Es ese un género de relajación admitido, y los jóvenes que á él se someten no se ocultan, lo mismo que las mujeres galantes de clase ínfima (Dr. Collignon). Pero después de todo, esos vicios existen, más ó menos exparcidos, en todas las razas humanas: por algo desciende el hombre de progenitores simios.

Para completar este breve bosquejo de la sensualidad china, citaré un rasgo especial de imaginación lúbrica, que no se halla en ningún otro país; me refiero á la relación imaginaria que los chinos han creado entre la pequeñez del pie de la mujer y ciertas conformaciones de los órganos femeninos acomodadas á su capricho. En su opinión, es para una mujer un acto en extremo inmodesto mostrar á un hombre su pie sabiamente deformado; hasta hablar de él es inconveniente, y está convenido que los artistas, en sus pinturas, deben ocultar siempre los pies femeninos bajo los vestidos. Por último, los viejos relajados chinos coleccionan zapatitos de mujer <sup>2</sup>, y no pueden contemplar sus colecciones sin emoción sensual.

Estos hombres tan inclinados al vicio profesan, no obstante, gran estimación por la castidad; por supuesto, la que pretenden imponer á sus mujeres, bien que, en virtud de la comunidad de raza, la mujer china está sujeta á los mismos ardores eróticos que el hombre.

Una leyenda china se distingue, entre las numerosas leyendas de inmaculadas concepciones que

---

1 Timkowski, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXIII, p. 311.

2 Wilhem Stricker, *Archiv. für Anthropologie*, 1870.

existen en el mundo, por el carácter glorioso que atribuye á la castidad llevada al extremo. Se trata de una época evidentemente anterior á toda cronología, en que no había aún sobre la tierra más que un solo hombre y una sola mujer. El hombre, tal vez enamorado, pero razonador sobre todo y penetrado de la grave responsabilidad que pesaba sobre la pareja única, inducía á su compañera á concurrir con él á la reproducción de su especie; pero ésta, inquebrantable en su propósito de permanecer casta á pesar de todo, se negaba á sacrificar su virginidad, aunque fuese para poblar la tierra. Los dioses, que desde las alturas seguían el debate con admiración, arreglaron todo dotando á la primera pareja de un modo superior de fecundación, que salvaría la pureza sin sacrificar la indispensable maternidad; al efecto encendieron en los ojos del hombre una llama tan intensa, y dotaron los de la mujer de una receptibilidad tan penetrante y tan radiante, que la sola mirada viril bastó para determinar la concepción inmaculada; todo el género humano desciende, pues, de una virgen <sup>1</sup>.

Dícese que A. Comte predijo que un día, muy lejano aún, una humanidad futura, mucho más angélica que la nuestra, llegaría á reproducirse por ese mismo procedimiento, casi inmaterial, que los chinos han colocado al origen del género humano, y cuya idea, en efecto, puede remontarse á la época muy primitiva en que el hombre, aun mal desprendido de la bestia, no podía concebir ni la muerte ni el nacimiento.

---

1 Helvetius, *De l'Esprit*, discurso IV, c. II (nota).

### III. — LA ESTÉTICA CHINA

Citando dos hechos, hemos podido apreciar el sensualismo erótico de los chinos; réstanos examinar sus aptitudes estéticas, su sensibilidad artística, de la cual diremos que su desarrollo es mediano y limitado. La China no ha inventado notación musical, empleando solamente algunos signos para marcar los tonos especiales, y las piezas musicales se aprenden por simple repetición y rutina <sup>1</sup>. Respecto de la instrumentación, los chinos han imaginado aparatos de todo género, pero sin perfeccionar seriamente ninguno: instrumentos de cuerda, de viento y de percusión; el más arcaico de estos últimos es un litofono compuesto de dieciséis piedras cortadas en escuadra, suspendidas y de longitud y espesor diversos <sup>2</sup>.

Los celestes, aunque músicos tan medianos, han tenido y tienen una opinión excesiva del poder de la música, y como el Orfeo helénico, los inventores, según ellos, sacaban de sus instrumentos sonidos capaces de dulcificar las costumbres de los hombres y de amansar las fieras <sup>3</sup>. Kouei dice: « Cuando toco mi piedra suavemente ó con energía, las fieras saltan de alegría y los jefes de los funcionarios públicos se ponen en seguida de acuerdo » <sup>4</sup>.

---

1 Grosier, *loc. cit.*, t. II, p. 490.

2 *Ibid.*, p. 487.

3 *Ibid.*, p. 478.

4 *Le Chou-King*, c. V, p. 10 (trad. del P. Le Gaubil).

La guitarra de treinta y seis cuerdas del legendario *Fo-hi* « regulaba el corazón y adornaba con las virtudes la persona ». Cuando *Fo-hi* inventó otros instrumentos y formuló los ritos de la música, floreció en la tierra una especie de edad de oro <sup>1</sup>.

Otro inventor, *Chin-noung*, ideó una lira « para fijar el espíritu, detener la corrupción y extinguir la concupiscencia » <sup>2</sup>. Bajo *Tshu-siang*, el décimo-cuarto emperador, se hizo por orden del soberano una guitarra de cinco cuerdas « para remediar el desarreglo de las estaciones » <sup>3</sup>. Por último, los filósofos chinos piensan que el mejor medio para apreciar el estado de las costumbres y la bondad del Gobierno de un país, es examinar la música que está en uso <sup>4</sup>. Siendo así, no es extraño que la China contemporánea tenga en nuestros mismos días un *Ministerio de la Música*. Pero, á pesar de esa veneración un tanto exagerada por la música, no se ha producido verdadera eflorescencia musical en China, donde, aparte de algunas melodías populares, la música se confunde mucho todavía con el ruido.

La misma incapacidad tienen los chinos para las artes gráficas y plásticas. Casi no existe escultura entre ellas, excepto algunas copias extremadamente realistas y frecuentemente inclinadas á la caricatura. Las reproducciones gráficas de los seres y de las cosas son siempre representaciones paciente-mente hechas y de una exactitud servil ó groseros

---

1 *Ibid.*, *Livres sacrés de l' Orient*, p. 34.

2 *Ibid.*, p. 39.

3 *Ibid.*, p. 31.

4 Grosier, *loc. cit.*, t. II, p. 479.

dibujos improvisados. En el paisaje, ni siquiera se sospecha la perspectiva. Tampoco saben manejar ni matizar los colores, los cuales son comunmente francos y de una gran belleza. En resumen, lo que ha faltado á todo este arte chino ha sido inteligencia y el vuelo de la imaginación. La estética de los celestes da la impresión de una detención de desarrollo. ¿Supone esto una impotencia relativa de la raza? Lo más verosímil es que sea el resultado de la tiranía de los ritos, que se oponen á todo cambio, y, en arte como en todo, han hecho casi imposible toda evolución progresiva.

#### IV. — LA INVENCION Y LA RUTINA

En efecto, desde cualquier lado que se examine el « Imperio del Medio », se encuentran siempre principios bellos llenos de promesas, pero promesas falaces que no han sido cumplidas. Todo se ha intentado, pero desde el punto de vista práctico y muy estrecho, acabando por inmovilizarse todo en la rutina. En muchos detalles industriales, por ejemplo, la China ha imaginado y realizado ingeniosos progresos, pero que no han suscitado otros y se han transmitido de generación en generación sin modificación alguna.

Con justa razón se admira el pequeño cultivo de los campos chinos; la solicitud, que puede llamarse maternal, con que cada planta es vigilada y cuidada; los campos escalonados en la pendiente de las montañas; los procedimientos de irrigación tan sen-

cillos, tan prácticos, tan universalmente empleados; la utilización constante del engrase humano; toda esta solicitud agrícola, gracias á la cual « las cien familias de cabellos negros » de los tiempos primitivos se han multiplicado y formado el inmenso hormiguero de cerca de cuatrocientos millones de seres que actualmente pueblan la China; pero ese grandioso resultado no se ha obtenido sino por pequeños medios, y estos medios han quedado invariablemente los mismos: suponen una cultura minuciosa y familiar, exigen mucho tiempo y absorben toda la vida de los campesinos sin dejarles tiempo para pensar ni permitir que surja la idea de innovar; teniendo además en cuenta que en China no se tolera innovación alguna antes de haber recibido la estampilla administrativa.

En el arte náutico se observa el mismo ingenio utilitario, pero limitado: los juncos son de una construcción más bien fluvial que marítima; barcos pesados de algunos centenares de toneladas solamente, á cuyo bordo no existen mapas, libros ni instrumentos, excepto una grosera brújula, conocida y no mejorada desde tiempo inmemorial <sup>1</sup>; pero esos juncos tienen compartimentos estancos; están provistos de timones resbaladizos que pueden sumergirse más ó menos en el agua; además esos timones están agujereados, lo que les permite tener grandes dimensiones y hacer frente á los golpes de mar <sup>2</sup>. Las velas se cargan en forma de abanico y, desde el puente, un niño puede plegar la vela ma-

1 Finlayson, *loc. cit.*, p. 74.

2 Russell Killough, *loc. cit.*, t. I, p. 259. <sup>2</sup>

yor. Un buen junco es capaz de recoger el viento á 45° y de virar por adelante <sup>1</sup>. Por último, las velas agujereadas pueden mantenerse desplegadas aun en los temporales más fuertes. En resumen, han realizado ingeniosas mejoras de detalle, pero sin modificar el tipo primitivo.

Más aun: hace ya mucho tiempo que los chinos idearon juncos con ruedas, pero no han sabido aplicarle otro motor que los brazos humanos <sup>2</sup>. Apenas comienzan á modificar la forma en arco de sus embarcaciones; no hace muchos años aún, toda innovación en la forma ó en el aparejo de los barcos estaba prohibida y era castigada con grandes multas, porque los ritos han previsto todo, y con la tiranía no se juega.

Esos ritos sacrosantos han ahogado la imaginación de los celestes; estando clasificado y catalogado todo, es irrespetuoso buscar nada nuevo; basta con aprender lo viejo; pero como la China es extremadamente antigua, los chinos han observado y registrado muchas cosas, ingeniosos procedimientos, en Europa recientes ó desconocidos; así, el P. Helot, haciendo construir en China, en 1851, la cúpula de un templo, quedó admirado al ver que ciertos ingeniosos procedimientos de armadura considerados en Europa como descubrimientos ó admirables tradiciones romanas, eran para los chinos prácticas rutinarias <sup>3</sup>.

No pudiendo citar todo acerca de este asunto,

---

1 Russell Killough, *loc. cit.*, p. 361.

2 Huc, *L'Empire chinois*, t. I, p. 440.

3 Ch. Lavollée, *Chine contemporaine*, p. 134.

me contentaré con mencionar inteligentes invenciones, introducidas con retraso entre nosotros, que son familiares á los chinos desde remota antigüedad; por ejemplo, la incubación artificial de los huevos, la piscicultura, las palomas viajeras, el empleo de los cuervos marinos en la pesca, y sobre todo los jardines flotantes que se encuentran en todos los grandes lagos chinos <sup>1</sup>. Sin contar que la imprenta es en China una invención antiquísima y que la fabricación de la pólvora es allí en cierto modo una industria casera; pero como todos los otros progresos, esos grandes descubrimientos, que han transformado nuestra Europa, han producido en China escasos resultados y además no se han desarrollado.

Para unir tanta incapacidad á tanta capacidad, una raza ha de poseer una organización muy particular, un temperamento y un carácter *sui generis*. Tal es, en efecto, el caso de los celestes, entre quienes diversos rasgos específicos, ya observables en los otros mongoles ó mongoloides, se ha fijado y acentuado en extremo. Se ha producido en ellos una especie de cristalización moral é intelectual, que ha admirado á todos los observadores y que les hace, no sólo reacios á todo progreso, sino hasta á todo cambio. «La invariabilidad en el medio», que, según Confucio, constituye la esencia misma de la virtud <sup>2</sup>, podría también servir de divisa social é industrial á China. Esto explica que el traje de los chinos no haya casi variado hace miles de

1 Huc, *loc. cit.*, t. II, p. 113.

2 *Lun-Yu*, c. VI, vers. 27.

años <sup>1</sup>. Cuando los mandchoux vencedores ordenaron bajo pena de muerte á los chinos que se afeitaran la cabeza, miles de ellos optaron por la muerte; tal era el horror que tenían á toda modificación en su manera de vivir. Cuatro mil años de una disciplina poco ó nada variable han creado hábitos y un carácter étnicos casi indestructibles: una nación dulce, afable, meticulosamente cortés, mesurada, atenta, prudente, desconfiada de toda novedad y que suele odiar al extranjero perturbador <sup>2</sup>.

Este carácter es muy general, pero, no obstante, tiene sus excepciones. Los individuos rebeldes, los insumisos que no quieren someterse al yugo, forman entre sí curiosas asociaciones cuyos adheridos se hacen un punto de honor de desobedecer las leyes y los magistrados y aun de asesinarlos, y de dar y recibir golpes sin pestañear. Estos rebeldes son los *kouan-kouan*, quienes, habiendo sacudido el yugo de las leyes, se sostienen mutuamente con una imperturbable fidelidad <sup>3</sup> y afrontan tranquilamente la muerte. En general los chinos estiman en poco su vida: no son de humor guerrero; hasta son pacíficos por inclinación; sin embargo, cuando pierden la serenidad ordinaria se les ve prodigar su existencia y también la de los otros. Los anales chinos son, en efecto, de los más sanguinarios: desde 420 á 1644, la China ha tenido quince cambios de dinastía, acompañadas de horribles guerras

---

1 P. Le Comte, *loc. cit.*, t. I, p. 234.

2 Grosier, *loc. cit.*, pp. 358-359.

3 Huc, *loc. cit.*, t. II, p. 214.

civiles y del exterminio de las familias destronadas <sup>1</sup>.

Por otra parte, pocos pueblos son más inclinados al suicidio: después de una derrota, es frecuente en China que los generales vencidos tomen una bolita de opio que les libre de la vergüenza; gran número de personas hacen lo mismo por motivos particulares: cólera, celos, desesperación, grandeza de alma, etc.; muchas mujeres se ahorcan sólo por comprometer la responsabilidad de personas de quienes creen tener motivos de queja <sup>2</sup>. Parece que un rasgo notable del carácter chino consiste en razonar hasta los actos más violentos, los que los otros pueblos cometen ordinariamente bajo el impulso irresistible y ciego de la pasión.

## V. — EL CARÁCTER CHINO

La larga duración de la China y el aislamiento relativo en que ha podido vivir durante miles de años, han producido muchas otras consecuencias, y en primer término una notable solidez de la raza. Grande es la semejanza entre todas las fisonomías chinas, y, en los cruzamientos con las otras razas ó variedades humanas, el ascendiente del tipo chino domina casi sin excepción, y este tipo se transmite hasta la quinta generación <sup>3</sup>. Como se ve, la raza china tiene más de una cuali-

---

<sup>1</sup> Hue, *loc. cit.*, t. II, p. 66.

<sup>2</sup> Wake, t. II, p. 45.

<sup>3</sup> R. Killough, *loc. cit.*, t. I, p. 309.

dad: es robusta, sufrida, resistente á las intemperies y á los climas insanos; al mismo tiempo es dura y paciente para el trabajo, sobria y no entregada á la embriaguez. Sensato y prudente hasta en el vicio, el chino sabe casi siempre detenerse á tiempo; sin embargo, tiene un gran defecto, le gustan los juegos de azar, y esta es la causa del espíritu aventurero que informa sus especulaciones comerciales <sup>1</sup>. Tan viva es en China la pasión del juego, que gentes que no teniendo ya nada que arriesgar en él, se reúnen alrededor de una mesa para jugarse los dedos, que se cortan mutuamente con el estoicismo que les caracteriza <sup>2</sup>.

Fuera de esos casos particulares, especie de supervivencias prehistóricas, el chino es ordenado y de buena conducta <sup>3</sup>; es dulce en sus maneras, serio, complaciente <sup>4</sup>, muy pacífico y sin la menor admiración por la guerra y la gloria militar.

Esta medalla tiene, sin embargo, su reverso. El chino lleva fácilmente la prudencia hasta la pusilanimidad; no gusta de comprometerse gratuitamente, y en las dificultades de la vida tiene siempre una máxima muy poco heroica: «Empequeñece tu corazón <sup>5</sup>;» tampoco tiene el corazón tierno, y hasta es voluntariamente egoísta, porque carece de impresionabilidad y los sufrimientos ajenos le conmueven poco <sup>6</sup>.

---

1 Finlayson, *loc. cit.*, p. 70.

2 Hue, *Empire chinois*, t. II, p. 374.

3 *Ibid.*, p. 68.

4 *Lettres édifiantes*, t. VIII, p. 236.

5 Hue, *loc. cit.*, t. I, p. 246.

6 Finlayson, *loc. cit.*, p. 69.

Es laudable su amor á la paz: la gloria militar carece á sus ojos de prestigio; pero eso no basta; por bueno que sea no admirar la guerra y sus abominaciones, no ha de tenerse contra los golpes el exagerado sentimiento de horror que experimentaba el Panurgo de Rabelais, y hay ocasiones en que es un deber afrontar el peligro. Se nos asegura que los chinos tienen muy escasamente el sentimiento de ese deber, y que en ellos la cobardía es casi una debilidad nativa, y que no solamente la opinión pública de los celestes no censura al soldado que huye, sino que con frecuencia le aplaude <sup>1</sup>. Por lo demás, los teóricos de la guerra en China opinan que un general debe combatir lo menos posible, tendiendo principalmente á desmoralizar, á asustar al enemigo, á vencerle por la astucia, la corrupción, etc.

Otra imperfección moral es la alta opinión que tiene el chino de la superioridad de su país y de su raza sobre el resto del género humano. Ocho ó diez letrados chinos que veían un mapamundi por primera vez tomaron por la China todo el hemisferio que contiene Europa, Asia y Africa, y aun la América les pareció demasiado grande para albergar el resto del género humano <sup>2</sup>.

Un chino se felicitaba de no haber nacido en las comarcas bárbaras del Occidente: «Entonces, decía, hubiera tenido que vivir en una gruta subterránea, comer la corteza y la raíz de los árboles, vestirme

---

1 Préválsky, *Mongolia*, II, p. 133.

2 *Lettres édifiantes*, III, 78 (Panthéon).

de hojas y de hierbas y ser realmente una bestia con forma humana » <sup>1</sup>.

Sin embargo, el patriotismo chino es flojo; así se vió durante la expedición anglo-francesa á Pe-kin, en el momento mismo en que las flotas aliadas bombardeaban á sus compatriotas, había chinos que iban de un buque á otro vendiendo frutas á las tripulaciones de los extranjeros, « de los bárbaros » <sup>2</sup>, ocupados en devastar su patria. Esto es debido á que entre ellos el interés particular es comunmente superior con mucho á los intereses generales.

Desde el punto de vista moral, el carácter chino carece de impulso y de altruismo. El heroísmo no le mueve, ni siente los ímpetus irreflexivos, reflejos; no obra aturdidamente <sup>3</sup> y sale de apuros con una regularidad mecánica <sup>4</sup>.

Dícesenos que en sus querellas los chinos no suelen pasar de las injurias, y no llegan á las manos sino después de largas deliberaciones: «Comienzan por quitarse sus vestidos y ponerlos cuidadosamente en sitio seguro, prefiriendo que se les desgarré la piel, que no cuesta nada, antes que los vestidos, que cuestan dinero. Cuando la piel se desgarrá dicen que basta con esperar pacientemente la curación, pero cuando se desgarran los vestidos han de comprarse otros nuevos ». Cuando los vestidos están en sitio seguro, vuelven los com-

---

1 *China*, II, p. 298.

2 Ch. Lavollée, *loc. cit.*, p. 255.

3 Hue, *L'Empire chinois*, t. I, p. 264.

4 Finlayson, *loc. cit.*, p. 70.

batientes á las injurias, hasta que algún espectador, cansado de esperar, se interpone y los separa, lo que no le cuesta mucho, porque dejan hacer con docilidad <sup>1</sup>.

Para decidir á un chino á algo, aparte de las órdenes procedentes de las autoridades, es preciso exponer razones con tono dulce, sin levantar la voz y economizando los ademanes <sup>2</sup>. Los chinos entre sí se guardan muchas consideraciones, se tratan con urbanidad; tienen el gusto, el instinto adquirido de las conveniencias, el hábito inveterado de la cortesía. Las multitudes son silenciosas; hasta los campesinos chinos tienen unos con otros atenciones desconocidas á los proletarios de Europa, debido á que están enseñados á la observancia de los ritos que regulan y reglamentan todas las relaciones sociales. Según Confucio, «las ceremonias son el tipo de las virtudes, que tienen por objeto conservar, recordar y en caso necesario, suplir» <sup>3</sup>. Añadamos que los chinos no tienen la menor idea del duelo; les contiene el temor de pasar por groseros y de incurrir por ello en el desprecio general <sup>4</sup>.

Estas son buenas cualidades, sin duda, pero cualidades adquiridas y superficiales. Estas gentes tan corteses no se conmueven por la desgracia de otro; la contemplan con absoluta indiferencia, y antes de tender una mano á un hombre que se ahoga son

---

1 *Mémoire concernant les chinois*, t. VII, p. 43 (nota).

2 *Lettres édifiantes*, VIII, p. 236.

3 Huc, *loc. cit.*, t. I, p. 122.

4 Sinibaldo de Mas, *Chine et Puissances chrétiennes*, t. I, p. 140.

muy capaces de fijar de antemano el precio del servicio que van á prestar <sup>1</sup>.

Los moralistas de la China se han acomodado al temperamento moral de la raza, á menos que no le hayan simplemente obedecido, y sobre la tierra y durante la corta vida terrestre, han colocado la sanción de la conducta, haciendo depender de los actos laudables la prosperidad, considerando al mismo tiempo las calamidades como el castigo y la prueba de las faltas <sup>2</sup>.

Se sabe que la China es por excelencia la patria de las moralidades abstractas, ampulosas y triviales, de las máximas insignificantes y difusas. Los libros de los antiguos filósofos, con que se ha nutrido la inteligencia de los letrados, no pasan de recopilaciones de consejos y exhortaciones blandas y paternales. Aquellos venerables pensadores se han dedicado á podar el árbol de la vida, con las embotadas tijeras de sus preceptos, que quieren sobre todo que se eviten los extremos, que se guarde: «la invariabilidad en el medio, que, según Confucio, constituye la virtud» <sup>3</sup>. Jamás, predicán, se pecará por exceso de humildad: «Que el hombre humilde se sirva de la humildad para atravesar el gran río. ¡Gran fortuna! El sabio dice: El hombre humilde se baja para pacer» <sup>4</sup>.

Según el Evangelio cristiano, debemos hacer bien al que nos persigue. Confucio, examinando

---

1 Finlayson, *loc. cit.*, p. 68.

2 Wake, t. II, pp. 35-38.

3 *Lun-Yu*, c. VI, vers. 2.

4 *Yi-King*, p. 144.

este mismo punto de moral, lo resuelve de modo diferente que Jesús: «Al que pregunta: ¿qué se ha de pensar del que hace un beneficio al que le injuria? El filósofo (Khoungh-fou-tseu) dice: Si se le trata así, con qué se pagarán los beneficios »<sup>1</sup>. Como se ve, la máxima china se mantiene á igual distancia de la exageración casi inaplicable del precepto evangélico y de la ferocidad implacable del talión semítico: permanece en el «justo medio». Del mismo modo, no ha dicho Confucio: «Haced á otro lo que quisierais que se os hiciese», consejo que se presta mucho á la crítica; ha preferido proceder por la negativa: «Lo que no deseáis que se os haga, no le hagáis á los otros: portándoos así, nadie, ni en vuestra familia ni en el reino tendrá resentimiento contra vosotros<sup>2</sup>.» De ese buen sentido prosaico y utilitario está formada toda la moral de los celestes, sin que jamás un sentimiento lo menos ardiente posible ni una expresión coloreada y viva levanten lo llano y frío del precepto.

## VI. — LA INSTRUCCIÓN EN CHINA

¶ Pero esa moral incolora, como hemos visto, se enseña en todas partes y se formula por doquier; las paredes, las casas y los objetos usuales están llenos de inscripciones morales, y en China todo el mundo lee poco ó mucho. No hay duda que el conocimiento de los miles de caracteres indis-

<sup>1</sup> *Lun-Yu*, c. XIV, ver. 36.

<sup>2</sup> *Ibid.*, c. XII, ver. 2.

pensables para leer los viejos filósofos es patrimonio exclusivo de los letrados; pero todo el mundo conoce lo suficiente para comprender los preceptos más usuales, los que se inscriben en todo lugar para uso del campesino, del niño, del mendigo, del barquero, del coolí, etc., y que penetran en el cerebro popular por una incesante obsesión.

En general, la instrucción y la pedagogía china están maravillosamente combinadas para inculcar en los espíritus una gran veneración por la antigüedad, al mismo tiempo que un profundo respeto por la autoridad, y se ha podido con motivo atribuir á la universalidad de estos sentimientos la duración tan larga de la sociedad china <sup>1</sup>.

Claro que es fácil imaginar un ideal diferente al de la China; pero su sistema de educación, que toma el hombre desde la primera infancia, está muy ingeniosamente calculada para modelar un pueblo con arreglo al modelo adoptado. Puede decirse que el chino de toda condición es el ser más domesticado de los seres; se ha hecho todo para no dejar en él nada del hombre natural, y su carácter actual es el resultado de cuatro mil años de una disciplina uniforme <sup>2</sup>. Un niño chino, desde la edad de ocho años, sabe entrar y salir en una casa con arreglo á los ritos; no ignora cómo debe portarse con las personas que encuentre en la casa, según su edad, sexo y condición social <sup>3</sup>. Una vez salido de la escuela popular, no queda el plebeyo chino abandonado á sí

---

1 Huc, *loc. cit.*, t. I, p. 137.

2 Grosier, t. II, pp. 338-359.

3 *Ibid.*, p. 268.

mismo; aun sin hablar del medio familiar, cuya influencia es de todos los instantes, una clase numerosa de lectores populares que actúan de misioneros laicos recorren aldeas y villas, leyendo al pueblo los pasajes más interesantes de una historia nacional elemental, cuidando de acompañar su lectura con reflexiones y comentarios <sup>1</sup>.

De lo poco que he dicho de la moral china y de los procedimientos á que se recurre para enseñarla, se deduce esta primera conclusión: que los celestes tienen una fe supersticiosa en las fórmulas escritas; parecen firmemente persuadidos que para ser bueno, virtuoso, valiente, justo, etc., basta aprender de memoria cierto número de máximas abstractas, atribuídas á los sabios de la antigüedad, que recomiendan en términos fríos y sin vigor la práctica de la bondad, de la justicia, de la humildad, etc. En resumen, enseñan la virtud verbalmente, como la aritmética, dirigiéndose únicamente á la memoria oral; pero la moral no puede vivir de fórmulas; si no se incorpora á las acciones, no es nada. En efecto, únicamente por la práctica sostenida, espontánea ú obligatoria, el género humano ha acabado por adquirir las tendencias que constituyen lo que se llama « el sentido moral », y también por el ejemplo y la práctica de todos los días ese sentido moral se conserva y se fortifica, mientras que, por el contrario, las máximas aprendidas de memoria como reglas de gramática y maquinalmente repetidas producen escasísimo efecto. Estas fórmulas, so-

---

1 *Huc, loc. cit.*, t. II, p. 101.

bre todo cuando el estilo es trivial, cuando no suscitan en la imaginación cuadros vivientes, son más propias para suministrar temas á los discursos que reglas ó inspiraciones á los actos.

La enseñanza intelectual propiamente dicha no es más inteligente en China que la enseñanza moral, puesto que en todos los grados consiste en ejercitarse en conocer y en pintar un número cada vez más considerable de palabras y de pasajes de antiguos autores. Sabido es que la lengua china es monosilábica y que su escritura se compone de antiguos jeroglíficos simplificados. En su origen, su vocabulario sólo se componía de algunas centenas de monosílabos; en el día cuenta poco más de cuatrocientos <sup>1</sup>; pero se les modifica por una acentuación variada para hacerles expresar todas las ideas y matices de ideas. Unos signos primitivos, es decir, primeramente dibujos sencillos, correspondieron exactamente al pobre vocabulario inicial, que constaba solamente de doscientos catorce; después hubo que simplificar y combinar esos signos á medida de los progresos de la lengua y del pensamiento, y se llegó á crear una innumerable multitud de signos gráficos compuestos <sup>2</sup>, como cosa de ochenta mil. No es, pues, poca cosa llegar á comprender y á juntar esa multitud de caracteres. Por otra parte, la educación china tan especial, tan verbal también, ha debido ejercer sobre la mentalidad de los celestes una molestísima influencia. Sólo para saber escribir hay que saber pintar de

1 G. Pauthier, *Chine moderne*, p. 295.

2 Huc, *loc. cit.*, t. I, pp. 338-339.

ocho á diez mil caracteres, los cuales bastan á la mayoría de los letrados; los más sabios lectores llegan hasta cuarenta mil y aun más <sup>1</sup>; pero clasificar en la memoria la forma y la significación de ocho á diez mil caracteres exige ya un enorme y estéril trabajo, más propio para sobrecargar la inteligencia y la razón que para desarrollarla. Añádase á esa labor ingrata el esfuerzo siempre mnemónico, necesario para aprender en viejos textos trivialidades morales como pueden contener los departamentos de la memoria, y se comprenderá que semejante trabajo absorbe la mayor parte de la vida de los letrados chinos.

En todo estudio, el abuso de tales ejercicios, que excluyen casi el uso de las altas facultades mentales, tendría por resultado estrechar la razón, atrofiar la inteligencia; en resumen, bestializar por la instrucción. Pero la naturaleza misma de la lengua y de la escritura chinas agravan aún singularmente el mal.

Nuestras lenguas de flexión y nuestras escrituras alfabéticas de Europa, aparte de que su adquisición es relativamente fácil, no oprimen el espíritu; al contrario, le sirven de dóciles instrumentos; porque prácticamente, la palabra hablada ó escrita desaparece en cierto modo en la idea, la imagen ó el pensamiento de que no es más que el signo abstracto. Es indudable que nuestras lenguas habrán comenzado por el grito y la onomatopeya, etc., lo mismo que nuestras escrituras principiarían por el grosero

---

1 Grosier, *loc. cit.*, t. II, p. 373.

grafismo, pero no se han estancado, como la lengua china, en esa primera fase; por el contrario, las palabras han sufrido mil metamorfosis; no se han yuxtapuesto simplemente, sino que se han fundido juntas, constituyendo organismos verbales cuya evolución no es fácil trazar siempre. Se hacen esfuerzos para conseguirlo, á fuerza de investigaciones de etimología, de lingüística, etc., adquiriendo de ese modo un saber muy interesante, pero que no está exento de algunos de los inconvenientes de la lengua china. Cuando cada palabra, en lugar de ser lo que es para la mayoría de nosotros, una especie de signo algébrico que evoca el pensamiento dejándole su entera libertad, le hace pesado por el contrario, y le encadena á la grosería de los orígenes verbales, el espíritu no va ya donde quiere. Pues en la lengua china ese mal es llevado al extremo, porque la lengua no se compone aún en el fondo más que de algunos centenares de articulaciones primitivas y monosilábicas, diversamente matizadas por medio de cuatro acentos diferentes <sup>1</sup> y frecuentemente enlazados, como lo son las palabras francesas en los sustantivos llamados compuestos; la raíz es, pues, siempre visible. Por último, por los individuos á quienes nuestros psicólogos llaman «los visuales», para aquellos que, pronunciando un nombre le ven trazado sobre la tablilla de su imaginación, resalta además, con la escritura china, un obstáculo considerable en las operaciones intelectuales. La mayor parte de nuestras palabras

---

1 G. Pauthier, *Chine moderne*, p. 321.

alfabéticamente escritas son más signos evocadores que imágenes; al contrario, cada uno de los miles de grafismos de la escritura china recuerda una figura concreta, grosera, trivial, de que no puede fácilmente librarse, y que hasta ha debido encajonarse en la memoria. Independientemente del temperamento de la raza, hay en esto ciertamente una de las causas de la extrema llaneza del estilo de los chinos y de lo vulgar de sus razonamientos. Por las mismas causas es casi imposible traducir en chino todas nuestras obras filosóficas, científicas ni aun literarias en cuanto tienen alguna elevación de pensamiento. Más aún; lejos de reaccionar contra esas trabas, los chinos las han aumentado, adhiriéndose obstinadamente á su pasado: actualmente aún, todo letrado que quiere poseer el bello estilo, tiene á honor no emplear una sola palabra que no figure en los viejos libros clásicos, en los *King*, y los actores representan en el día obras que cuentan más de mil años y que todo el mundo comprende <sup>1</sup>.

Finalmente, la organización del mandarinato y el abuso de los concursos han generalizado el mal y trabajado seguidamente, con método, desde hace una veintena de siglos, en extinguir toda iniciativa intelectual en el cerebro de los celestes. Resultado: la mayor parte de la juventud china que tiene tiempo y alguna inteligencia, no tiene otra ambición que entrar en la clase de los mandarines civiles ó militares y de hacer en ella su camino á fuer-

---

<sup>1</sup> Grosier, *loc. cit.*, t. II, p. 366.

za de concursos limitados cuando una vez haya penetrado por el mismo medio.

¿Cuál es la cifra total de la clase de los letrados pequeños y grandes? Las evaluaciones varían mucho: en el siglo pasado el P. Amiot <sup>1</sup> elevaba ese número á 493,075; pero este medio millón de letrados no representa más que la clase de los dichosos, de los que con peor ó mejor éxito lograron saltar hasta mayor ó menor grado la barrera de los concursos. Téngase en cuenta que en estos concursos son muchos los llamados y pocos los escogidos, apenas uno por ciento. Los noventa y nueve restantes son desechados casi definitivamente, conservando toda su vida la caducidad mental, que no puede menos de producir una juventud absorbida por completo por la larga y seca preparación para pruebas semejantes.

A propósito de ese régimen chino de los concursos mnemónicos, puédesse también investigar cuáles deben de ser sus repercusiones morales. En cuanto el niño está en edad de pensar, se le adiestra en los ejercicios del concurso: todo lo que puede poseer de actividad mental se dirige en ese sentido, y, por tanto, los conocimientos con que se esfuerzan en rellenar la memoria del futuro letrado son de escaso valor, mientras que el daño que causan es enorme, y aunque las materias de los exámenes fuesen mejor escogidas, más serias, más científicas, más variadas, este género de preparación no dejaría de tener perniciosas consecuencias. En la

---

1 *Mémoires concernant les Chinois*, t. VII, p. 283.

mentalidad humana, en efecto, la actividad intelectual entra por mucho; conviene que sea todo; hasta puede decirse que no tiene valor real sino á condición de ser sostenida é inspirada por un desarrollo suficiente de las intuiciones morales. La inteligencia no cuenta socialmente sino cuando está asociada á la nobleza del carácter, á la amplitud de los sentimientos, preciosísimas cualidades, que la constante preocupación de obtener éxitos provechosos en los concursos disminuye más bien que fortifica. Bajo esta relación, la gran experiencia sociológica de la China es demostrativa, y no sin razón ha podido atribuirse al abuso de los concursos la debilidad de la conciencia moral que actualmente caracteriza á los celestes <sup>1</sup>.

## VII. — LA INTELIGENCIA CHINA

Su inteligencia no ha resistido tampoco á ese régimen; al menos no se ha desarrollado, á pesar de que toda la organización del país tiende á darle la preeminencia.

No se comprendería bien en China la enorme reputación que se concede á nuestros literatos más conocidos; las obras literarias nuevas son allí tenidas en escaso precio, y un hombre de cierta posición no firmaría una comedia. Lo que se aprecia sobre todo son las obras de filosofía, de estadística, de geografía, de historia, de agricultura, de medicina

---

<sup>1</sup> Wake, *Evolution of morality*, II, p. 55.

ó de lo que se refiere á las artes y oficios; pero todas esas materias son estudiadas sin la menor elevación y únicamente desde el punto de vista práctico y productivo <sup>1</sup>. Puede decirse que la inteligencia china no tiene alas; hasta parece haber perdido toda facultad creadora, y en presencia de esa invalidez mental, se siente indulgencia hacia el emperador *Chi-hoang-ti*, que decidió quemar todos los libros antiguos del imperio. Algunas de las razones que hizo darse para justificar esta medida radical, no carecían de fundamento. Las cito á continuación: «A excepción de los libros que tratan de medicina y de agricultura, de los que explican la adivinación por las *Koua* ó líneas de *Fou-hi* y de las memorias históricas de vuestra gloriosa dinastía, desde que empezó á reinar en los Estados de *Thsin*, ordenad, Señor, que se queme generalmente todo ese fárrago de escritos perniciosos ó inútiles que tanto nos estorba; sobre todo aquellos en que las costumbres y las acciones de los antiguos están detalladamente expuestas. No teniendo ya á la vista esos libros de moral y de historia que les representan con énfasis los hombres de los siglos pasados, no caerán en la tentación de ser sus imitadores serviles; no harán ya un crimen de no seguir su ejemplo en todo; no harán ya esa comparación, siempre odiosa para nosotros en sus labios, del gobierno de Vuestra Majestad con el de los primeros emperadores de la Monarquía <sup>2</sup>.» Sabido es que el golpe de Estado iconoclasta del emperador

1 Huc, *l'Empire chinois*, p. 427.

2 Pauthier, *loc. cit.*, II, p. 225.

Chouang-ti no tuvo éxito por mucho tiempo; la China estaba ya demasiado inmovilizada para mirar adelante, y aun en el día, aparte de algunos préstamos hechos á la ciencia de Europa y que no han sido vulgarizados, no ha aumentado apenas el modesto bagaje científico que le legaron los antepasados, y que resulta mucho más de largas y pacientes observaciones que de esfuerzos intelectuales.

Desde los tiempos del emperador *Yao*, que el clérigo Grosier supone que vivía 2357 años antes de nuestra era, había en China matemáticos capaces de formar un calendario y un zodiaco que concuerde con el nuestro. Era conocido el año solar, pero *Yao*, lleno de amor por el pasado, prefirió el año lunar, corrigiéndole por medio de intercalados <sup>1</sup>. Como en el día, los eclipses eran tenidos por acontecimientos considerables, y los astrónomos oficiales debían anunciarlos bajo pena de muerte <sup>2</sup>. Una serie suficiente de observaciones permitía á esos astrónomos evitar la pena capital, prediciendo casi exactamente los eclipses, aunque desconociendo la causa; porque, todavía hoy el eclipse se llama en chino «Sol comido. Luna comida,» y se cree generalmente que en esos momentos críticos, un dragón monstruoso se lanza sobre el astro para devorarlo <sup>3</sup>, y se procura impedirlo haciendo un ruido espantoso de tambores y timbales, mientras que los astrónomos, convocados para el caso,

---

1 Grosier, *loc. cit.*, II, pp. 413-414.

2 *Ibid.*, pp. 413-422.

3 Milne, *Vie réelle en Chine*, p. 333.

se ponen de rodillas y golpean el suelo con la frente <sup>1</sup>.

Todos los conocimientos chinos tienen ese carácter abortado de observaciones, de las cuales no se ha sabido sacar la consecuencia. Vese aún á los chinos que, para marcar las horas, se sirven de unas barras de incienso con divisiones cuya combustión mide el tiempo transcurrido <sup>2</sup>. La imprenta, usada desde tiempo tan antiguo en China, es, como la escritura, un invento que no se ha desarrollado en su país de origen; no se han adoptado los caracteres móviles, y se continúa desde tiempo inmemorial sirviéndose de planchas estereotípicas de madera, que se obtienen aplicando sobre la plancha una hoja de papel escrita <sup>3</sup> y esculpiendo en relieve las marcas de los caracteres, debido á que no ha podido imaginarse en China un alfabeto, porque su escritura se presta mal á la impresión con caracteres móviles: una estereotipia de las más sencillas le ha bastado hasta nuestros días y le bastará durante mucho tiempo todavía.

#### VIII. — LOS FACTORES DEL ESPÍRITU CHINO

No obstante, la prensa de la civilización china no ha llegado á dominar el carácter japonés, á causa sin duda de la insuficiencia de la presión y de la duración; el levantamiento intelectual de ese

---

1 Grosier, *loc. cit.*, II, p. 422.

2 Milne, *loc. cit.*, p. 180.

3 Sinibaldo de Mas, *loc. cit.*, t. I, p. 31.

país no es, pues, imposible, á pesar de la profunda influencia china. ¿Puede decirse lo mismo de la China? ¿Podrán cambiar su espíritu y su carácter, fijados en el transcurso de tantos siglos, bajo la presión de los bárbaros de Europa? ¿Podrá operarse ese cambio por algunas transformaciones superficiales, conservando al mismo tiempo su constitución mental fijada á través de los siglos? Otros viejos imperios primitivos, Egipto, Asiria, etc., han perecido como naciones, dejando tras de sí huellas mentales no borradas aún. Suceda lo que suceda, hemos de sacar provecho del ejemplo de la China, aunque sin despreciarla; porque, apreciada desde ciertos puntos de vista, la obra que ha cumplido es considerable.

La nación china ha fundado una de las grandes civilizaciones llamadas primitivas, y en muchos conceptos esta civilización es curiosa y hasta estimable; pero ningún pueblo puede, sin grave perjuicio para su carácter, decretar la inmovilidad y, durante miles de años, cerrar la puerta á todo progreso, imponiéndose una existencia en que todo, absolutamente todo, se haya hecho ritual.

Un pueblo que no perteneciera á la raza amarilla, indudablemente no hubiera podido plegarse con tanta docilidad y por tanto tiempo á esa rutina obligatoria; pero la mentalidad mongólica predispone al pasivo sufrimiento. Además esta raza es tranquila, práctica en el sentido limitado de la palabra; su imaginación es fría, y le agrada la monotonía de una vida llana y vulgar. Donde quiera que unas poblaciones de pura raza mongólica han

encontrado comida y reposo, se han resignado dócilmente á todos los despotismos: parece que les falta el espíritu de iniciativa.

Después que un largo período monárquico hubo ya roto en China el empuje de la población, los gobiernos tuvieron una inspiración muy original, considerando lo remoto de su fecha, el régimen y la raza: organizaron la clase de los letrados, y al hacerlo creyeron haber realizado una organización ideal: el gobierno por los mejores. El pensamiento no era nuevo, puesto que ha sido la razón de todas las iniciaciones de los primitivos; pero estos últimos se dirigían sobre todo á poner á prueba la fuerza de sufrimiento y el temple de la voluntad; en tanto que los chinos sólo se proponían la medida de la inteligencia, procediendo para ello con rara torpeza. Considerando como cantidades despreciables precisamente lo que forma la base de la mentalidad, es decir, la virilidad del carácter, la nobleza moral, el valor, la rectitud, etc., trataron de dosificar el valor de un hombre sobre el grado de exceso que puede soportar la memoria. Cuantos más caracteres gráficos sabe pintar un mandarín, más pasajes puede citar de Confucio, Mencio, etc., mejor calificado está, según creen, para gobernar ó juzgar á sus semejantes. El conocimiento de ocho ó diez mil caracteres designa á tal mandarín para administrar un distrito; quien sabe veinte mil, merece una provincia, etc.

Mas, para apreciar esos raros grados de instrucción, ha sido necesario instituir concursos; y como son necesarios los diplomas á los que quieren en-

trar en la clase de los letrados, y para obtener un empleo cualquiera toda la juventud burguesa ó acomodada ha sido amaestrada desde la infancia para el ejercicio de los exámenes, siendo además encarnizada la competencia, la preparación para las pruebas ha acabado por absorber la existencia entera, desviando de toda acción y de todo pensamiento. Lo necesario es llegar á pesar de todo, conquistar los títulos y con ellos las plazas; para conseguirlo no se repara en nada, recurriéndose aunque sea á medios indignos, porque los jueces son hombres, y aun hombres á quienes esa misma cultura limitada y mezquina ha reducido á una caducidad especial: la del carácter. Considérese, pues, que desde hace muchos siglos pesa sobre la China esta selección depresiva, contribuyendo indudablemente, más que toda otra causa, á hacer de aquel país el gran cuerpo sin vigor que constituye en la actualidad.

Al terminar, no puedo menos de recordar que nuestros modernos Estados civilizados se deslizan más ó menos rápidamente por la pendiente que ha descendido la China. ¿Tendrán la prudencia de detenerse á tiempo? Un pensador inglés, Th. Huxley, ha lanzado ya un grito de alarma que apenas ha sido oído. Hablando de nuestros jóvenes candidatos á los diversos mandarinatos de Europa, decía: «Toda la mañana de la vida la pasan llenos de orgullo, y toda la tarde permanecen estúpidos. El vigor y la frescura que se les hubiera debido conservar para las necesidades de la lucha por la existencia, para la vida práctica, han sido destruidos

por la precoz orgía mental, por el abuso de los libros, por el hartazgo escolástico... Quedan desmoralizados por triunfos pueriles y sin ningún valor antes de comenzar el verdadero trabajo de la vida... Pero la naturaleza moral del hombre es mayor que su intelecto, y la virilidad es el corazón de la moralidad » <sup>1</sup>. En otro pasaje el mismo Huxley añade que el esfuerzo constante para pasar los exámenes parece deteriorar los estudiantes, porque «trabajan, no para saber, sino para pasar » <sup>2</sup>. Cuando los mejores y más frescos años de la juventud han sido absorbidos por ese trabajo desmoralizador, el candidato, feliz ó desgraciado, queda despojado de energía mental; el culto de la verdad por la verdad misma «la divina dipsomanía de la investigación original» (Huxley) no tiene ya para él el menor atractivo, porque sólo obedece á dos móviles, ambos inferiores: el interés personal y la vanidad, y precisamente entonces es cuando en la gran China de Asia y en las pequeñas Chinas de Europa se confía á esa ruina mental las más altas tareas intelectuales y morales.

El resultado final de semejantes prácticas, suficientemente prolongadas, es necesariamente funesto; el flagrante ejemplo de China lo proclama muy alto: nuestros Estados europeos, que se aprestan á despedazar, por un interés mercantil, el gran cuerpo inerte del Celeste Imperio, ¿sabrán comprender esta lección histórica y sociológica? Esperémoslo,

---

1 Huxley, *Essays*, vol. III, pp. 183, 204, 409, 443 (citado por *Les Temps Nouveaux*, suplemento literario, núm. 39 [1898]).

2 Huxley, *Les Sciences naturelles et l'Education*, pp. 283, 323.

aunque sin confiar demasiado. En todo caso, aunque con pocas probabilidades de ser atendido, es un deber lanzar el grito de alarma.

## IX. — EL JAPÓN Y LA CHINA

Lo que acabo de decir de la China abreviará mucho mi apreciación de la mentalidad japonesa; puesto que hasta la fecha reciente en que el Japón se ha apasionado por la civilización europea, había tomado del Imperio del Medio toda su cultura literaria y científica. Sin embargo, entre las dos poblaciones existen muy notables diferencias de carácter, que pueden depender, por una parte, de diferencias de raza; por otra, y sobre todo por esta otra, de que el Japón no había adoptado en modo alguno la institución de los mandarines letrados y se había atendido á la organización feudal.

A causa de ello, la energía del carácter se había conservado mucho mejor en el Japón que en China. Sin embargo, el estudiante japonés salía del colegio como su análogo chino, con la memoria atestada de palabras y de frases rituales y sin haber hecho jamás acto de ser pensante, aunque sin haber roto el resorte de la voluntad <sup>1</sup>. He aquí por qué el japonés ha permanecido atrevido, muy valiente, lleno de desprecio hacia la muerte; en resumen, ha conservado la voluntad, lo que es una rareza en China. Aunque la institución de los le-

---

1 G. Bousquet, *Le Japon de nos jours*, pp. 341-346.

*trados* no existe en el Japón, los japoneses jóvenes tienen vivo deseo de aprender, y consideran como gran favor poder seguir un curso, siendo, según se nos asegura, de tal modo modelos de cortesía, de obediencia y de subordinación, que con ellos los castigos son inútiles; por sí mismos trabajan con una asiduidad paciente é incansable <sup>1</sup>.

Sólo que la nación japonesa ha vivido mucho tiempo en la atmósfera moral é intelectual de la China, y su lengua no se presta fácilmente tampoco á las ideas y á las ciencias de los europeos: «En cuanto el pensamiento trata de elevarse á las generalidades, escribe un observador, faltan los signos, se carece de formas y la frase queda en una vaguedad incomprensible. Las proposiciones más sencillas desesperan al traductor más experimentado, y la lengua de Voltaire traducida palabra por palabra resulta una jerigonza incomprensible » <sup>2</sup>. Los japoneses se asimilan fácilmente nuestros conocimientos industriales prácticos; aprenden á manejar nuestras máquinas; pero las altas matemáticas, los razonamientos científicos y filosóficos les desconciertan y les dejan muy atrás. Que su lenguaje y hasta su escritura fonética no sean buenos instrumentos para pensar y expresar su pensamiento, es seguro; pero el gran obstáculo es la viciosa dirección dada al intelecto, es la tenaz huella china, que no se borra sin dificultad, porque ha sido conservada mucho tiempo.

---

1 G. Bousquet, *Le Japon de nos jours*, pp. 342-344.

2 *Ibid.*, p. 330.

## CAPÍTULO II

### La mentalidad en el mundo egipcio

SUMARIO.—A. LOS PERIEGIPCIOS.—Los fundadores de Egipto: los protobereberes.—I. *Los guanches*: sus caracteres físicos y morales; su industria; sus habitaciones; su organización política; su sistema de matrimonio y de parentesco; su nobleza moral.—II. *Los touaregs*: su carácter; su probilidad; su matrimonio y su filiación maternal; sus rudimentos de saber.—III. *Los kabilas*: su carácter; su matrimonio y la libertad de sus mujeres; la organización política de sus villas; su estética musical y poética; sus escuelas.—IV. *Los hovas*: gran libertad dejada á las mujeres; supervivencias del clan; la estética hova; sus defectos de carácter; el respeto del gato; inteligencia receptiva y educación.—V. *Los etiopes modernos*: matrimonio libre; falotomía y megalitos; estética; industria familiar; animismo; justicia y saber.

B. EGIPTO ANTIGUO.—Coptos y fellahs; la edad de piedra; la lengua egipcia; razas primitivas; carácter de los fellahs, los artesanos; indiferencia popular; la estética egipcia; el conservatismo egipcio; la religión; la escritura y su evolución; la ciencia; familia y matrimonio; las concepciones inmaculadas; condición de las mujeres; supervivencias feministas en el mundo egipcio.

#### A. — *Los periegiptios*

Al abordar el estudio de las razas que han acabado por ponerse á la cabeza en la evolución progresiva de la humanidad, nos encontramos frente al más antiguo foco de cultura actualmente conocido, del Egipto antiguo, cuyos orígenes son todavía históricamente misteriosos. La sociología no deja

duda acerca de que esta primera civilización haya salido del salvajismo como todas las demás; pero ¿á qué raza pertenecían los primitivos blancos que fundaron la nación egipcia, el grupo étnico destinado á convertirse en el reino de los faraones? Desde tiempos remotos todas las variedades humanas de raza blanca han salido del salvajismo; el tipo ancestral del egipcio no existe, pues, ya; pero la antropología, la arqueología prehistórica y hasta la historia autorizan á pensar que las tribus proto-egipcias proceden de la raza bereber, berberisca ó libia, que ocupa todavía el Africa presahariana y sahariana.

De esta raza hemos de examinar tres tipos: uno prehistórico, que los europeos encontraron en las Canarias en los siglos xv y xvi, el pequeño pueblo de los guanches; pero este tipo guanche procede incontestablemente de la gran raza bereber, de la cual representa la primera fase sociológica. Haremos de estudiar, pues, sucesivamente, en primer lugar los guanches, después los touaregs saharianos y por último las kabilas. Hecho esto, conoceremos, no todas las razas blancas que se han mezclado á los egipcios, sino aquellas cuyos antepasados fundaron verosímilmente la más primitiva de los egipcios: el Egipto prehistórico.

Después llevaremos nuestra investigación hacia otro elemento étnico, que los protobereberes encontraron pronto en el bajo Egipto; me refiero á esas poblaciones coloreadas, de la piel morena más ó menos obscura, pero de rasgos casi arios, que los antiguos llaman etiópicos, y que, en una fecha an-

tiquísima, se mezclaron á los egipcios de raza bereber ó libia, que hasta dieron faraones á Egipto y sobre todo le prestaron una parte de su civilización. Ahora bien, la raza etiópica, como la raza bereber, no han desaparecido; conviene referir á ellas, no solamente los abisinios y los nubios actuales, sino también los hovas ó houves, que ocupan las altas mesetas de Madagascar, y que una teoría corriente, aunque difícilmente aceptable, se obstina en hacer venir de la Malasia. Después de esta revista de los pueblos á que puede darse el nombre de periegipcios, apreciaremos con más precisión la mentalidad del Egipto antiguo.

## I. — LOS GUANCHES

Si la antropología hubiera existido cuando los portugueses, en el siglo XIV, y los normandos de Bethencourt, en el XV, desembarcaron en las Canarias, conoceríamos por testigos oculares una raza blanca que había prolongado hasta los tiempos modernos la edad de la piedra pulimentada, y este conocimiento nos sería muy precioso, puesto que nos informaría, casi de *visu*, acerca de las primeras fases del desarrollo de la raza bereber ó líbica, de esa antigua raza que debió suministrar al Norte de Africa y al Mediodía de Europa sus primeros habitantes, es decir, los más arcaicos de nuestros antepasados. Desgraciadamente los cronistas y conquistadores de las Canarias pensaban en cosas muy diferentes del estudio de las razas, y sus escritos

sólo nos suministran algunos datos desordenados. Resumiré brevemente los de esas informaciones incoherentes que se refieren á nuestro estudio.

La raza guanche era hermosa, robusta y de extremada agilidad. Los hombres no eran circuncisos, dato importante, puesto que se trata de una raza cuyos congéneres debieron de fundar el primer Egipto; su cabellera era rubia. Las tripulaciones de los navíos portugueses que les vieron en 1341 les admiraron mucho; alaban su inteligencia, su valor y su lealtad, y nos dicen que los guanches eran á la vez agricultores y pastores, pero que comían todavía la cebada en grano á puñados, aunque sabían moler el grano pero sin pensar en amasar la harina. Aquellos insulares criaban cabras, carneros y cerdos, éstos casi salvajes. Aunque usaban vestidos de pieles de cabra teñidos de rojo ó de amarillo, las jóvenes no casadas iban completamente desnudas. Eran los canarios de humor alegre y cantaban aires dulces y danzaban, según se dice, « á la francesa ». Tenían una numeración decimal <sup>1</sup>, ó más bien digital. Otros exploradores observaron que los guanches vivían en grutas naturales ó artificiales. Sus armas eran la lanza arrojadiza, el escudo y el hacha de jaspe ó de obsidiana; el arco les era todavía desconocido, quizá ignoraban la honda, ó á lo menos no parece haber sido usada en todas las islas, pero sabían tirar piedras á mano con notable fuerza y destreza.

Conociéndoles mejor se les halla menos salvajes que lo que parecieron á los primeros exploradores.

---

1 Documento de la *Bibliothèque Magliabecchi* de Florencia.— S. Berthelot, *Mémoire sur les Guanches* (*Mém. Soc. Ethnol.*, 1841).

En algunas islas, si no en todas, se servían de molinos á brazo para obtener la harina, de que hacían una especie de polenta. Como instrumentos agrícolas, no usaban los guanches más que palos armados con cuernos de cabra, de donde puede inferirse que, como muchos primitivos, no removían la tierra, sino que se limitaban á depositar la semilla en agujeros practicados al efecto.

Sus casas, cuando las tenían, eran construídas con grandes piedras simplemente superpuestas, sin argamasa, redondas y podían albergar cada una una veintena de personas.

Los canarios eran excelentes nadadores, pero no poseían barcos. Quizá se servían de balsas, como los indios de la América central, tan pronto destruídas como construídas, y habiendo podido pasar desapercibidas por esta causa. Estos insulares no despreciaban las conchas, y se encuentran aún en sus «restos de cocina» amontonadas é idénticas á las del continente.

La práctica del duelo á lanza arrojadiza parece haber sido muy habitual entre ellos.

Su régimen monárquico era el de la tribu monárquica, hasta muy monárquica, con una casta de nobles, una clase de sacerdotes y una multitud de siervos. Se ha notado que la clase inferior era más obscura de piel y de cabellos que las clases superiores.

Los guanches eran muy belicosos y conservaban en sus cantos la memoria de sus héroes, y las mujeres rivalizaban en valor guerrero con los hombres.

Por procedimientos análogos á los del antiguo

Egipto, momificaban sus muertos y los depositaban bien envueltos en pieles en grutas funerarias.

Los grandes practicaban el matrimonio entre hermanos y hermanas, aunque quizá se trataba no más de una media fraternidad, procedentes del mismo padre y madres diferentes, ó viceversa, porque no había nada de uniforme en su reglamentación de las uniones sexuales; la poligamia coexistía con la poliandria, y los nobles parece que ejercieron el *jus primæ noctis* <sup>1</sup>.

De este conjunto de informes harto sucintos, puédese, no obstante, deducir que los guanches canarios, emparentados, á lo que parece, con nuestros antepasados de la edad de la piedra pulimentada y con los bereberes africanos, eran primitivos de elección, ciertamente muy civilizables y hasta dotados de una nobleza moral que admiró mucho á sus conquistadores llamados civilizados. Los actos de traición que éstos practicaban por costumbre, escandalizaron mucho á los canarios salvajes, que jamás se permitían actos semejantes y eran moralmente muy superiores á los aventureros de Europa desembarcados en sus islas.

## II. — LOS TOUAREGS

Los touaregs saharianos, que hay derecho de relacionar con los guanches desde el punto de vista de la raza y de los orígenes, son fríos, reservados; no cantan apenas, considerando esa diversión como

---

1 S. Berthelot, *loc. cit.*, (passim).

cosa sólo propia de mujeres <sup>1</sup>; pero, como los guanches, han conservado cierta elevación de carácter. En su *Historia de los bereberes*, un autor árabe, Ebn Khaldoun, hace una interesante enumeración de las cualidades morales propias de los bereberes, y la hostilidad hereditaria que existe entre árabes y bereberes garantiza la imparcialidad del historiador. Pues Ebn Khaldoun atribuye á los bereberes todo un conjunto de virtudes que rara vez se encuentran reunidas en los individuos mejor dotados de nuestras razas más civilizadas, á saber: la bravura, la fidelidad á la palabra dada, la paciencia, la firmeza, la dulzura, la indulgencia, el alejamiento por venganza, la bondad, el respeto á los ancianos, la caridad, la hospitalidad, el odio á la opresión, etc. <sup>2</sup>.

Un viajero moderno, Barth, dice también, hablando de los touaregs orientales: « Tienen sentimientos profundos de benevolencia y de afecto, y á pesar de sus gustos belicosos y de su carácter salvaje, están dotados de una gran docilidad » <sup>3</sup>. Por otra parte, la opinión de los touaregs sobre sí mismos y su ideal moral se nos revelan por las palabras siguientes de un targui recogidas por un viajero: « Las cinco palabras *Imógagh*, *Imocharh*, *Imajrhen*, *Temâhaq*, *Temâcheq*, nombres de nuestra raza y de nuestra lengua, tienen la misma raíz que el verbo *iðhagh*, que significa: es libre, es franco, es independiente, roba » <sup>4</sup>. El último rasgo,

---

1 Duveyrier, *Touareg du Nord*, p. 374.

2 *Ibid.*, p. 318.

3 Barth, *Voy en Afrique*, t. IV, p. 141.

4 *Ibid.*, t. III, p. 192.

« roba », es laudatorio según los touaregs, que respetan solamente la propiedad de las gentes de su tribu ó de sus amigos ó aliados. Se alaba también la propiedad de los touaregs: entre ellos, pero entre ellos solamente, tienen sobre la distinción del mío y del tuyo sentimientos é ideas de una severa moralidad. Aunque se halle en la mayor necesidad un targui no tocará ni al dinero ni á las mercancías que le hayan sido confiadas <sup>1</sup>. Cuando un targui muere en viaje, sus compañeros administran sus negocios lo mejor que pueden, y á su regreso rinden á sus herederos cuenta exacta de sus operaciones <sup>2</sup>. Entre los touaregs parecen ser desconocidos el robo doméstico y el abuso de confianza <sup>3</sup>. Si en una caravana muere un camello, los paquetes de equipaje ó provisiones que su muerte obliga á abandonar en el camino quedan intactos aunque sea durante un año <sup>4</sup>. Se sabe también que las mujeres touaregs, las damas, gozan de gran libertad, de una amplia independendencia; que á pesar de la poligamia permitida por el Corán, han impuesto á sus maridos la monogamia de hecho; que son inteligentes, relativamente instruídas, con frecuencia mucho más que los hombres, y que al mismo tiempo tienen un gusto decidido por la música y la poesía, y que entre sí celebran á veces una especie de Cortes de amor. En todas partes, por lo demás, tal grado de independendencia y de iniciativa dejada á

---

1 Duveyrier, *loc. cit.*, p. 385.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*, p. 259.

4 Giraud-Teulon, *Orig. mariage et famille*, p. 227.

las mujeres es como una característica moral de las poblaciones de raza bereber.

Conviene añadir que, entre los bereberes, la filiación es aún maternal y que confiere el rango <sup>1</sup>; por último, que dar una mujer al extranjero que se recibe suele ser considerado como uno de los deberes del huésped <sup>2</sup>.

Aparte de estas escasas menudencias de saber, que les transmiten á veces sus sacerdotes, los marabuts musulmanes, los touaregs son muy ignorantes y tienen aún ideas y prácticas dignas de los primitivos. Lo que estiman sobre todo es la brujería y la alquimia. En el cielo nocturno, que suelen observar frecuentemente, conocen las principales constelaciones, pero todavía ven en ellas seres vivientes <sup>3</sup>. Cuando ocurre un eclipse dicen que uno de los dos astros ejecuta una *razzia* sobre el otro <sup>4</sup>. Para saber la hora, plantan sencillamente un palo en la arena y calculan la hora según la longitud de la sombra, teniendo en cuenta la estación. Para contar se sirven de las cuentas de su rosario ó de puntos marcados en la arena; sin embargo, saben su edad en años lunares, más hábiles en esto que los árabes <sup>5</sup>. Por último, han aprendido á conocer todas las plantas saharianas, lo mismo que sus propiedades y los terrenos que prefieren <sup>6</sup>. En resumen, desde el punto de vista mental, son lo que

---

1 Wake, *loc. cit.*, t. I, p. 190.

2 Duveyrier, *loc. cit.*, p. 424.

3 *Ibid.*, p. 423.

4 *Ibid.*, p. 426.

5 *Ibid.*, p. 421.

6 *Ibid.*

eran los guanches, un pueblo cuya educación intelectual está por hacer, pero que tiene valor moral.

Los guanches y los touaregs pueden ser considerados como una misma raza en dos grados diferentes de su evolución mental y sociológica, y estos dos tipos étnicos no dejan de honrar á la raza bereber á que pertenecen.

### III. — LOS KABILAS

En las montañas de la Kabilia encontramos otros representantes de la misma raza, que, aun habiendo sufrido la dominación de los pueblos conquistadores del Africa llamada berberisca, y hasta habiendo aceptado la religión de sus vencedores, han conservado, sin embargo, su carácter en sus instituciones sociales, y en sus costumbres más de un resto de la huella original.

A pesar de numerosas mezclas, los kabilas han permanecido bereberes por la sangre y la mentalidad. Aun habiendo adoptado la religión del Islam, no han tomado de los árabes su régimen feudal, y los sociólogos pueden aún estudiar en ellos el más perfecto tipo que puede hallarse de la tribu republicana, constituida por una asociación de clanes.

Desde el punto de vista intelectual, la variedad bereber de raza kabila está aún mal desarrollada; ha quedado sencilla, borrosa, pero ha guardado mucho de esa moralidad primitiva que no sobrevive siempre al progreso de ese conjunto mal definido de bien y de mal que llamamos la «civilización».

La organización política de los grupos de clanes que forman la villa kabila es esencialmente republicana é igualitaria. Fuera de la villa, que puede confederarse con otras villas, el individuo es libre de asociarse para formar un *çof*, es decir, una liga de alianza y de asistencia mutua, á la cual todos los miembros deben su concurso, hasta en el caso que censuren su gestión: «Ayuda á tu *çof*, dice un adagio kabila, tenga ó no tenga razón ». Además, una costumbre especial á los kabilas, la de la *anaya*, honra en gran manera á la raza. La *anaya* es una promesa de protección hecha á una ó varias personas, sea por un particular, una colectividad, clan, *çof* ó tribu. Así, en tiempo de guerra entre las villas, una *anaya* especial protegía los vendedores ambulantes, los herreros, los caminos que conducían á la fuente de las mujeres y los mercados <sup>1</sup>. Quien viola su *anaya*, quien «rompe su *anaya*,» queda deshonorado para siempre y se le afrenta suspendiendo en el punto más frecuentado de la villa una albarda de asno llamada «la albarda del que haya roto su propia *anaya*» <sup>2</sup>.

Estas costumbres, que en otra ocasión he descrito más detalladamente, son interesantes en extremo. La organización de la tribu kabila es estrictamente igualitaria; su objeto principal es la salvaguardia de los intereses de la comunidad; pero, solidarizando los deberes cívicos, respeta cuidadosamente la libertad individual. En su seno ningún ciudadano es oprimido; ninguno es tampoco aban-

1 Hanoteau et Letourneau, *Kabylie*, t. II, pp. 61, 79.

2 *Ibid.*, t. III, p. 82.

donado. Contra las violencias que resultan de la libertad misma, la asociación voluntaria, el *çof*, cubre en caso necesario al individuo con su escudo; en fin; la *anaya* le protege en los casos particulares, infinitamente variados que las leyes generales no pueden prever. Como las del clan primitivo, de que proceden, tales costumbres tienen ciertamente una virtud educatriz; porque constantemente y desde la primera juventud, excitan la energía individual, el buen sentido y el espíritu de solidaridad, y á la larga no pueden menos de vigorizar los caracteres.

Los gustos estéticos y líricos de la población kabila se manifiestan en su literatura nacional, que no han alterado los préstamos superficiales tomados de la civilización árabe. Las kabilas gustan del canto y de la poesía, y no les separan voluntariamente, siendo la mayor parte de sus poetas cantores al mismo tiempo; sin embargo, tienen poetas que, careciendo de talento musical, venden sus composiciones á bardos errantes <sup>1</sup>. Estos bardos son de género noble ó de género ligero: los primeros celebran los altos hechos guerreros, la gloria ó las desgracias de la tribu, las alabanzas de Dios y gozan de una gran consideración. En cambio marcan sencillamente el ritmo por medio de un tamboril. Una segunda clase de trovadores es, por el contrario, desdeñada y excluída de los negocios públicos; es la de los simples *tamborileros*, que á veces son también bailarines. Estos viajan en gru-

---

1 Hanoteau, *Poésies populaires de la Kabyla*, c. IV.

pos cantando ó tocando el tambor y el oboe, y sus canciones son ligeras, alegres y amorosas; se les llama para regocijar las bodas, las fiestas ó para celebrar el nacimiento de un hijo ó una circuncisión <sup>1</sup>. En otro lugar he citado muestras de esta poesía, que á veces tiene elevación y nobleza. En su mayor parte los bardos kabilas son totalmente, iletrados; porque, aparte de los marabuts, casi nadie sabe leer en Kabilia; pero esos poetas incultos tienen una memoria notable y ricamente surtida, hasta el punto que algunos de ellos pueden recitar versos durante un día entero sin vacilar y sin repetirse <sup>2</sup>.

Por lo demás la memoria es casi la única facultad que se ejercita en las escuelas de la Kabilia, escuelas organizadas á la manera árabe y casi exclusivamente dedicadas á la instrucción de jóvenes marabuts.

En esta enseñanza escolar se trata siempre de aprender de memoria y no es necesario comprender: poder recitar el Corán de memoria es hazaña que declara á un joven sin par. También se aprende de memoria, comprendiendo poco ó nada, la gramática, la versificación, la teología, hasta con la variante de los textos: es verdaderamente el triunfo de la mnemónica <sup>3</sup>. En cuanto á la masa de los kabilas, es totalmente iletrada, y, fuera de las nociones prácticas, inculcadas por el mismo uso de la vida, la memoria del popular no ha retenido

---

1 Hanoteau, c. VIII-IX.

2 *Ibid.*, *loc. cit.*, t. V.

3 Hanoteau et Letourneau, *Kabylie*, t. II, pp. 106-109.

sino leyendas y cuentos, algunos de los cuales se contaban ya en el Egipto antiguo y hasta han sido recogidos por Herodoto <sup>1</sup>.

#### IV. — LOS HOVAS

Los hovas ó houves de Madagascar son, según todas las apariencias razonables, una antigua colonia etiópica, y, á pesar de que ya no tienen nada del humor belicoso de los antepasados de la raza, les son todavía muy comparables. Como los abisini-  
nios, y aun más, dejan á sus hijas y mujeres una gran libertad de costumbres. Antes del matrimonio la joven hova se conduce libremente como quiere, sin que nadie se preocupe por ello, y los matrimonios, cuando al matrimonio se llega, se hacen primeramente á prueba. Toda joven de buenas costumbres, ha de comenzar por escoger y tomar un amante; después, cuando llega á ser madre, se casa con él, á menos de impedimento de su parte ó de las familias <sup>2</sup>. Por lo demás, el matrimonio hova dista mucho de ser indisoluble, y el divorcio se decide, como la unión, amistosamente; como decía un malgache: «Se casa uno para poder separarse.»

Las mujeres hovas son, pues, personas independientes, y se indignan mucho viendo como los tiradores negros, importados por los franceses en su isla, tratan á sus mujeres. El carácter de bestias de carga impuesto á éstas no puede convenir á las

---

1 Ch. Letourneau, *L'Evolution littéraire*.

2 J. Carol, *Au pays rouge* (*Le Temps*, 1897).

mujeres hovas: «Mujeres Senegal, dicen ellas en su lenguaje rudimentario, lo mismo que *ra-mulo* »<sup>1</sup>. La sílaba *ra*, empleada aquí en el sentido de *señor*, merece fijar la atención. Sabido es que en el antiguo egipcio significaba «padre» (*Ammon-Ra*) y que los cafres le dan todavía esta acepción. Esta es una prueba más, aunque pequeña, que puede añadirse á todas las que militan en favor del origen africano de los hovas.

Encuétrase también en ese pueblo huellas del antiguo matrimonio uterino y del clan exogámico, pues los hovas admiten muy bien el matrimonio entre los hijos de dos hermanos, pero el de los hijos de dos hermanas les parece incestuoso<sup>2</sup>, supervivencia manifiesta de una edad en que el hombre no se contaba en el parentesco.

La estética de los hovas es muy grosera aún, y se manifiesta principalmente por la música. La raza tiene hasta pasión por la música, pero de una música á su alcance. Todavía muy recientemente, todo hova de marca tenía su orquesta; pero la música malgache es muy rudimentaria. Cada vez que salía la reina iba acompañada de un coro de mujeres que cantaban triste y lánguidamente, mientras que unos hombres hacían resonar de tiempo en tiempo enormes caracoles marinos, ó marcaban el compás en tambores rústicos; sin embargo, los hovas tienen aptitudes musicales, y en algunos meses se enseña fácilmente á sus hijos á cantar bien<sup>3</sup>. Frecuente-

1 J. Carol, *Au pays rouge* (*Le Temps*, 1897).

2 J. Carol, *loc. cit.*

3 Dupré, *Trois mois de séjour à Madagascar*, pp. 195, 201, 203.

mente sus cantores se acompañan ellos mismos con un harpa primitiva, xilofono, consistente sencillamente en un segmento de bambú en que por medio de clavijas se mantienen tirantes algunas fibras <sup>1</sup>.

Según un gran conjunto de informes, el carácter de los hovas tiene todos los defectos de las razas débiles: poltronería, astucia, falta de rectitud, etc. Su lengua es notablemente rica en expresiones que indican las diferentes maneras de engañar <sup>2</sup>. Dícenos que no comprenden ni admiten el desinterés: «dando, dando» parece ser su ideal <sup>3</sup>.

También tienen sobre la moral ideas extrañas. A sus ojos, estafar y mentir son bagatelas, mientras que es casi criminal bailar sobre una tumba, comer cerdo donde está prohibido, perseguir un gato salvaje, etc. <sup>4</sup>; pero no ha de verse en esto sino uno de esos casos de confusión entre la moral y la superstición, confusión que persiste, y aun excesivamente manifiesta, en todas las grandes religiones de los civilizados. El código malgache inflige al que ha robado un gato quince días de prisión si el ladrón restituye, y cinco años de hierros en el caso contrario. Por una extraña impresionabilidad nerviosa, parece que el hova siente por el gato una mezcla de horror y de respeto, y este sentimiento tan particular puede ser originario del país de los faraones, donde el culto del gato estaba muy desarrollado.

---

1 J. Carol, *loc. cit.*

2 Ellis, *Hist. of Madagascar*, t. I, p. 156.

3 J. Carol, *loc. cit.*

4 Ellis, *loc. cit.*, t. I, p. 117.

Como el abisinio y tantos otros pueblos ó razas todavía bárbaros, el hova cree también firmemente en la magia, y uno de los crímenes para el que su código pronuncia la pena capital consiste en «embruja á la reina» <sup>1</sup>.

La inteligencia de los hovas es á la vez precoz y viva, pero de corto alcance y duración; se la ve florecer rápidamente hacia la edad de ocho á diez años, para entorpecerse á la de veinticinco años; pero siempre es una inteligencia sobre todo receptiva, poco razonadora y nunca innovadora. Los misioneros metodistas ó católicos han vulgarizado fácilmente la instrucción primaria en la Imerina, donde la población es ávida de aprender todo lo que quiera enseñársele <sup>2</sup>; pero á los diez ó veinte años después, los hovas no saben su edad <sup>3</sup>, y, aunque muy agricultores, grandes cultivadores de arroz, no habían inventado ni adoptado el arado <sup>4</sup>. Por último, aun tenían el año lunar con días intercalados, y los nombres de los meses los habían tomado á los árabes. En la educación escolar sólo trabaja la memoria; aprenden maquinalmente, pero no se asimilan las ideas y las nociones nuevas, que permanecen en su mentalidad á la manera de los cuerpos extraños en el seno de los tejidos vivos. En esto, por lo demás, no hay nada de especial á la raza hova, puesto que el mismo fenómeno se observa en todas las razas que han quedado infe-

---

1 J. Carol, *loc. cit.*

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*

4 Dupré, *loc. cit.*, p. 117.

riores, y significa que no puede violentarse bruscamente la educación mental: para llevarla á buen término es necesario proceder gradualmente y según un método apropiado.

## V. — LOS ETIOPESES MODERNOS

Los etiopes modernos, los abisinios, son notablemente más civilizados que los hovas, porque no han sido preservados en el mismo grado por la segregación insular contra los contactos extranjeros, y también porque sus antepasados han seguido más ó menos, aunque de lejos, la lenta evolución social é intelectual del Egipto y de la antigua Libia. Diversas supervivencias atestiguan añejas é íntimas relaciones entre la Libia y la Etiopía, siendo seguramente la más característica la gran libertad dejada á las mujeres, que, en Abisinia, como entre los touaregs, aun entre los antiguos kabilas y sobre todo en el antiguo Egipto, eran ó son todavía consideradas, no como cosas, sino como personas. Pronto veremos la causa.

El matrimonio abisinio no es más que una unión libre, y las abisinias, cuya independendencia se inclina fácilmente al libertinaje, son legalmente admitidas, al mismo título que los varones, á la participación en las tierras por herencia.

Otras dos supervivencias han de citarse aún: una es especialmente egipcia, la costumbre de la falotomía guerrera. Se sabe, en efecto, que todavía los abisinios traen de sus guerras esos trofeos fáli-

cos de que los egipcios victoriosos llenaban carros. La segunda supervivencia de que he de hablar es más bien líbica que egipcia: es el megalitismo, de que se encuentran huellas antiguas ó recientes entre todos los periegipcios: primero los guanches; luego los kabilas, que muy recientemente elevaban *menhirs* conmemorativos; los touaregs, en cuyo territorio se ven también piedras levantadas, y por último, los hovas, que todavía son constructores de menhirs y de dolmens, costumbre arcaica que no podría provenir de la Malasia.

Después de esta corta digresión, necesaria para justificarme de haber dado á los libios y á los etíopes modernos el nombre de periegipcios, paso á mi asunto principal: el estudio de las inclinaciones naturales y del carácter de las razas.

Cuando se sale del mundo completamente primitivo, es raro hallar hechos de glotonería animal semejantes á los que he referido varias veces. Sin embargo, entre los abisinios se encuentran huellas todavía: me refiero á su costumbre general é inveterada de comer carne cruda, curiosa supervivencia que data de una edad bestial en que el arte culinario estaba aún en la infancia.

Por la estética, la música y la poesía, las costumbres abisinias recuerdan mucho las de la Kabilia: los cantores, bardos y mímicos, abundan en Etiopía, pero en su mayor parte son despreciados y se les da un nombre difamatorio, exceptuando de ellos únicamente los cantores de poesías religiosas, que suelen ser al mismo tiempo danzantes religiosos según la costumbre primitiva. Por último,

no se inflige tampoco ninguna desconsideración al soldado que canta canciones de guerra: la gloria purifica todo.

Exceptuando los oficios de joyero y herrero, el trabajo industrial está aún muy poco dividido en Etiopía, donde cada individuo suele bastarse á sí mismo. La agricultura sobre todo es familiar y, como en China, á fuerza de tiempo y de cuidados se remedia la imperfección de los instrumentos rurales. Todas las personas de la familia, hombre, mujer é hijos trabajan la tierra, que es escardada y rastrillada con solicitud; se usa el arado, pero es muy rudimentario, compuesto de una pieza de madera atravesada por un palo con punta de hierro que hace oficio de reja, va tirado por bueyes y dirigido por un hombre, que le hace trazar pequeños surcos entrecruzados, porque no usan rastrillo. Detrás del arado siguen las mujeres y los niños, que escardan y recogen las raíces de las malas yerbas <sup>1</sup>.

Los abisinios han conservado muchos caracteres de imperfección ó más bien de juventud mental: en ellos es muy viva la curiosidad, pero prefieren la literatura á las nociones científicas <sup>2</sup>; son muy animistas y supersticiosos, y á pesar de su barniz de cristianismo, los etiofes creen en la magia, en la eficacia de los encantos, en las metamorfosis de hombres en animales por el poder de los maleficios, etc.; tienen verdadero temor al mal de ojo, y piensan que á distancia y por medio de prácticas apropiadas puede llegarse á chupar la sangre de

1 *Le Temps*, 1.º Octubre 1897 (*En Ethiopie*).

2 D'Abbadie, *loc. cit.*, p. 163.

un hombre, etc., etc. <sup>1</sup>. Como los demás, los mismos sacerdotes, por lo común muy ignorantes, incapaces frecuentemente de comprender los textos sagrados en lengua guez, que usan, creen firmemente en la magia. Casi todos esos sacerdotes saben leer, pero no suelen comprender el sentido de las palabras escritas. En la Etiopía moderna está muy extendido el conocimiento del derecho tradicional ó del bizantino, eco de las *Pandectas* y de las *Institutas* <sup>2</sup>, conocimiento indispensable á los hombres libres, quienes, todos, pueden ser llamados á hacer oficio de jueces. Para los abisinios, hacer justicia, cuando llega el caso, es un deber social, exactamente como el de defender su país.

La ciencia abisinia es nula. Por importación se conoce el año egipcio de trescientos sesenta y cinco días repartidos en doce meses de treinta días, con cinco complementarios y seis los años bisiestos <sup>3</sup>; pero, al lado de este año sabio y de un calendario introducido por los metropolitanos venidos de Alejandría, persisten prácticas cronométricas que recuerdan todavía el salvajismo, dividiendo la jornada en seis partes denominadas según la altura del sol, que caracteriza cada una de ellas. No tienen reloj, ni clepsidra, ni reloj de arena, ni medio preciso de medir el tiempo que pasa. Con frecuencia los sacerdotes y hasta los sabios calculan la hora según la longitud de su sombra medida en pies y semipies <sup>4</sup>.

---

1 Combes et Tamisier, *Voyage en Abissinie*, t. III, p. 191.

2 D'Abbadie, *loc. cit.*, pp. 126, 163.

3 Combes et Tamisier, *loc. cit.*, t. III, p. 178.

4 D'Abbadie, *loc. cit.*, p. 168.

Los abisinios están, pues, escasamente desarrollados desde el punto de vista intelectual y estético. Han conservado más de una costumbre procedente de las épocas más bárbaras; pero, á pesar de todo, no se les puede negar cierta nobleza moral y sobre todo una gran energía guerrera que ha conservado hasta nuestros días su régimen feudal.

### B. — *El Egipto antiguo*

La raza libia ó bereber y la raza etiópica, de que acabamos de ocuparnos, deben ser las mismas á que pertenecían los fundadores del primitivo Egipto, y puede considerarse como una posteridad directa, que representa su mezcla, la variedad copta, que, fijada lentamente en el curso de los siglos, acabó por constituir el fondo de la población egipcia, como resulta de sus caracteres físicos, de su lengua y hasta de su mismo nombre. A la variedad copta parece referirse físicamente la curiosa población de los hovas de Madagascar.

El fellah egipcio actual sobre todo es el descendiente de la antigua población servil y dominada, un residuo de esclavos perteneciente á diversas razas, pero en la cual ha dominado sin duda la sangre etiópica y aun la de ciertas variedades negras de Africa.

Los mismos egiptólogos se resignan en el día á referir el antiguo Egipto, cuyos monumentos estudian, á una primitiva edad de piedra idéntica á la que ha sido descubierta y estudiada en Europa.

En la entrada del Fayum <sup>1</sup> se ha encontrado toda una colección de instrumentos de piedra, hachas, azuelas, cuchillos, hoces, etc., que se remontan á la XII dinastía, es decir, á más de tres mil años de nuestra era, y se han hecho muchos otros descubrimientos del mismo género (Hamy, Lajard, Morgan, etc., etc.), aunque no se ha emprendido ninguna exploración completa y metódicamente conducida desde el punto de vista de la edad de piedra; pero ya se sabe bastante para poder afirmar que Egipto, con su espíritu de conservatismo extremado, continuó usando instrumentos de piedra juntamente con los metales bajo los faraones y hasta en el tiempo de la dominación romana <sup>2</sup>. Aun en nuestros días se ha podido ver en Egipto alguno de esos tenaces enamorados del pasado: un copto, Salil de Abydos, que murió en 1887, á la edad de 84 años, se servía siempre de un cuchillo de sílex para afeitarse la cabeza, teniendo cuidado, después de la operación, de aplicarse hojas sobre el cuero cabelludo para calmar la irritación producida <sup>3</sup>.

Conservar é inscribir todo, hacer que el pasado sobreviviese á sí mismo era la tendencia característica del espíritu egipcio, y, por esa manía reaccionaria la tierra de los faraones ha llegado á ser un museo de precio inestimable para estudiar las

---

<sup>1</sup> Petrie, *Illahun, Kahun and Gurob*, pp. 12, 51, 55 (citado por Maspero, *loc. cit.*).

<sup>2</sup> Maspero, *loc. cit.*, p. 49.—Morgon, *Recherches sur les origines de l'Égypte*.

<sup>3</sup> Mariette, *Age de la pierre en Égypte* (citado por Maspero, *loc. cit.*, p. 49.)

fases de todos los géneros de evolución. De ese modo los monumentos egipcios nos permiten remontarnos al origen mismo del lenguaje. Sabido es que, gracias á la supervivencia de la lengua copta, se han podido traducir las más antiguas inscripciones egipcias y asistir en cierto modo á la evolución lingüística en el valle del Nilo. Se ha comprobado también que todas las palabras primitivas de esta lengua son monosilábicas <sup>1</sup>, que las onomatopeyas, los sonidos imitativos, figuran en ella en gran número; por ejemplo, los nombres de los animales son casi siempre simples imitaciones de sus gritos: el asno, *ió*; el león, *moui*; el gato, *chaou*; la rana, *crou*; el cerdo, *rir*, etc. Aparte de las onomatopeyas, se trataba de recordar por sonidos variados, dulces, duros, rápidos, etc., las cualidades físicas de los objetos: *ouó*, voz; *chouchou*, adular, alabar; *bridj*, relámpago; *lali*, *loulai*, regocijarse, etc. <sup>2</sup>. Conviene notar también que esta lengua egipcia es *sui generis* y no se refiere íntimamente á ninguna otra, sin duda porque es su hermana mayor.

Muchas razas extranjeras han acabado por penetrar en Egipto y aun por conquistarle, dominarle, dejando allí por mezcla algunas huellas de su paso; pero no hay que exagerarse la influencia duradera de esos cruzamientos: antiguamente como en el día los extranjeros no han arraigado en el valle del Nilo, y hasta de ese hecho incontestable puede deducirse que los fundadores del primer Egipto no

---

1 Champollion-Figeac, *Egypte ancienne*, p. 214.

2 *Ibid.*, p. 215.

podían venir de muy lejos. Los coptos y los fellahs deben representarnos su descendencia, alterada indudablemente, pero bastante análoga todavía á sus progenitores. Los coptos de las ciudades podrían ser los descendientes de las clases directoras del antiguo Egipto, y los fellahs, del proletariado servil, sobre el cual las clases superiores se descargaban de los trabajos penosos, especialmente del cultivo de los campos, constituyendo ese pueblo de siervos que los bajo-relieves nos representan ocupados, bajo la acción del látigo y del palo, en ejecutar las labores más duras: arrastrar los monolitos, sacar agua, tejer, labrar el campo uncido á veces al arado, y no siempre, porque ordinariamente dirigía los bueyes y se sembraba al voleo <sup>1</sup>. Se sabe que ese siervo rural no era dueño de nada, que estaba siempre á la disposición del amo, sin tener jamás la seguridad del día siguiente y sin preocuparse de ello <sup>2</sup>. Se le conducía como un niño y como tal tenía la imprevisión y la alegría. Cantando desempeñaba sus tareas serviles, y sus canciones, siempre muy breves, pintaban á veces, aunque en tono risueño, la triste suerte del labrador. Así, por ejemplo, para limpiar los canales y reparar las orillas había de entrar en el agua hasta medio cuerpo, arrastrando el peligro de las picaduras de pescados peligrosos como el siluro y el oxirrinco, y lo hacía cantando: «El cavador cambia saludos con el oxirrinco; habla con el siluro. — ¡Occidente! vuestro cavador es un cavador de Occidente.» Y el

1 Maspero, *loc. cit.*, p. 341.

2 Maspero, *loc. cit.*, pp. 342, 349.

Occidente era la región de la muerte <sup>1</sup>, aquella donde de un momento á otro podía ser enviado por la mordedura del siluro.

Esta inclinación á la burla se manifiesta más claramente aún en dibujos irónicos, en verdaderas caricaturas, que se refieren á veces hasta las personas reales, hasta los sacerdotes <sup>2</sup>. Evidentemente esos dibujos atrevidos ó sediciosos, que no se comunicarían sino con cierto temor, no podían ser obras de los pobres fellahs; éstos no hubieran tenido la idea, ni la audacia, ni la habilidad de concebirlos y ejecutarlos; han de atribuirse á los escribas ó á los artesanos, que eran menos oprimidos, más ilustrados, sabían más ó menos dibujar y disponían de algún tiempo. Estos escribas, que nos han dejado vivas descripciones de la miseria del trabajador egipcio, han podido representar gráficamente sentimientos de ordinario ocultos en su fuero interno.

En efecto, el artesano egipcio era siervo, como el campesino, y las artes ó, por mejor decir, los oficios eran numerosos en Egipto, donde todos los principales géneros de industria se habían desarrollado y hasta eran ejercidos por corporaciones obreras: tejedores, carpinteros, herreros, cristaleros, etcétera, etc., que la iconografía egipcia nos muestra trabajando <sup>3</sup>. Estas corporaciones industriales se componían de familias en que el oficio era rigu-

---

1 Maspero, *loc. cit.*, p. 340.

2 Ollivier-Beauregard, *La caricature égyptienne*, introduction pp. 11-13 et *passim*.

3 Max Duncker, *Les Egyptiens*, pp. 135-136.

rosamente hereditario. Herodoto admira esa organización que le parece muy favorable á la conservación y á la capitalización de los perfeccionamientos de un arte ó de un oficio. Y así ha debido ser en la faz primera del desarrollo; pero cuando los procedimientos se han hecho rituales, cuando se llega á la preocupación única de conservarlos intactos y en manera alguna de mejorarlos, entonces la inmovilidad se convierte casi en una obligación y todo progreso es imposible. Eso había ocurrido, como se sabe, en el Egipto antiguo, donde, á lo menos hasta el período helénico, los espíritus parecían haberse momificado en las ligaduras de la tradición.

La existencia popular en Egipto, era, pues, poco envidiable y se prestaba poco á la alegría; la de las clases superiores era más variada, si no más libre, pudiendo disfrutar del placer, ya que no les faltaba tiempo que dedicarle, viviendo á expensas de la plebe esclavizada y envilecida. Las artes y oficios se dejaban á las clases inferiores, con la obligación de no cambiar nada, porque eran presentes de los dioses, especialmente, del Dios Thot, que había fundado la astronomía, la adivinación, la magia, la medicina, la escritura, el dibujo, etc., todas las ciencias y todas las artes <sup>1</sup>. Esos preciosos conocimientos, Thot los había comunicado generosamente á los hombres, pero en su perfección definitiva; porque jamás los hubiera podido crear el cerebro humano: se trataba, pues, solamente de conservarlos

---

1 Maspero, *loc. cit.*, p. 204.

y de transmitirlos en su integridad á las generaciones futuras.

La curiosidad intelectual no atormentaría mucho á los egipcios, ni aun á la clase misma de los sacerdotes, depositarios de la ciencia. De ese modo los placeres que buscaban las clases superiores eran de género poco elevado, á juzgar por las pinturas funerarias: banquetes en que se comía y bebía con tal intemperancia, que las pinturas representan á veces la repugnancia de los estómagos sobrecargados y sus molestas consecuencias <sup>1</sup>; sin embargo, danzantes de ambos sexos y músicos proporcionaban á los convidados un poco de placer artístico <sup>2</sup>.

La música estaba principalmente dedicada á las ceremonias del culto; había familias de cantores adscriptas á los templos; pero todo induce á creer que esta música sagrada se perfeccionaba todavía menos que el canto llano de nuestras iglesias.

Del mismo modo la pintura y la escultura fueron muy limitadas en sus progresos, porque no eran más que complementos, artes de ornamentación para los edificios, servidoras de una arquitectura casi inmovilizada como todo lo demás <sup>3</sup>. Se ha encontrado en una tumba el árbol genealógico de una familia que había contado veinticinco generaciones de arquitectos <sup>4</sup>; pero la función de los arquitectos consistía en construir ritualmente templos y tumbas, porque los egipcios consideraban

---

1 Max Duncker, *Egyptiens*, p. 266.

2 *Ibid.*, p. 137.

3 *Ibid.*, p. 281.

4 *Ibid.*, p. 235.

las habitaciones de los vivos como posadas y las de los muertos como moradas eternas <sup>1</sup>.

Esta idea fija de la conservación, esa admiración por un pasado divino, la obligación que cada uno tenía de vivir y morir en su casta, más aún, en su arte ó en su oficio, hacían todo progreso casi imposible hasta en las ocupaciones particularmente intelectuales. De ese modo, á los ojos de los egipcios las fases históricas se desarrollaban con la regularidad de las fases astronómicas, y los períodos de la historia egipcia debían regularse exactamente sobre los grandes períodos sóticos; por consecuencia, el fin de cada uno de esos largos períodos marcaba necesariamente el término de un ciclo de acontecimientos y el principio de otro ciclo <sup>2</sup>.

No obstante, en religión el Egipto había evolucionado lentamente, pero conservando, superpuestas, todas las fases de su creencia, desde el fetichismo de los salvajes hasta una metafísica impalpable. Los animales sagrados eran, como se sabe, una multitud: los había cuyo culto era general, como el escarabajo, el ibis, el perro, el chacal, el mono cinocéfaló, el gavilán, el gato, etc.; otros eran adorados solamente en tal ó cual noma y á veces despreciado en otra; pero no se les veneraba á medias, y Diodoro refiere irónicamente que en un incendio los egipcios pensaban ante todo en salvar su gato <sup>3</sup>. Entre los cultos zoolátricos, el del buey Apis excedía los límites ordinarios de lo irracional,

---

<sup>1</sup> Diodoro, L. I, § 51.

<sup>2</sup> Max Duncker, *loc. cit.*, p. 255.

<sup>3</sup> Diodoro, L. I. § 83.

pero no era el único que se hallaba en ese caso; por ejemplo, se llevaba luto por la muerte de un perro ó de un gato. Se ha encontrado un himno de adoración al gato que refleja bien ese estado de aberración fetichista: «¡Oh gato sagrado! tu cabeza es la cabeza del dios Sol; tu nariz es la nariz de Thot... tus dientes son los dientes del dios Choumsou (dios de la Luna). Tus nalgas las nalgas del dios Horos, etc., etc.»<sup>1</sup>.

No es posible naturalmente enumerar la multitud de las divinidades egipcias: las había zoolátricas, astroláticas, antropomórficas y metafísicas. Toda esa mitología abigarrada parece una vasta necrópolis de creencias embalsamadas.

Respecto de las ciencias ó creaciones científicas de Egipto, no puedo tampoco hacer más que una enumeración rápida, únicamente para dar idea del alcance intelectual de la raza.

Como quiera que sea, nada puede inmovilizarse; por eso, á pesar del apego que profesaban los egipcios al pasado, su escritura había evolucionado. Se empezó por la imagen del objeto (disco centrado ☉ para decir sol); después se tomó la parte por el todo (pupila para ojo); después se sustituyó la imagen de la causa á la del efecto ó viceversa (☉ sol = día). Por último, se dió á los signos de los objetos un valor simbólico (abeja por reinado) y se asociaron varios símbolos para expresar una idea compleja. Por un último progreso, se llegó á un alfabeto primeramente silábico y fonético, de donde

---

1 Brugsch, *Zeitschrift der deutschen*, t. X, p. 683.

salió un alfabeto de consonantes; pero esta evolución se efectuó siguiendo el método egipcio, conservando todos los signos ideográficos, simbólicos y silábicos anteriores, de donde resulta una mezcla confusa é inextricable, que los fenicios tuvieron el gran mérito de recortar y clasificar <sup>1</sup>.

Si para apreciar el valor intelectual de los egipcios, examinamos ahora la constitución de sus ciencias, encontraremos en ellas los mismos rasgos psíquicos que revela toda su vida social, á saber: el gusto y sobre todo la paciencia de la observación, pero unidos á una gran repugnancia hacia todo cambio, y como consecuencia hacia todo progreso, descollando una verdadera incapacidad de rozamiento y de interpretación. Sus signos numéricos, por ejemplo, datan del período muy primitivo en que los antepasados salvajes contaban penosamente con los dedos ó ayudándose con palitos, etc. <sup>2</sup>, y esos signos se prestan muy mal á las más sencillas operaciones de aritmética. Los signos empleados para designar las decenas, centenas y millares representan aún grupos numéricos no subdivididos.

En astronomía, los sabios, es decir, los sacerdotes egipcios, habían acumulado pacientemente y durante una larga serie de generaciones las observaciones celestes y anotado los principales cambios ocurridos en la posición y curso de los astros; habían observado la regularidad y la vuelta periódica, lo que les permitía predecir muy aproximativamente

---

1 Maspero, *loc. cit.*, pp. 221-223.

2 E. B. Tylor, *Anthropology*, p. 313.

los eclipses, pero siempre sin comprender la causa y disfrazando la astronomía con los más extravagantes ensueños de la astrología, que los juzgaban cosa utilísima. De ese modo, cada mes, cada día, cada hora del año estaban bajo la especial dependencia de un dios ó de un genio <sup>1</sup>.

Se había determinado bien el año solar; pero la ciega sujeción al pasado no había permitido introducir este año en el calendario, que conscientemente había permanecido irregular <sup>2</sup>.

Hasta la época de los Ptolomeos no aparecen representaciones del zodiaco en los monumentos egipcios, creyéndose poder deducir de este hecho que los sacerdotes astrónomos habían ignorado hasta entonces el zodiaco, de uso tan antiguo en todo el Asia; pero no puede creerse que unos observadores tan bien informados para determinar, después de la precesión de los equinoccios, el gran período sótico de 1.460 años, no hayan sabido construir un zodiaco solar, siendo probable que si tardaron tanto en vulgarizarlo, fuera por un sentimiento de supersticioso respeto por el primitivo año lunar. El zodiaco que apareció en tiempo de los Ptolomeos atestigua por sí mismo lo bien fundado de esta suposición. En efecto, sabemos que en todo Asia el zodiaco es el mismo, el que Roma y Grecia acabaron por adoptar. Pero el zodiaco egipcio posee cierto número de signos que le son especiales; por ejemplo: el escarabajo reemplaza en él al cáncer; la montaña del sol, á la balanza; la serpiente, el

1 M. Duncker, *loc. cit.*, p. 260.

2 Champollion-Figeac, *Egipte ancienne*, p. 275.

escorpión, etc. <sup>1</sup>. No se explicaría la introducción insólita de esos signos si no fuesen una supervivencia de un antiguo zodiaco egipcio ya desaparecido.

No parece que los egipcios se hayan ocupado de las ciencias naturales. Es seguro que en esa dirección, como en todas las demás, hayan observado hechos, pero siempre sin clasificarlos ni coordinarlos, sin interpretarlos científicamente. Su manera de concebir la medicina nos informa suficientemente respecto de este asunto: sus sacerdotes practicaban la medicina y la cirugía, pero todos habían de especializarse en un género de enfermedades, á fin, según se creía, de conocerla mejor, como se hacía con los oficios <sup>2</sup>, y la ley tutelar regulaba minuciosamente el empleo de los remedios y su composición. Toda infracción á esa reglamentación ritual podía ser castigada de muerte <sup>3</sup>, viéndose, pues, los médicos reducidos al empleo rutinario de viejas recetas.

Ese conservadorismo limitado había inmovilizado todo en Egipto, y eso mismo era la causa de la independencia relativa dejada á las mujeres: á las damas. La forma primera de la familia, la familia uterina, había sido conservada cuidadosamente y el parentesco se regulaba por las mujeres. Sin duda que los egipcios civilizados, históricos, creerían en la consaguinidad del padre y de los hijos; pero algunas de sus costumbres tocante á los matrimonios

---

1 Max Duncker, *loc. cit.*, p. 259.

2 Champollion-Figeac, *loc. cit.*, p. 93.

3 *Ibid.*, p. 138.

ataban aún del tiempo en que esta consaguinidad paternal no era siquiera sospechada. Así se prohibía la unión sexual de la madre y del hijo, pero había indulgencia para la del padre y la hija. El matrimonio del hermano y la hermana, según los historiadores de la antigüedad, pasaba por natural y justo <sup>1</sup>, tanto, que en los cantos de amor, las palabras *hermano* y *hermana* significaban amante y querida; pero entendiéndose hermanos y hermanas de padre solamente, que comenzaban por no ser parientes. Y esta semifraternidad debía ser muy común en las clases superiores, á causa de la poligamia y de las concubinas, sea proletarias, sea esclavas. En Egipto, como en China, todos los hijos eran legítimos cualquiera que fuera su madre <sup>2</sup>.

Estas antiguas formas familiares son universales, y á cierta fase de la evolución mental y social, se las encuentra en todos los países y en todas las razas. Las he señalado y las señalaré aún, de paso; pero ya es tiempo de indicar su causa, que es de orden psíquico.

A primera vista no se explica que en todas las razas, en toda la tierra, los hombres sólo han tenido en cuenta la filiación uterina y han pensado que el padre no era pariente de sus hijos. Para comprender este hecho paradójico, hay que dirigirse á la infancia mental del género humano, que, como hemos observado al principio de este libro, ofrece tanta analogía con nuestra infancia individual. Pues todos hemos pasado por una edad en que, aunque

---

1 Diodoro, t. I, p. 27.

2 Maspero, *loc. cit.*, pp. 51-52.

con la inteligencia muy despierta, no hemos intentado aclarar el misterio de la generación, nos parecía que los hombres debían de brotar como las plantas, ó más bien, como los frutos de las plantas; ni siquiera sospechábamos que pudiera ser necesaria una fecundación cualquiera en las plantas, en los animales ni en el hombre. Pues el género humano ha comenzado indudablemente por vivir en esa ignorancia idílica. Se podría conjeturar sencillamente, pero muchas tradiciones lo atestiguan; me refiero á todas las antiguas leyendas que refieren fecundaciones extrañas, concepciones de las llamadas immaculadas, tan comunes en las tradiciones religiosas y en las poesías antiquísimas. En la imposibilidad de citarlas todas, recordaré solamente algunas.

El *Popol Vuh* de los aztecas habla de hombres de madera nacidos de haber juntado maíz con el árbol *tzité*<sup>1</sup>. La misma recopilación refiere que una doncella fué fecundada por una calavera que brotó en un árbol; aquella calavera escupió en la mano de la joven y quedó en cinta.

La más célebre concepción immaculada en Asia es la de Budha, que se encarnó él mismo en el seno de su madre Maya-Devi mientras dormía y soñaba que un elefante blanco penetraba en su seno<sup>2</sup>.

En un cuento popular del antiguo Egipto, una mujer fué fecundada por una viruta de acacia en la que se había alojado el alma de un joven<sup>3</sup>. En el

---

1 Brasseur de Bourbourg, *Popol Vuh*.

2 Mary Sammer, *Hist. de Cakya-Mouni*.

3 G. Maspero, *Contes populaires de l'Egypte ancienne (Les Deux Frères)*.

Kalevala, la diosa Luonnatar fué fecundada por el viento y el mar <sup>1</sup>. En la mitología irlandesa, una mujer fué fecundada por haber bebido en una copa de oro en que se habia situado la diosa Etain <sup>2</sup>, etc. Aquí me detengo; pero la mitología griega contiene relaciones del mismo género, sin hablar de otras mitologías más recientes.

Podemos, pues, admitir que el hombre muy primitivo no comprendió como se hacía la fecundación en su propia especie, como no la comprenden los animales. Buscó la unión sexual sólo por la voluptuosidad genésica; después observó que los hijos nacían de las mujeres, y cuando se cuidó de determinar el parentesco, instituyó naturalmente la familia uterina, no pudiendo imaginar que existiese otra. Por último, cuando se rectificó esa apreciación tan primitiva, sucedió que la familia uterina, sobre el sentido de la cual ya nadie se engañaba, persistió en la ley, en la transmisión del parentesco, hasta en la de los bienes, únicamente porque se trataba de una costumbre establecida desde una época muy antigua. Así sucedió en Egipto y en otros muchos países; porque es común á todas las grandes monarquías primitivas, más ó menos teocráticas, sentir horror al cambio y conservar con extremado celo las creencias más absurdas y las instituciones más molestas, aun las más opresivas, sólo porque la antigüedad y ordinariamente la religión las han consagrado.

---

1 *Kalevala*, c. XII.

2 D'Arbois de Jubainville, *Cycle mythologique irlandais*, página 312.

Esa tenacidad extrema de las huellas mentales, originarias de una aversión profunda á todo cambio, ha producido en el Egipto antiguo, entre otros resultados, el de la más amplia independencia relativa dejada á las mujeres. Ese rasgo de las costumbres é instituciones egipcias es paradójico y está en oposición completa con las leyes y costumbres en vigor en las grandes monarquías primitivas, y basta por sí solo para atestiguar que durante mucho, muchísimo tiempo, el imperio de los faraones evolucionó pacíficamente, en estado de segregación, es decir, sin vecinos bastante temibles para imponerle la guerra en estado crónico. Este primogénito de todos los grandes reinos ha podido, pues, engrandecerse lentamente, sobre todo por el crecimiento natural de su población y dedicándose preferentemente á las labores útiles á las creaciones industriales y agrícolas. Al mismo tiempo pudo desenvolverse socialmente, sin renunciar á ciertas costumbres de los clanes primitivos de que procedía y en que, frecuentemente, el sexo femenino no era maltratado ni oprimido, en tanto que la práctica habitual de la guerra, de la *razzia* y del rapto ha inculcado al hombre instintos de bestia feroz. En el Egipto laborioso y pacífico, por el contrario, los clanes, aunque modificándose gradualmente, porque nada hay inmutable, conservaron y transmitieron á la sociedad egipcia, considerablemente engrandecida, la familia maternal y el sistema de la filiación uterina, la propiedad familiar no transmisible á los extraños, la unión conyugal sin servidumbre de la mujer, y por último, según el faraón

Bocchoris, contratos de matrimonio escritos, libremente discutidos, en que la esposa trata con el marido de potencia á potencia, exigiendo á veces grandes ventajas pecuniarias, prohibiendo la poligamia, el concubinaje y en último término reservándose el derecho de divorcio mediante una declaración de negarse á continuar, etc. <sup>1</sup>. Hasta hay veces en que la mujer casada no parece obligada al domicilio conyugal, y, de hecho, el Egipto de aquel tiempo realizó el matrimonio en que la mujer se reserva para sí sola el derecho de divorcio, el matrimonio con la servidumbre del marido <sup>2</sup>.

En los pueblos periegipcios no se encuentra feminismo conyugal tan acusado; pero todos, en diversos grados, en lo referente á costumbres conyugales, practican una amplia tolerancia. Entre los guanches existen conjuntamente la poligamia, la poliandria, el préstamo de la mujer y el *jus primæ noctis*, y las mujeres combaten como los hombres <sup>3</sup>.

Entre los bereberes subsiste aún el sistema de filiación maternal junto con la familia maternal de los árabes <sup>4</sup>. Como la egipcia antigua, la dama tuareg de nuestros días ha logrado imponer á su marido la monogamia y á conservar la administración de sus bienes lo mismo que una gran libertad de costumbres.

En Kabilia, la influencia del islamismo ha hecho

---

1 E. Revillout, *Droit Egyptien*.—G. Paturet, *Condition juridique de la femme dans l'Egypte ancienne* (passim).

2 G. Paturet, *loc. cit.*, pp. 30-31.

3 Berthelot, *Mémoire sur les Guanches* (*Mém. Soc. Eth.*, t. I, passim).

4 Duveyrier, *Touâreg du Nord*, pp. 369, 393.

de la mujer una menor, pobre y dependiente; sin embargo, la ley, los *Kanouns*, reconocen á la mujer casada el *derecho de insurrección* ante cierta clase de ultrajes. Por último, en tiempo de guerra las mujeres han de ser respetadas y pueden circular libremente <sup>1</sup>.

En los pueblos de raza etiópica, la mujer goza también de diversos privilegios y de gran libertad. Como los kabilas, los masais reconocen á la mujer en tiempo de guerra el derecho de libre circulación <sup>2</sup>. En Abisinia es extremada la libertad sexual de las mujeres solteras, y los matrimonios se hacen y deshacen con la mayor facilidad <sup>3</sup>.

En Madagascar, en país hova, la unión conyugal es también muy frágil, y se acostumbra someterse á una prueba antes del matrimonio; costumbre juzgada muy prudente porque permite experimentar la fecundidad de la mujer: ante todo se desea tener descendientes <sup>4</sup>.

Todas esas razas que he llamado periegipcias, sea porque hayan tenido parentesco con la población egipcia, sea sencillamente que hayan tenido con ella relaciones más ó menos estrechas, han conservado, pues, supervivencias ó tendencias de género feminista, que contribuyen á imprimir al mundo egipcio, tomado en su conjunto, un carácter muy especial.

---

1 Hanoteau et Letorneau, *Kabylie*, t. II, pp. 75-76, 182.

2 Thompson, *Au pays des Massai*, (passim).

3 Combes et Tamisier, *Voy. en Abyssinie* (passim).

4 Jean Carol, *Chez les Hovas*, p. 207.

## CAPÍTULO III

### La mentalidad semítica

SUMARIO. — I. *Beduinos y árabes primitivos*: cualidades físicas; virtudes primitivas; patriotismo de clan; solidaridad estrecha en el clan; generosidad. — II. *Los árabes*: el infanticidio utilitario; raptó y poliandria de otro tiempo; matrimonios temporales; poligamia islámica; celos y desviaciones genésicas; sensualidad práctica y literaria. — III. *De la industria árabe*: su escaso desarrollo. IV. *De la inteligencia árabe*: educación literaria y elocuencia de los beduinos; las escuelas islamitas; ciencia y sabios islamitas; ciencias quiméricas. — V. *La moralidad judía*: desviaciones genésicas é infanticidio. — VI. *La inteligencia judía*: groseras imaginaciones cósmicas; tardía fundación de escuelas; biblismo; médicos judíos en la Edad Media. — VII. *La Caldea y sus ciencias*: despotismo feroz; la ciencia mesopotámica y sus orígenes; matemática y astronomía de observación; animismo y astrología. — VIII. *De la génesis de las ciencias*: quimeras primitivas; ciencias de observación; las familias científicas. — IX. *Influencia de los semitas en la civilización general*: influencia comercial; animismo crónico; debilidad filosófica.

#### I. — BEDUINOS Y ÁRABES PRIMITIVOS

Los primitivos, antiguos ó modernos, por ejemplo, los beduinos nómadas del desierto, han conservado, como sabemos, costumbres que datan de la edad del clan, habiendo pasado los siglos sin modificarlas mucho, ni física, ni moralmente, y en la actualidad nos representan con bastante exactitud el árabe preislamita descrito en la *Novela de Antár*.

La raza ha cambiado poco, poseía y posee aún preciosas cualidades físicas, debidas al género de vida y á la educación: los bediunos son de temperamento muy robusto; á la vez fuertes, ágiles y duros para el trabajo, soportan sin quejarse las intemperies y los ardores del sol, á los que se exponen casi desnudos; hacen largas marchas á pie sobre la abrasada arena, y ni el hambre, la sed ni la fatiga alteran su salud <sup>1</sup>.

Los niños y los jóvenes, permaneciendo desnudos hasta la adolescencia, se ejercitan pronto en la lucha, las carreras, el porte de pesados fardos y, por último, en el manejo de las armas, las cuales, hasta hace poco, eran principalmente la lanza, la javalina, el arco y la honda <sup>2</sup>. La educación de la vista se hace rivalizando á quien descubra un objeto á gran distancia <sup>3</sup>. Pero el gran estudio es el de la equitación: ante todo es preciso saber montar hábilmente un caballo ó un dromedario, y en cuanto el niño es suficientemente buen jinete acompaña á su padre en los viajes, la guerra, las *razzias* y las emboscadas; así se desarrolla el valor y la energía de su voluntad <sup>4</sup>.

Las mujeres se mezclan á los ejercicios masculinos y con frecuencia se distinguen más que los hombres <sup>5</sup>.

Viviendo con los hombres hechos, los mozos toman pronto su aspecto; son serios y graves, porque los hombres que toman por modelo no suelen ha-

---

1 Mayeux, *Les Bédouins*, t. II, p. 38.

2 *Ibid.*, t. III, pp. 186-187.

3 *Ibid.*, t. III, p. 3.

4 *Ibid.*, t. III, p. 188.

5 *Ibid.*, t. III, p. 1-2.

blar sin necesidad <sup>1</sup>. Sin embargo, los hombres no impiden la charla de las mujeres y de los niños; prefieren siempre el hablar sentencioso, el tono igual y dulce <sup>2</sup>, lo que no impide que sientan gran placer oyendo declamar poesías ó narrar cuentos. Pronto se llena la memoria de los niños de leyendas heroicas, de proverbios, de parábolas y de locuciones metafóricas, ejercitándose entre sí, en forma de juego, en improvisar la terminación de un dístico <sup>3</sup>.

Dos virtudes primitivas se hallan aún muy desarrolladas entre los beduinos, á saber: la solidaridad entre los miembros del mismo clan y la hospitalidad. Las poesías y las leyendas árabes suelen glorificar una y otra, siendo en todas partes el hombre más honrado el que se arruinó por una generosa hospitalidad ó por grandes liberalidades <sup>4</sup>. En esto los árabes de Africa no difieren de sus hermanos de Asia: el mayor reproche que pueden hacer á un clan es decir que «sus hombres son incapaces de dar todo, y sus mujeres son incapaces de negar nada.» Entre los árabes, esa inclinación á la generosidad es general; los pobres se entregan á ella lo mismo que los ricos, y se ven beduinos miserables agotar lo poco que poseen en liberalidades y caridades <sup>5</sup>.

Cuando los árabes reciben amigos en su campamento, dejan todo á su discreción, sin que éstos abusen jamás de la confianza que se les manifiesta.

---

1 *Mœurs des Arabes* (sous Louis XIV), p. 163.

2 *Ibid.*, p. 164.

3 Mayeux, *loc. cit.*, pp. 190-193.

4 Burckhardt, *Notes sur les Bédouins*.

5 Denham et Clapperton. *Hist. univ. voy.*, vol XXVII, p. 24.

Basta que un árabe haya recibido un hombre en su tienda, le haya estrechado la mano y haya partido con él el pan y la sal, para que esté pronto á arriesgar su vida en defensa de su huésped <sup>1</sup>.

Esos rasgos son muy honrosos, pero hay otra cualidad muy apreciada entre las poblaciones sedentarias y que falta á los árabes: el patriotismo, en el sentido de amor al territorio del país. Se comprende fácilmente que esta virtud falte á unos nómadas perpetuamente errantes en busca de pastos. Lo que les atrae y á lo que se adhieren, no es la tierra, sino la pequeña sociedad de que forman parte integrante y donde encuentran y dan ayuda, protección, comunidad de pensamiento y de sentimiento, ó también la religión, que puede resumir y representar todo eso.

En nuestras sociedades individualistas apenas comprendemos tales costumbres y particularmente la estrecha solidaridad entre miembros de un mismo clan. «En Arabia no se ve jamás mendigar un árabe, sería una deshonra para su tribu. Cuando un beduino se encuentra en la carencia absoluta de medios de subsistencia, se presenta ante su jefe y declara su situación, y éste convoca á los más ricos de la tribu y les dice:—«Uno de nuestros hermanos está en la necesidad. Si queréis que muera, habréis de sufrir que le mate yo antes que el hambre, si no, ya conocéis vuestro deber.» Entonces cada uno, según su fortuna, da camellos, ovejas, trigo, etc. <sup>2</sup> En la opinión de los árabes nómadas, lo que hace á

<sup>1</sup> Deuham et Clapperton, *Hist. univ. voy.*, vol. XXVII, p. 24.

<sup>2</sup> R. Smith, *Kinship and marriage in early Arabia*, pp. 145-147.

un hombre digno de aprecio no es ser rico: entre ellos la riqueza no da influencia social y los pobres suelen ser más influyentes que los ricos. Así sucede que, por cálculo político más que por generosidad, hay árabes que se arruinan, derrochando todo su haber en honrar sus huéspedes ó en socorrer desgraciados<sup>1</sup>. El Corán se hizo eco de esas costumbres antiguas, estigmatizando la usura, es decir, lo que entre nosotros se llama préstamo á interés:—«Aquellos que tragan el producto de la usura, se levantarán el día de la resurrección como aquel á quien Satanás ha mancillado con su contacto.»—«Dios exterminará la usura y hará germinar la limosna»<sup>2</sup>.

Todo ese conjunto de hechos sirve de fundamento á una afirmación que he expuesto repetidas veces en otras obras, á saber: que la pequeña sociedad del clan es un verdadero laboratorio psíquico en que las razas reciben la primera marca moral, á la vez duradera y profunda, que les caracterizará en lo futuro á través de todas las vicisitudes de su destino, debido á que la duración de la edad social del clan ha sido enorme y á que su poderosa influencia se ha ejercido sobre seres dotados de una impresionabilidad todavía nueva. He aquí por qué el árabe de nuestros días lleva siempre la marca moral que la educación del clan ha impreso en la mentalidad de su raza.

---

1 Burckhardt, *loc. cit.*

2 Corán, c. II, suras 276-282.

## II. — LOS ÁRABES

La estrecha solidaridad de los miembros de un clan ha dado siempre excelentes resultados desde el punto de vista del desarrollo moral, de la génesis de ciertas virtudes altruistas, bases necesarias de toda moralidad; mas, por otra parte, ha producido también algunas malas consecuencias. Así vemos que, sobreponiéndose á todo el interés de la pequeña sociedad, sus miembros encuentran sencillo y hasta laudable sacrificarle en caso necesario los incapaces ó más generalmente los que no pueden ó no podrán en mucho tiempo ser útiles á la comunidad; es decir, los sin valor. En muchas sociedades primitivas se desembarazan sin escrúpulo de los ancianos y de los inválidos; en la mayor parte también se hace poco caso de la vida de los niños, sobre todo de las niñas: *primo vivere*. Por eso, á pesar de sus buenas cualidades sociales, los árabes preislamitas practicaban corrientemente el infanticidio de las niñas, pudiéndose invocar, como circunstancia atenuante, el hecho de que aún en el día esos nómadas sufren más ó menos de la escasez durante una parte del año, y se sienten inclinados, por consecuencia, á suprimir las bocas inútiles. El infanticidio se perpetraba entre los árabes sencillamente y sin efusión de sangre: se enterraba rápidamente la niña recién nacida en un foso al pie mismo del sitio en que su madre acaba de ponerla en el mundo. Y la moral del desierto, no sólo

no prohibía esos asesinatos de niños, sino que los juzgaba como acciones virtuosas y aún generosas <sup>1</sup>, porque, á semejanza de todas las morales seriamente practicadas, estaba dictada por la idea de la utilidad social. Tan generalizado estaba el infanticidio en tiempo de Mahoma, que el profeta creyó útil condenarlo: «No matéis vuestros hijos por temor de pobreza; su nutrición les será dada lo mismo que á vosotros. Los asesinatos que cometéis son pecados atroces» <sup>2</sup>. Como se ve, Mahoma, estigmatizando el efecto, tuvo buen cuidado de inspirar confianza en los padres acerca de la causa de los infanticidios. Si Allah se encarga de alimentar los hijos, no hay razón para suprimirlos; sin embargo, en tiempo de escasez y en fechas más recientes se han visto árabes que vendían sus hijos, y hasta volver al canibalismo primitivo y especialmente al canibalismo de niño <sup>3</sup>.

Pero en la vida social todo se encadena y repercute; de ese modo, la práctica del infanticidio de las niñas, falseando la relación demográfica de los sexos, ha exigido en Arabia la adopción de formas de matrimonio anormales á nuestros ojos; además, la práctica habitual del rapto y de la *razzia* de mujeres determinó también costumbres especiales, puesto que ocurrió á veces que un clan se veía despojado de todas sus mujeres, ó al contrario, se apoderaba de todas las de un clan rival. Como quiera que sea, la escasez de mujeres ha tenido por nece-

---

1 R. Smith, *loc. cit.*, pp. 281-283.

2 Koran, c. XVII, p. 33.

3 Burckhardt.

saria consecuencia la poliandria <sup>1</sup>, forma de matrimonio muy generalizada en la Arabia antigua <sup>2</sup>, habiéndose de añadir á las causas ya citadas de la poliandria la poligamia de los ricos, que por sí sola hubiera sido suficiente para obligar á los pobres á la poliandria, á lo que el profeta llama «la fornicación» <sup>3</sup>.

El matrimonio *mol'a*, que Mahoma abolió con tanto trabajo, era, en efecto, una poliandria sucesiva, es decir, una unión temporal verificada por algunos días entre un hombre y una mujer. Estas uniones efímeras no obligaban á la mujer á abandonar los suyos; su clan no perdía ninguno de sus derechos sobre ella y, cuando se hacía madre, su hijo no pertenecía ni al padre ni al clan de ese padre <sup>4</sup>. Añádase que cada *razzia* con buen éxito provocaba una poliandria temporal y libre, puesto que todas las prisioneras pertenecían en común á sus raptos.

Sin embargo, por groseras que fuesen esas costumbres, no habían rebajado la mujer árabe á la situación inferior á que le ha reducido después el mahometismo, excepto entre los beduinos, donde ha quedado, no la esclava, sino la compañera de su marido y donde una antigua costumbre le daba en otro tiempo el derecho de gracia, que consistía en que un hombre culpable de homicidio se salvaba si lograba poner su cabeza bajo la manga de una mujer, exclamando: «Bajo tu protección» <sup>5</sup>.

1 R. Smith, *loc. cit.*, pp. 131-132.

2 Strabon, CXVI, p. 4.

3 Smith, *loc. cit.*, pp. 128-130.

4 *Ibid.*, pp. 65-69.

5 Mayeux, *les Bédouins*, t. II, p. 102.

Entre los beduinos actuales ya no hay polian-  
dria, la poligamia le ha reemplazado, á lo menos  
para quienes pueden permitirse ese lujo, pero las  
costumbres son severísimas para el seductor de una  
soltera ó más aún de una casada. En el desierto no  
se tolera el oficio de galán afortunado; al que se  
hace sospechoso de seductor se le expulsa de la tribu.  
Hasta en los tiempos modernos se ha visto un prín-  
cipe árabe decretar pena de muerte contra quien  
ofendiera á una mujer, aunque sólo fuera con pa-  
labras inconvenientes; porque á juicio de aquel in-  
flexible justiciero, los sentidos femeninos se pare-  
cen á la yesca, que se abrasa por la más insignifi-  
cante chispa, y era ya principiar una seducción dar  
idea de ella á seres tan impresionables <sup>1</sup>. Y si la  
simple seducción de una joven es un crimen, el  
adulterio es mucho más abominable: las costum-  
bres dan al marido el derecho de castigar á los cul-  
pables, y ese terrible derecho le tienen igualmente  
el padre y los hermanos de la mujer, considerándo-  
se tan deshonorados como el esposo <sup>2</sup>; pero téngase  
en cuenta que lo que se castiga con tal rigor es  
la violación de la propiedad privada, de una pro-  
piedad apreciada de una manera particular, y no  
una falta moral, puesto que en la antigua Arabia  
se invitaba á los extranjeros recibidos bajo la tien-  
da á besar la mujer del anfitrión, y en ciertas tri-  
bus se ponía á disposición del extranjero amigo la  
mujer ó una de las mujeres del huésped <sup>3</sup>. Según

---

<sup>1</sup> Mayeux *loc. cit.*, II p. 83.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 81-90.

<sup>3</sup> R. Smith, *Kinship*, etc., pp. 276-277.

Burckhardt, esta última costumbre subsistía en su tiempo en las fronteras del Yemen <sup>1</sup>.

Por otra parte, se sabe que los celos feroces de los árabes coexisten con graves escándalos de las costumbres, más reprobados entre nosotros que el adulterio. La práctica de las desviaciones genésicas ha sido común entre los semitas, y en ciertas ciudades árabes da lugar á una prostitución especial, que se exhibe á la luz del día, viéndose muchachos adornados como mujeres que van descaradamente á los cafés á ofrecerse á los hombres sentándose sobre sus rodillas <sup>2</sup>. Y no hablo de la prostitución femenina, ampliamente practicada hasta en la Meca, en que las mujeres que la ejercen son numerosísimas y están sujetas á una reglamentación; lo que ocurre ordinariamente en todas las ciudades santas, donde afluyen los peregrinos, en su gran mayoría del sexo masculino, de malas costumbres. La Meca no se exceptúa de la regla, y lo que es más grave aún desde el punto de vista religioso del Islam, en los cafés se venden bebidas embriagadoras sin cuidarse de las enérgicas prohibiciones del Corán ni de las penalidades civiles dictadas contra ese delito, que es un pecado <sup>3</sup>.

Por lo demás, muchos rasgos de las costumbres árabes acusan vivas necesidades, unas sensitivas, otras sensuales, y esas inclinaciones innatas de la raza se manifiestan con mucho colorido en toda la literatura árabe, donde toman la forma de una verda

---

1 *Notes sur les Bédouins*, p. 129.

2 Buckingham, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXII, p. 486.

3 Burckhardt, *loc. cit.*, p. 96.

dera sensualidad estética. Aquello es un abuso de las comparaciones más subidas de color, un estilo tan lleno de imágenes que frecuentemente la admiración por la forma hace que lector y autor olviden el fondo. Entonces, uno y otro, deslumbrados por el bello atavío de la frase, se desinteresan del sentido, llegando á tomar las metáforas por pensamientos, resultando un esfuerzo de ingenio absolutamente pueril, que, cuando es común á toda una raza, la incapacita para la formación de una ciencia y de una filosofía serias.

### III.—DE LA INDUSTRIA ÁRABE

Esa excesiva juventud mental no es siquiera compatible con un notable desarrollo industrial. Al principio de este capítulo he elogiado el vigor de la raza árabe, describiendo la educación atlética que los beduinos dan con éxito á sus hijos; mas á pesar de la fuerza y del sufrimiento de la raza, no se plega ésta á los trabajos industriales ni á las tareas y obligaciones consiguientes, y se ve á los árabes descargarse de ellos todo lo posible sobre sus esclavos ó sus siervos. En Djeddah, en la Meca, apenas se encuentran obreros y los faquines son rarísimos. En general, todos los peones libres de la Meca proceden de Egipto ó de la Siria. Para reparar la mezquita de Medina ha sido necesario llamar obreros del Cairo y hasta de Constantinopla <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Buckhardt, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXII, pp. 40, 318.

En la pequeña industria, en la industria casera, es decir, en la fabricación de objetos, vestidos, utensilios y armas exigida por las necesidades diarias, la inventiva del obrero árabe no ha excedido de un nivel inferior: las formas estrictamente suficientes, una vez creadas ó adoptadas, se han inmovilizado para siempre, como tocadas de una detención, y, en este punto, lo mismo que en la literatura, la ornamentación se ha sobrepuesto á la utilidad: colores vivos y graciosos arabescos encubren la defectuosa adaptación al uso necesitado. Y esta misma crítica puede aplicarse á la música árabe, cuyos arabescos sonoros no expresan nada; otro tanto ocurre con la arquitectura, en que únicamente el detalle gracioso salva el conjunto en esos monumentos agradables á la vista, pero en los que en vano se buscaría una idea dominante.

#### IV.—DE LA INTELIGENCIA ÁRABE

Para acabar de hacer el estudio analítico de la mentalidad árabe, réstame hablar de las aptitudes intelectuales propiamente dichas.

Entre los beduinos los ejercicios intelectuales son de género puramente literario, dirigiéndose únicamente á la imaginación poética y á la memoria. En cuanto están en edad de interesarse en ello, los niños oyen narraciones relativas á los héroes del desierto, á personajes más ó menos legendarios, famosos por sus hazañas y virtudes; sobre todo se cuentan en su presencia cuentos análogos á las de

las *Mil y una noches*, ó parábolas y proverbios, siendo siempre el lenguaje del contador metafórico y repleto de imágenes, con lo que la memoria de los niños se llena forzosamente de esa literatura. Frecuentemente se añaden aún poesías, y hasta se obliga á cada uno á que las componga, ó á lo menos dísticos, constituyendo un juego su improvisación. Consiguientemente, sin proponérselo, los niños se hacen maestros de bello lenguaje, y para los hombres es una necesidad social la elocuencia y la facultad de improvisar discursos llenos de citas poéticas <sup>1</sup>.

Cuando los árabes salieron de su país para conquistar y convertir á sablazos el mundo para el islám, no poseían ningún saber real y estaban muy mal preparados para el trabajo científico; pero las comarcas invadidas y sojuzgadas por ellos estaban más adelantadas en civilización; encontrando en ellas escuelas, y pronto comprendieron su importancia para consolidar sus conquistas, y con un fin de propaganda fundaron por todas partes escuelas islámicas y, en primer término, escuelas superiores, lo que es de regla en todo país. Al mismo tiempo en Alejandría, en Pérgamo, en Persia, etc., los árabes conquistadores quemaban las bibliotecas profanas, porque lo que ellos querían enseñar únicamente era el contenido de su libro sagrado, el Corán.

Ya en una publicación anterior he tenido ocasión de describir las universidades, los colegios y las escuelas elementales de los musulmanes <sup>2</sup>. No in-

---

1 *Mayeux, loc. cit.*, t. III, pp. 190-193.

2 *Evolution de l'Education.*

sistiré más, limitándome á recordar la nulidad casi absoluta de esa enseñanza.

No obstante, en la época más tenebrosa de nuestra Edad Media, los sabios árabes cumplieron una misión relativamente brillante y útil, que conviene apreciar con equidad, sin exagerarla y sin disminuir su valor.

¿Cómo explicar esa radiación intelectual, extinguida tan pronto, puesto que lo que se llama la ciencia árabe estaba ya en decadencia desde la primera mitad del siglo IV de la Egira?

No puede admitirse que los árabes del desierto, absolutamente incultos, se sintieran repentinamente inflamados por la ciencia y alcanzasen tan brillante éxito sin ninguna preparación, y no es, en efecto, eso lo que ocurrió. La verdad es que los primeros kalifas imitaron sencillamente á los soberanos á quienes vencieron, y, á su ejemplo, se rodearon de una corte brillante y escogieron hombres reputados por su sabiduría. Al-Mamum escribió al emperador griego Theófilo rogándole permitiera venir á verle al matemático León, añadiendo: «Concededme lo que la amistad concedería á un amigo. En cambio os ofrezco cien libras de oro, una alianza perpetua y la paz»<sup>1</sup>. No hay duda que puede atribuirse á esta petición alguna otra razón extra científica, aparte de que las matemáticas por sí mismas no han tenido nunca nada de subversivo, por lo que las han tolerado siempre las religiones más suspicaces; pero no puede decirse lo mismo de las

---

<sup>1</sup> Draper, *Hist. develop. intell. Europe*, c. XVI.

ciencias de observación, que los kalifas toleraron y aun protegieron, quizá sin comprender su alcance, ni ver que era harto difícil concordarlas con la cosmología del Corán, donde se hallan, por ejemplo, las imaginaciones siguientes: la Tierra está fija en su lugar por el peso de sus montañas; la bóveda de los cielos descansa como una cúpula sobre la Tierra; hay siete cielos superpuestos y Dios reside en el más elevado, sentado sobre un trono que sostienen alados animales; las estrellas errantes son piedras incandescentes con que los ángeles arrojan los espíritus impuros cuando éstos tienen la osadía de aproximarse demasiado á la bóveda celeste, etc. <sup>1</sup>.

Sin embargo, es indudable que muchos sabios musulmanes cultivaron las ciencias y hasta comunicaron parte de ellas á la Edad Media europea, que mucho lo necesitaba; pero la mayor parte de esos sabios no eran de raza árabe; eran lo que puede llamarse arabizados, hecho importante que parece haber sido desconocido por casi todos los historiadores de la ciencia árabe. Los conquistadores del Islám eran en demasiado corto número para ocupar efectivamente el área inmensa de sus rápidas conquistas: dominaron la población, la convirtieron en gran parte por la virtud del sable y se cruzaron ampliamente con ella á causa de sus costumbres poligámicas. De ese modo, gran número de sabios con que se honra la raza árabe no le pertenecen realmente. Tal era el caso de los dos sabios más eminentes: Avicena y Averroes, el primero natural de

---

1 Draper, *Hist. develop. intell. Europe*, c. XVI.

Bokara; el segundo, de Córdoba; otros eran sirios, griegos, judíos, etc. Las numerosas ideas que los árabes tomaron de los griegos manifiestan claramente el origen de los hombres que iniciaron á los árabes en la filosofía y en las ciencias. Desdeñaron la poesía griega, porque difería mucho de la suya<sup>1</sup>; pero tradujeron los filósofos, particularmente Aristóteles, de quien prefirieron la obra más hueca, la metafísica, aumentada y empeorada con los comentarios de Porfirio, de Amonio, etc.<sup>2</sup>. Por otra parte, Persia, India y Caldea suministraron también á la llamada ciencia árabe amplias contribuciones científicas. De ese modo, la admirable notación numérica de las nueve cifras y sobre todo del cero, que nos han trasmitido, la habían tomado ellos de la India, y en prueba de ello, sus tratados sobre la materia se titulan: *Sistema de aritmética india*. Es cierto que ese sistema representa un gran progreso, pero los árabes no han sido más que los transmisores.

Lo que inflamó principalmente el ardor de los sabios árabes fué la alquimia y la transmutación de los metales, hasta el presente irrealizada y que era todo lo irrealizable posible cuando los árabes se dedicaron á ella; pero tenía para ellos el atractivo de ofrecer un vasto campo á la observación metafísica, á los extravíos de la imaginación y una comfortable estancia á los espíritus, á las esencias, á las quintaesencias, á la piedra filosofal y al elixir de la vida que había de realizarse haciendo el oro

1 Draper, *loc. cit.*

2 *Ibid.*

potable, etc.<sup>1</sup>. Otra ciencia quimérica, la antigua astrología caldea, se unió fácilmente á la alquimia, que pudo muy bien haber nacido en Caldea, como parece indicarlo la idea de poner bajo la protección astral los principales cuerpos<sup>2</sup>.

Sin embargo, las esencias y quintaesencias de la alquimia tenían sobre las entidades puramente metafísicas, la gran ventaja de reposar en definitiva sobre cuerpos, sobre realidades concretas. Estas substancias químicas, sometidas sin ningún método á mil extraños ensayos, aunque no inspirados en ideas razonables, constituían verdaderos experimentos, y, como es natural, de experimentos numerosos continuados durante mucho tiempo acaba casi siempre por salir alguna cosa práctica: en lugar de la *piedra filosofal*, imposible de hallar y buscada con tan ferviente anhelo, se halló el ácido nítrico, el ácido sulfúrico, el fósforo, etc., etc. En todos los ramos del saber hubo observadores y experimentadores, en su mayoría no árabes, sino islamizados, que realizaron así algunos progresos, especialmente ayudados por sabios judíos, que, asociados en los primeros tiempos á su fortuna científica, los esparcieron por el Occidente europeo, á la par que una parte de la filosofía y de la ciencia de la Grecia antigua.

En las comarcas en que los árabes dominaron mucho tiempo, los árabes aclimataron gran número de prácticas y de perfeccionamientos agrícolas é industriales. En España introdujeron el ingenioso

---

1 Draper, *loc. cit.*

2 *Ibid.*

sistema de irrigación, creado ya de larga fecha por los egipcios; perfeccionaron la fabricación de los tejidos, de la alfarería, de las armas y herramientas de hierro y de acero; naturalizaron plantas útiles, etc. A lo menos todos esos progresos se efectuaron bajo su dominación; pero tan escasamente era obra suya, que una vez expulsados de España los conquistadores árabes no se los llevaron consigo; y en la actualidad Marruecos se consume en la barbarie y la ignorancia; y todas las comarcas que han quedado bajo la dominación de la cimitarra y del Corán están en decadencia, sobre todo en decadencia intelectual, y casi cerradas á toda innovación.

De nuestro rápido examen nos vemos obligados á concluir que la raza árabe no ha recorrido sino las primeras fases de la evolución mental, las inferiores; que ha sido una raza enérgica, valerosa, hasta generosa, pero que ha carecido de ánimo en arte y en literatura, permaneciendo en la sensualidad estética, y por último, que la esfera más elevada de las ciencias y de la filosofía le ha sido inaccesible.

#### V.—LA MORALIDAD JUDÍA

La evolución histórica de los judíos tomó distinto curso que la de los árabes, por lo que hemos de hacer un estudio diferente, á pesar de que entre unos y otros existen muchas afinidades de costumbres; porque los judíos tienen las cualidades y los defec-

tos del tipo semítico, á que pertenecen, como veremos siguiendo nuestro examen.

Desde el punto de vista de lo que especialmente llamamos «las costumbres», los hebreos no han sido menos groseros que los árabes. La frecuencia con que la Biblia habla del incesto acusa una supervivencia moral de los tiempos en que los grados de parentesco estaban mal determinados, y sabido es que la más repugnante de las desviaciones genésicas tiene en nuestras lenguas occidentales un nombre judío. Es de advertir que el mismo vicio era también muy común entre los árabes. El *Levítico* establece la pena de muerte contra la sodomía y la bestialidad <sup>1</sup>, lo que demuestra la frecuencia de esas desviaciones genésicas, mostrándose en esto relativamente indulgente, toda vez que condena al fuego al que haya tenido comercio íntimo con una madre y su hija, y pronuncia la misma pena contra una muchacha de *cohen*, que, por su mala conducta, haya deshonorado la casa paterna; sin embargo, esas infracciones de las buenas costumbres son moralmente menos graves que el vicio contra natura <sup>2</sup>. Estas desviaciones genésicas, comunes á los pueblos más ó menos salvajes de todas las razas, podían tener, en Judea como en Arabia, un motivo demográfico que ya he señalado: la escasez de mujeres. Por una particularidad que puede depender de la raza ó de las costumbres especiales y muy íntimas, los nacimientos masculinos son más numerosos entre los judíos que en las otras ramas de la

---

1 *Levítico*, xx, 10-18.

2 *Ibid.*, xxii, 9.

gran raza blanca, y de ahí resulta necesariamente, en la composición de toda población judía, un excedente de varones. Sabemos además que entre todos los semitas bárbaros, los infanticidios, de niñas especialmente, no eran raros. Por último, en el culto de Moloch, común á todos los semitas en cierto período de su existencia, eran cosa corriente los sacrificios de niños, y se les quemaba vivos bajo las narices del ídolo. El *Levítico* cree además útil prohibir á los hebreos esas atrocidades <sup>1</sup>, que, puede suponerse, pesarían más sobre las niñas que sobre los niños. Añádase á esto que las hijas estaban á la completa discreción del padre, quien, en caso de apuro, podía venderlas como esclavas <sup>2</sup>. El sacrificio de Jefe prueba además que, al menos en cierta época, las hijas corrían el peligro de ser dedicadas y sacrificadas por su padre á Iahveh. Si á estas costumbres juntamos la poligamia y las concubinas, es decir, el acaparamiento de las mujeres por los más ricos, es lícito admitir una escasez relativa de mujeres entre los judíos con todas sus ordinarias consecuencias.

La costumbre de los raptos, de que la Biblia cita ruidosos ejemplos, viene aún en apoyo de esta presunción. Así se lee en el Libro santo, que en una fiesta cerca de Bethel, los hombres de Benjamín practicaron un verdadero raptó sabino; pero las *razzias* de mujeres son en la Biblia sucesos comunes. Ahora bien, en Judea como en Arabia, esas prácticas revelan una proporción insuficiente del elemento femenino en la población.

---

1 *Levítico*, XVIII, 21; XX, 2.

2 *Éxodo*, XXI, 7-11.

Tales costumbres son frecuentes en todo país bárbaro; mas lo que es más particular á los hebreos es una crueldad feroz, una violencia salvaje, atestiguadas por numerosos episodios, que el Libro santo refiere con una tranquila inconsciencia y que perjudicaría gravemente á la buena reputación de toda nación que hubiera sido escogida y particularmente protegida por el Eterno. En el curso de mis precedentes estudios, he tenido ocasión muchas veces de señalar esos crímenes del pueblo de Dios, por lo que no me detendré en relatarlos hoy. Bajo esa relación, los judíos bárbaros no valen más que los árabes; los sentimientos humanitarios no les importan ni les detienen, y, respecto de los gentiles, Israel no es más compasivo que su primo Ismael para los infieles. Unicamente respecto de los suyos reconocen tener deberes unos y otros. En Judea, las prescripciones prohibitivas del Decálogo, las que son de moral corriente, no son obligatorias sino para los compatriotas y especialmente para los correligionarios. No hay, pues, razón para exaltar la sublimidad de la moral bíblica, como se ha hecho demasiadas veces; antes bien convendría excusarla con las circunstancias atenuantes, recordando que antes de ser civilizadas todas las razas son salvajes, después bárbaras, y que las altas cualidades morales é intelectuales son frutos de una madurez civilizada.

## VI. — LA INTELIGENCIA JUDÍA

En el dominio intelectual no son los judíos más distinguidos que los árabes. Por sí mismos y antes de toda iniciación extranjera, no han creado ninguna ciencia, ni siquiera rudimentaria. Su clase ilustrada, la de los levitas, sólo estudiaba la ley mosaica, y los *Proverbios* llegan hasta afirmar que «el temor de Dios es el principio de toda ciencia»<sup>1</sup>. Pero esos principios eran modestos en Judea; tanto, que la Biblia concibe la Tierra á la manera primitiva, como un disco plano sobre el cual reside Dios: «Dios reside sobre el círculo de la Tierra<sup>2</sup>. Ha suspendido los cielos como una tela y los extiende como un pabellón»<sup>3</sup>. Jerusalén está naturalmente colocado *en medio*, en el centro de las naciones; «alrededor de ella, hay países»<sup>4</sup>. De esos países Israel apenas conoce más que aquellos con los cuales ha tenido relaciones á veces desagradables: el Egipto (*Mizraim*), la Mesopotamia y la Persia. Sem, Cham y Jafet representan toda su etnografía y, á creer á Ezequiel, Jerusalén es el «ombligo de la Tierra»<sup>5</sup>. El calendario bíblico reposa todavía en parte sobre groseras observaciones agronómicas<sup>6</sup>. En la Biblia, las tradiciones míticas y las leyendas

---

1 *Proverbios*, I, 7.

2 *Isaias*, XL, 22.

3 *Ibid.*

4 *Ezequiel*, V, 5.—Munk, *In Palestine*, p. 427.

5 Munk, *loc. cit.*

6 *Ibid.*, p. 423.

se tienen por historia seria y cronología exacta. Los redactores del Libro no tenían espíritu científico; pero, como los árabes, los hebreos tienen una imaginación violentamente coloreada y cierta potencia de creación poética, que se les ha admirado con exceso.

Hemos visto que, por sí mismos, los árabes no tuvieron la idea de fundar escuelas; no pensaron en ellas hasta después de haber visto las de los países conquistados y subyugados por ellos. Del mismo modo los judíos no crearon una enseñanza escolar en su país hasta que volvieron de la cautividad; pero, con mayor empeño que los árabes, los judíos sólo pensaron en enseñar su Libro sagrado. El estudio de la *Torah* fué la base de toda su educación <sup>1</sup> y las ciencias propiamente dichas no figuraron en la enseñanza sino á título de accesorias <sup>2</sup>. A los judíos curiosos que preguntaban si les era permitido aprender la filosofía griega, respondían los rabinos: «Dios quiere que os ocupéis de su Ley día y noche; ved si halláis un momento que no sea día ni noche para dedicaros á la lectura de Aristóteles y de Platón» <sup>3</sup>. Para obligar á los judíos á aportar su contingente al estudio y al progreso de las ciencias, fué precisa la conquista de la Judea y la dispersión de su pueblo á través del mundo, primero por los romanos, y después por los árabes; pero sobre todo en la Edad Media se produjo esa floración

---

<sup>1</sup> Jos. Simon, *Instruction des enfants chez les anciens Juifs*, página 8.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 50.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 57.

tardía y poco espontánea de la inteligencia judía. En Alejandría encontraron los kalifas médicos judíos elenizantes que, protegidos por los conquistadores, inocularon á algunos de ellos el gusto de las ciencias, especialmente de la medicina. Muchos de esos médicos judíos adquirieron entonces gran fama, y los soberanos de Europa quisieron tener cerca de sí alguno de ellos, enseñándose la medicina en las escuelas rabínicas de Salerno, de Arles, de Narbona, etc. <sup>1</sup>. Varios trabajos individuales de ese género forman todo el concurso dado por los judíos á las ciencias naturales; es ciertamente un servicio, pero no ha de exagerarse su valor.

## VII.—LA CALDEA Y SUS CIENCIAS

Ni una ni otra de las dos variedades de la raza semítica que acabamos de interrogar, ha excedido por sí misma y por sus solos esfuerzos el nivel mental alcanzado por las civilizaciones mongólicas, ni menos aun el del antiguo Egipto. Al contrario, la Caldea dió un paso adelante en el dominio intelectual, ó, más exactamente, científico, porque en lo referente á las cosas de orden moral y social, la civilización mesopotámica es más bien inferior: en política ha realizado la monarquía absoluta y de orden divino bajo su forma más tiránica, y sus reyes semidioses nos admiran á la vez que nos repugnan todavía, cuando leemos sus crueles inscripcio-

---

<sup>1</sup> Draper, *Histoire du développement intellectuel en Europe*, III.

nes ó proclamaciones, en que hablan á sus pueblos como pudieran hablar los tigres si esos felinos tuvieran la costumbre de embriagarse. Las matanzas, las transplantaciones de pueblos, los suplicios más atroces y refinados son para aquellos monarcas sencillas distracciones. Una nación, moralmente considerada, que produce y soporta tales monstruos, es necesariamente muy inferior; ¿pero era semítica esa población ribereña del Eufrates y del Tigris? Se ha negado alguna vez: las monarquías mesopotámicas y sobre todo la monarquía caldea parecen haber sido fundadas por una raza anterior, la de los kuchitas: lo malo es que desde el punto de vista antropológico casi nada se sabe de esa raza misteriosa; pero hay un hecho sobre el cual no dejan la menor duda los bajo-relieves asirios, y es que los caldeos de la historia tienen un perfil semítico que puede considerarse como típico de la raza. Nos inclinamos, pues, á creer que si los valles del Eufrates y del Tigris fueron en el origen habitados por una raza más ó menos diferente, protocaldea ó kuchita, esa raza debió ser absorbida por inmigrantes semitas; sobre quienes recae el honor y también el deshonor de la civilización caldea.

No habiendo de emprender aquí una descripción de la sociedad caldea, me limitaré á hablar de lo que constituye su verdadera originalidad, es decir, de su floración científica. Esa floración resulta de varias causas, entre las cuales debió de ser la principal la larga duración histórica de los reinados mesopotámicos, es decir, de una estabilidad relativa, que permitió hacer, recoger y metodizar grandes

series de observaciones y experimentos, material indispensable á toda ciencia. Por los mismos motivos, la industria y el comercio habían progresado como la ciencia, y sin duda mucho antes que ella, porque otras necesidades más ingeniosas que las necesidades intelectuales impulsaban á los mesopotamios á perfeccionarse por ese concepto. Mirando el asunto más de cerca, se ve que los caldeos cultivaron y crearon una matemática y una astronomía importantes, teniendo por estímulo poderosos móviles pero de orden poco elevado. La medida de los campos, las importantes é ingeniosas obras de irrigación y el desarrollo considerable de una industria comercial determinaron seguramente, mucho más que la curiosidad científica, la creación de una ciencia de los números bastante completa, de una aritmética y de una geometría elementales.

Los caldeos, como todos los otros pueblos, habían comenzado á contar con los dedos; sus signos numéricos lo indican con claridad: las unidades son sencillamente clavos verticales yuxtapuestos; las decenas, ganchos, y las centenas, clavos verticales cruzados con un rasgo horizontal <sup>1</sup>; pero como la Caldea se ocupó y preocupó pronto de los fenómenos celestes, mezcló los números de los meses con los de los dedos, es decir, la numeración decimal con la duodecimal, siendo esta última la que, en razón de su origen celeste, dominaba en los cálculos de los sabios. Se contaba por sesentenas ó *soses*, por fracciones de sesenta ó sexagésimas

---

<sup>1</sup> Maspero, *Civilisation chaldéenne* (in *Hist. anc. des peuples de l'Orient classique*, p. 772).

de sose y sexagésimas de sar, etc. Sobre una tableta matemática se ha encontrado una serie de cubos que iban de uno á sesenta <sup>1</sup>, y las divisiones del sistema métrico en uso eran también sexagesimales <sup>2</sup>. Con mayor motivo sucedía lo mismo con las medidas astronómicas: el zodiaco estaba naturalmente dividido en doce estaciones; el día era de doce horas, pero dobles de las nuestras, las *nycthemeres* babilónicas. El círculo se dividía en trescientas sesenta partes ó grados de sesenta minutos, los minutos en sesenta segundos y el segundo en sesenta terceros. Todas esas divisiones han sido conservadas en la astronomía moderna y hasta se les designa con los signos cuneiformes de Babilonia <sup>3</sup>. El año, que había comenzado por ser lunar, se había convertido en solar, componiéndose de doce meses de treinta días, con un mes complementario cada seis años <sup>4</sup>. La cómoda semana de siete días procedía manifestamente del año lunar. Por lo demás el mes mismo se componía de cuatro semanas de siete días con dos días que quedaban fuera <sup>5</sup>.

Para medir las horas se imaginaron clepsidras y cuadrantes solares: el gnomon servía para determinar los puntos cardinales, el medio día verdadero, los solsticios, los equinoccios y la altura del polo por un punto dado <sup>6</sup>; se habían notado las estaciones y retrogradaciones de los cinco planetas, y des-

---

1 Lenormant, *Hist. anc. de l'Orient*, t. V, pp. 187-188.

2 *Ibid.*, p. 188.

3 *Ibid.*, p. 174.

4 Maspero, *loc. cit.*, p. 776.

5 Lenormant, *loc. cit.*, p. 175.

6 Maspero, *loc. cit.*, p. 777.

compuesto su movimiento diurno aparente lo mismo que el del sol y de la luna <sup>1</sup>; y se habían formado pacientemente catálogos de estrellas, con recopilaciones de observaciones siderales, tablas de las salidas de los planetas y de las fases de la luna, y se componían calendarios <sup>2</sup>. Determinando el período de 223 lunaciones, se había llegado á predecir aproximadamente los eclipses de luna, y la más antigua calculada fué la del 10 de marzo de 721 antes de nuestra era <sup>3</sup>.

Todos esos importantes resultados eran debidos más á las observaciones pacientes que á los cálculos matemáticos; pero los egipcios, que eran también grandes y pacientes observadores del cielo, no habían sabido sacar de sus observaciones un partido tan brillante. Sin embargo, en ambos países el estudio del cielo estaba especialmente confiado á determinadas familias en que los hijos continuaban los trabajos de los padres <sup>4</sup>. No puede menos de reconocerse sobre este punto la superioridad científica de los caldeos.

Pero se equivocaría mucho, no obstante, quien atribuyera todo ese saber pacientemente adquirido á la pura curiosidad científica. De lo que se cuidaban principalmente en las orillas del Eufrates como sobre las del Nilo, era de la astrología, y si la astronomía nació de ella fué por la fuerza de las cosas, del mismo modo que la química salió de la alquimia.

---

1 Lenormant, *loc. cit.*, p. 175.

2 *Ibid.*, pp. 167-168

3 *Ibid.*, p. 173.

4 Diodoro, t. I, p. 29.

Los caldeos habían llevado el animismo al extremo: en su opinión, todo en el universo se movía, no espontáneamente, sino por dobles imaginarios, seres invisibles dotados de sensibilidad y de voluntad. Dioses ó demonios, esas potencias ocultas dirigían los movimientos de los astros, desencadenaban las enfermedades sobre la tierra, etc. Las observaciones de los astros, tan pacientemente recogidas, se hacían, pues, no para descubrir leyes científicas, sino con la esperanza de descubrir medios eficaces para dominar á los personajes invisibles y darles órdenes<sup>1</sup>. Mas como después de todo lo esencial es observar y trabajar, las quiméricas imaginaciones de los caldeos les habían llevado á hacer importantes descubrimientos. Así, como ha ocurrido más de una vez durante la larga evolución mental de la humanidad, el error más loco, ha engendrado la verdad.

### VIII.—DE LA GÉNESIS DE LAS CIENCIAS

Un hecho singular se observa en la evolución científica de todas las razas: desde que los hombres comienzan á pensar, no se ocupan de los objetos, de los seres y de las cosas que les rodean, que tienen constantemente al alcance de su mano y ante su vista, sino de los cuerpos y de los espacios celestes, de que no han de hacer nada. Débese á que antes de observar el hombre siente é imagina, y es

---

1 Maspero, *loc. cit.*, p. 774.

ante todo el juguete de las concepciones quiméricas que excitan su cerebro de niño. Su animismo le desvía y le oculta la realidad; sueña despierto, y todo lo que le rodea de cerca ó de lejos, porque todo le parece próximo, le parece tan animado de vida como él mismo. En el mundo material, terrestre ó celeste, presta intenciones frecuentemente malévolas que trata de conjurar; he ahí por qué en las primeras civilizaciones salidas del salvajismo, la astrología ha adelantado con mucho á la astronomía y la alquimia á la química.

Las ciencias de observación, las que para fundarse tienen necesidad de notas y observaciones detalladas tomadas á cada instante sobre las plantas, los animales y los objetos usuales, tardan necesariamente en aparecer.

En Mesopotamia, y el hecho honra á la raza, se habían echado ya las bases de una historia natural. En la biblioteca de tabletas de Assurbanipal se han encontrado listas de animales clasificados por familias y por géneros; listas de vegetales clasificados por sus usos; clasificaciones de metales, etc., al mismo tiempo que catálogos de estrellas y recopilaciones de observaciones astronómicas <sup>1</sup>.

Hasta la medicina había entrado en la buena vía; es verdad que se mezclaba con ella mucha magia, pero se había comprendido que debía apoyarse sobre la observación de los hechos, puesto que se exponían los enfermos en las calles y se interrogaba á los transeuntes por si acaso conocían algunos

---

1 Lenormant, *loc. cit.*, V, pp. 167-168.

remedios útiles <sup>1</sup>. No por eso vaya á creerse que el movimiento científico era libre, como en nuestro tiempo; lejos de eso el estudio de las ciencias era patrimonio y función de ciertas familias en que se era sabio de padres á hijos, quienes trataban ante todo de conservar y transmitir intacto el depósito de las tradiciones. Diodoro, que no era un espíritu muy amplio, admira mucho esa organización de la casta científica. Los filósofos caldeos, dice, «permanecen siempre en el mismo punto de la ciencia y reciben sus tradiciones no alteradas, en tanto que los griegos, no pensando más que en la ganancia, crean nuevas sectas y se contradicen sobre las doctrinas » <sup>2</sup>. No hay duda en que los griegos no hacían bien pensando solamente en la ganancia, pero tenían mucha razón en no inmovilizarse y en buscar siempre. Por eso han sido en nuestro Occidente iniciadores intelectuales.

#### IX. — INFLUENCIA DE LOS SEMITAS EN LA CIVILIZACIÓN GENERAL.

No se puede por desgracia dirigir á los semitas semejante homenaje. Ciertamente que han tenido sus cualidades propias; que han contribuido al tesoro común de los conocimientos científicos, lo que, como acabamos de ver, no puede negarse sin cometer una injusticia; aun sin quererlo y por el hecho de las condiciones del medio y de los acontecimientos históricos, sus diversos grupos étnicos

<sup>1</sup> Strabon, I. XII, c. I, § 6.

<sup>2</sup> Diodoro, II, § 29.

han sido impulsados á ocuparse principalmente del comercio, y han propagado así útiles descubrimientos. Los mesopotamios fueron durante mucho tiempo una especie de corredores útiles entre el Asia central y el Occidente. Los fenicios, de quienes no puedo ocuparme especialmente en mi rápida información, han representado en mayor escala la misma influencia en el mundo mediterráneo, y sobre todo les debemos el perfeccionamiento práctico y la vulgarización de ese gran medio de cultura llamado la escritura. Son servicios verdaderamente notables que registramos al activo de la raza semítica; pero la columna del pasivo está muy cargada. Jamás ha podido esa raza desembarazarse en masa de las concepciones anímicas que obstruyen desde su origen el espíritu de todas las sociedades humanas. En el alto saber y en la filosofía, las razas semíticas apenas han contribuído al progreso. En cambio se han aferrado con furioso fervor á sus ilusiones míticas, y bajo formas diversas las han propagado en el mundo. La Asiria, el grupo más científico de las poblaciones semíticas, no ha creado ninguna gran religión invasora; pero el islamismo, después de haber herido á la raza árabe con una detención de desarrollo intelectual, ha arruinado una gran parte del antiguo mundo civilizado, sobre la cual pesa todavía. Por parte de la Judea, otro delirio religioso, procedente del iahveismo bíblico, ha representado en Europa y durante siglos análoga influencia á la del islamismo oriental, y, hoy mismo, el pensamiento libre encuentra en su camino ese obstáculo por tanto tiempo insuperable.

## CAPÍTULO IV

### La India y su mentalidad

SUMARIO.—A. PUEBLOS PRIMITIVOS Ó BÁRBAROS.—Clanes y casas largas; ética del clan; poliandria exogámica de los nairs; poliandria fraternal.

B. ARIAS É INDOS.—I. *Costumbres primitivas*: rapacidad y piedad interesada; poliandria aria.—II. *La moral y el ascetismo*: doctrina de las reencarnaciones y hospicios de animales; despotismo de la costumbre, suicidios por venganza; los *sutties* y sus causas; los ascetas, su moral y sus deberes; poder sobrenatural del asceta; concepción fundamental de las religiones indas.—III. *La inteligencia inda y su característica*: relativa superioridad intelectual de la casta brahmánica; paralelo entre la literatura de la India y la de Grecia.—IV. *La lengua y la escritura*: el sanscrito; los libros y la escritura.—V. *La ciencia matemática*: desarrollo de la ciencia de los números y su causa; numeración decimal.—VI. *Las ciencias naturales y la ciencia*: su inutilidad; astrología anímica y astronomía; omnipotencia del almanaque; los elefantes meteorológicos.—VII. *Aborto científico*: medicina y magia; detención del desarrollo científico; su causa.

#### A. — *Pueblos primitivos ó bárbaros*

Lo mismo para la India que para los otros grandes imperios primitivos, no puede hacerse abstracción de las razas atrasadas que subsisten aún en su seno ó en sus aproximaciones; unas son restos de los aborígenes de tipo inferior que los invasores arias encontraron en la península y que subyuga-

rían, aunque no sin cruzarse más ó menos con ellos; otras, como los kafires, los afganos, etc., son arias lo mismo que los indos; pero han permanecido en estado bárbaro y casi nos representan lo que serían los arias del Rig-Veda. Examinando, sin detenernos demasiado, unos y otros, podemos informarnos indirectamente sobre una fase prehistórica de la evolución aria.

Las poblaciones más primitivas, las llamadas aborígenes, son de razas diversas, aunque dominando en ellas los tipos mongólico y tamil. Algunas de ellas están todavía en el período del clan, como los singfos de la frontera de Assam; entre quienes cada clan familiar habita una *casa larga* idéntica á la de los antiguos iroqueses, en cuyo interior se suceden á cada lado de un corredor longitudinal una serie de celdillas <sup>1</sup>. Tal es, generalizada por todas partes, la forma típica de la habitación para los clanes sedentarios. Habría de encontrarse frecuentemente esta casa «casa larga» entre los aborígenes de la India; pero las costumbres y la moralidad del clan primitivo han resistido mejor el tiempo que la forma de la habitación, y, en efecto, muchas de esas agrupaciones han conservado ese cierto número de virtudes que desarrolla ordinariamente la vida social, estrictamente comunitaria, durante la edad del clan; por eso, se nos asegura «que un verdadero gond puede cometer un asesinato, pero no dirá jamás una mentira» <sup>2</sup>. También los malers consideran la mentira como el mayor de todos los críme-

---

<sup>1</sup> Dalton, *Ethnology of Bengal*, pp. 10-20.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 275.

nes <sup>1</sup>. Los kukis únicamente castigan con la muerte un solo crimen: la traición <sup>2</sup>. Los oraons tienen un decálogo incompleto, pero prohíbe ya el adulterio, el robo y el falso testimonio en perjuicio de un vecino.

Pero estas virtudes sólo se practican entre miembros de un mismo clan. Los khonds han conservado otra parte menos laudable de las costumbres del clan primitivo: la exogamia á mano armada, acostumbrando á practicar el rapto de las mujeres á expensas de las agrupaciones extranjeras y lejanas <sup>3</sup>.

Esas costumbres son ciertamente muy antiguas y parecen indicar que, cuando la conquista de la India, no encontraron los arias invasores unas poblaciones tan salvajes como lo aseguran sus tradiciones. En el día, algunos de esos aborígenes han sufrido la influencia de los dominadores, y otros han adoptado una ú otra de las grandes religiones de la India, y así los mugs, de raza mongoloide, son budistas y civilizados; casi todos saben leer, y sus sacerdotes se dedican varias horas diarias á educar todos los niños de la agrupación, sin distinción de pobres y ricos <sup>4</sup>.

Entre las poblaciones de la India, especialmente en las que no son de raza aria, obsérvanse supervivencias primitivas, derivadas de la exogamia y del matrimonio colectivo: los nairs del Malabar practican la poliandria exogámica, en cuya forma

---

1 Dalton, *Ethnology of Bengal*, p. 263.

2 *Ibid.*

3 Macpherson, *Report of the Khonds*.

4 Dalton, *loc. cit.*, p. 113.

de unión conyugal la mujer no deja el clan familiar, de que forma parte integrante y al cual pertenecen sus hijos, siéndole además prohibida toda relación íntima con los hombres considerados como sus parientes y que para ella son hermanos; pero es libre de tener tantos maridos como quiera, y el padre de sus hijos no puede jamás ser conocido. Esta forma de unión poliándrica procede, pues, del tiempo en que no existía aún el cuidado de la paternidad; y hasta en que no se sospecharía que el hombre participase en la generación.

En la poliandria tibetana, de que he hablado anteriormente, el matrimonio es colectivo y fraternal, es decir, que un grupo de hermanos se casan con una misma y sola mujer <sup>1</sup>. Este mismo tipo de poliandria fraternal subsistía recientemente aún en el interior de la isla de Ceylán, y en tiempos remotos se practicó en toda la isla. El número de los maridos variaba de tres á cuatro, á seis y hasta diez <sup>2</sup>. Hechos del mismo orden han sido observados en los valles de Kachmir y, fuera de la India, entre otros arias, puesto que, á creer á Julio César, la costumbre existía en su tiempo entre los bretones insulares <sup>3</sup>. Esas costumbres, tan extrañas para nosotros, no son particulares á ninguna raza ni á ningún pueblo, sino que caracterizan una fase de la evolución intelectual, moral y social del género humano, y á ese título son muy interesantes para la sociología.

---

1 R. Smith, *Kinship*, etc., p. 122.

2 Davy, *Ceylán*, p. 236.

3 *De Bello gallico*, V, p. 14.

B. — *Arias é Indos*

I. — COSTUMBRES PRIMITIVAS

Apenas hablaré de los arias védicos, antepasados directos de los indos, tan pobre es el Rig-Veda en informes precisos sobre los asuntos que nos ocupan. La moralidad de los arias védicos parece haber sido escasa: en primer lugar aparecen ávidos, ya que en sus himnos piden siempre á los dioses y á los régulos favores, vacas, fortuna y esclavos <sup>1</sup>; habían de tener muy generalizado el gusto por la embriaguez, porque para obtener las mercedes del Dios-Sol, del mismo Indra, le ofrecen constantemente enormes cantidades de la célebre bebida fermentada extraída de la *Asclepias acida* <sup>2</sup>; del *soma*, brebaje sagrado: «Dícese que te agrada el *soma*. Nosotros te lo hemos preparado. Bebe hasta la embriaguez. Llena tus amplias entrañas » <sup>3</sup>. Esa piedad de borrachos no puede evidentemente coexistir con una gran inteligencia, y en efecto, la de los arias era muy escasa: su animismo es desbordante, á veces tiene reflejos panteistas, pero eso no impide á los arias creer que Indra, el Sol hecho hombre, ha construído con sus manos el cielo y la tierra, ha instalado y consolidado el disco terrestre, lo ha cu-

---

1 *Rig-Veda*, sect. I, lect. I, h. VIII.

2 *Ibid.*, s. I, l. VII, h. X.

3 *Ibid.*, s. I, l. VII, h. X, 9.

bierto con un firmamento sólido y ha llenado de aire el espacio intermediario <sup>1</sup>.

Respecto del matrimonio, podríamos inducir de una ley de evolución, que parece general, que entre los antiguos arias ha debido de pasar por las fases ordinarias ya señaladas; pero el texto védico es mudo sobre este punto. Sin embargo, un himno resume un debate curioso entre un hermano enamorado de su hermana (*Yami* y *Yama*) y las negativas de ésta <sup>2</sup>, en que quizá haya un recuerdo de la exogamia familiar de las viejas edades.

En una época más reciente, la de la composición del *Mahabharata*, encontramos, sin duda posible, un caso de poliandria en la India aria. Me refiero al conocido episodio del matrimonio de la bella Draupadi con los cinco hermanos Pandous, para cada uno de los cuales profesa igual admiración, igual amor y la misma fidelidad colectiva <sup>3</sup>. Pero Draupadi tiene muchas imitadoras en ciertos distritos de la India moderna, especialmente en el Himalaya, cerca de las fuentes del Jumma. Allí, en una bellísima población de raza aria, era de regla la poliandria fraternal en una época todavía reciente, y el número de maridos de cada mujer era cuatro: «Cuatro solamente», respondió una joven de dieciocho años al viajero Skinner, que le preguntó el número de sus esposos. El adverbio «solamente» indica bien, en esa respuesta, que ese número «cuatro» no es un máximum. Esas mujeres polián-

---

1 *Rig-Veda*, s. II, l. VI, h. VII, 2.

2 *Ibid.*, s. VII, l. VI, h. v.

3 A. Sadous, fragmentos del *Mahabharata*, pp. 104-106.

dricas no querían creer que el viajero fuera célibe. porque en su país todos los hombres se casan lo más pronto posible, en cuanto pasan la adolescencia. En un capítulo anterior he tratado de remontar al origen de esas costumbres, para nosotros al menos singulares, pero que no parecen tener repercusión censurable sobre la moralidad de esas poliándricas, puesto que entre ellos, lo mismo que entre ciertos aborígenes de la India, la mentira es aborrecida y considerada casi como un sacrilegio aun cuando sea inocente <sup>1</sup>.

## II. — LA MORAL Y EL ASCETISMO

Esas costumbres primitivas no son ó han dejado de ser las de la numerosísima población de la India. Hasta en la India actual, la de los brahmanes, se puede notar más de un rasgo muy honroso de moralidad general muy superior á la moral védica. Por otra parte, la doctrina brahmánica de la migración y de la reencarnación de los dobles es muy á propósito para inspirar amplios sentimientos de piedad, quizá demasiado amplios para que no se haga distinción importante entre los hombres y los animales, ya que, según la doctrina, el alma de cada ser humano ha podido ó podrá un día encarnarse bajo una forma animal cualquiera en castigo de sus faltas. Por eso la moral inda proclama la piedad como la primera de las virtudes. De esa con-

---

1 Skinner, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXVI, p. 458.

cepción ha nacido la costumbre de fundar asilos y hospitales para los animales, cuadrúpedos, aves y hasta para los insectos. En un establecimiento de ese género, ricamente dotado por personas piadosas, Heber ha visto monos, bueyes, caballos y hasta en cajitas hechas exprofeso pulgas y piojos, animales recogidos y protegidos en consideración á migraciones pasadas y futuras de sus dobles <sup>1</sup>. Eso no obstante, la caritativa solicitud de los indos se inclina más á los hombres que á las bestias. Casi es un deber religioso para los ricos dejar tras de sí alguna fundación humanitaria; por ejemplo, la construcción de estanques en el campo, de caravanse-rails ó posadas en los caminos, ó á lo menos plantar á lo largo de ellos árboles que puedan dar á los viajeros su sombra y su fruto <sup>2</sup>.

En lo que pueda tener de bueno lo mismo que en sus prescripciones menos razonables, la moral india se inspira ordinariamente en la costumbre y la religión, convirtiéndose ella misma en la primera de las costumbres. Siempre se obró por rutina, sin pensar el valor de los actos por sí mismos, y á todas las críticas piensan responder victoriosamente los indos diciendo: «Es la costumbre y no se puede ir contra los usos de los antepasados» <sup>3</sup>. Es una creencia general en la India brahmánica, que todo individuo es moral y religiosamente responsable de los males que causa, consciente ó inconscientemente, y fundadas en esa creencia, hay personas que,

---

1 Heber, *Hist. univ. voy.*, vol. XXVI, p. 395.

2 Wake, *Evolution of morality*, t. I, p. 471.

3 *Lettres édifiantes*, t. XIV, p. 330.

irritadas por los motivos más insignificantes, se suicidan para que su sangre caiga sobre la cabeza del que consideran su enemigo, y se ven muchos hombres, más aún que mujeres, envenenarse ó arro- jarse á un pozo á consecuencia de una querrela sin importancia. Sobre este asunto citaré un ejemplo que es típico. Se trata de un hombre que habiendo perdido un pleito relativo á un campo, imaginó para vengarse, hacer de aquel campo un lugar mal- dito, y para conseguirlo, con la ayuda de sus hijos y de sus allegados, construyó sobre el terreno una choza de paja, donde encerró á su mujer, y quemó después la choza en la que pereció la pobre vícti- ma. Los asesinos estaban persuadidos que el espí- ritu de la difunta frecuentaría el campo perdido y le haría estéril para siempre. Bien hubiera podido quemarse el pleiteante perjudicado, y quizá lo hu- biera hecho, si no hubiera tenido á mano su vieja mujer y quien le aconsejara además que, no sirvién- dole para nada, podía utilizarla para su venganza <sup>1</sup>.

Quemar las mujeres era, por lo demás, una cos- tumbre muy antigua de la India, quizá una cos- tumbre anterior al brahmanismo; sólo que las muje- res así sacrificadas eran viudas y ordinariamente viudas de clase elevada, viudas de rajahs. No se les obligaba á subir á la pira, pero se les decidía fácil- mente invocando el punto de honor é insistiendo sobre la desconsideración y la pobreza, que habría- de ser para ellas la consecuencia de su inmoral ape- go á la vida. Algunas viudas se empeñaban en mo-

---

1 Heber, *loc. cit.*, vol. XXXV, pp. 134-135.

rir en las llamas por vanidad aristocrática, porque las concubinas y las mujeres de casta inferior no se quemaban jamás. La ceremonia se celebraba pomposamente; las víctimas se dirigían al sacrificio cubiertas de pedrerías, y después de su muerte se elevaba un templo sobre el emplazamiento de la hoguera en que se deificaban las mujeres sacrificadas <sup>1</sup>. Las viudas indas tenían, pues, un triple motivo para resignarse á la muerte: el punto de honor aristocrático, la satisfacción de representar una acción gloriosa en una ceremonia brillante, y, por último, la perspectiva de ser santificada y aún divinizada después de su muerte. No hay duda que esos móviles son irracionales para nosotros; sin embargo, exceden del nivel mental de las razas primitivas. En efecto, ha de considerarse que los arias de la India, en la jerarquía del género humano, figuran entre las razas escogidas.

Lo mismo que la hoguera de las viudas indas ha de desaprobarse el ascetismo de los solitarios de la India; no obstante, es más inteligente que el de las religiones no brahmánicas, y hasta no carece de cierto fondo de nobleza moral. Recordaré algunos rasgos, porque este aspecto de las costumbres indas nos informa sobre la mentalidad de la raza. El solitario, el asceta, ordinariamente de mediana edad, debe primeramente renunciar á la sociedad habitual de los otros hombres, hasta de los de su casta, y establecerse lejos de todo lugar habitado, en una cabaña cubierta de hojas, después, á partir

---

<sup>1</sup> *Lettres édifiantes*, vol. XIII, pp. 23-28.

de aquel momento, ha de dar el ejemplo de las virtudes más extraordinarias: la primera de todas es la hospitalidad; el solitario ascético ha de pensar en ella siempre, y antes de tomar su frugal alimento, ha de asegurarse de que no se encuentra cerca de su cabaña ningún hombre hambriento, y si halla alguno, aunque fuera su enemigo personal, ha de invitarle á comer. Constantemente en todas las ocasiones, el asceta ha de aplicarse á ser justo, humano, sincero; nunca le abandonará la paciencia incansable, ni cuando se le maltrate é injurie <sup>1</sup>. Por la propiedad territorial, aunque se tratara de un reino; por el oro y todas las ventajas que ese metal procura; por las mujeres y los placeres sensuales, es decir, por todo lo que los hombres deseen con pasión, el solitario ha de sentir desprecio. El mobiliario de la ermita ha de reducirse á algunos vasos de cobre y de tierra; el vestido del anacoreta es de corteza de árbol, sin duda corteza trabajada. Sólo un don ha de serle apreciable, el de una vaca. Si al anacoreta le sigue su mujer, como en otro tiempo la bella Sita acompañó al noble Rama, el solitario ha de reducir al más estricto *mínimum* los placeres legítimos del matrimonio; porque una sola falta de incontinencia bastaría para anular los méritos acumulados por muchos años de entera penitencia <sup>2</sup>.

Sin embargo, las maceraciones no deben absorber por completo la vida del solitario, el estudio reclama una parte, pero ese estudio ha de versar principalmente sobre la teología, y la teología, es decir,

---

1 Dubois, *Mœurs des peuples de l'Inde*, t. II, p. 239.

2 *Ibid.*, pp. 236-238.

la ciencia mística, aunque sin excluir la astronomía, frecuentemente, hay que reconocerlo, se parece mucho á su hermana mayor la astrología judiciaria <sup>1</sup>.

Mucho se ha excitado la imaginación desarreglada de los indos acerca de los anacoretas, los cuales no siempre se han contenido estrictamente en el reducido cuadro que acabo de indicar. No hay maceración ni aberración que haya hecho retroceder su ascetismo, y los poemas de la India nos aseguran que de ese modo llegaban á ser más poderosos que los dioses mismos, á mandar á todas las fuerzas de la naturaleza y á ser dócilmente obedecidos por ellas. Entonces su indigencia se tornaba en abundancia, y su continencia engendraba voluptuosidades sobrehumanas, viéndose, según afirman, la vaca de un anacoreta alimentar con su leche todo un ejército, y tal otro asceta adquirir por sus austeridades y su castidad una potencia viril tan prodigiosa, que podía gozar de los placeres genésicos sin la menor interrupción durante muchos miles de años <sup>2</sup>. Esas hipérboles desmesuradas son muy conformes con el espíritu de la India. Sin embargo, la última puede tener el sentido simbólico de que la exageración de la continencia es capaz de producir una incontinencia exaltada.

Semejantes desviaciones de imaginación, harto numerosas en la India, denotan incontestablemente una inteligencia mal ponderada, pero capaz de impulsos, algunos de los cuales pueden revestir

---

1 Dubois, *loc. cit.*, t. II, p. 326.

2 *Ibid.*, pp. 236-239.

cierta grandeza moral, no siendo raros los ejemplos en las concepciones religiosas y en las obras literarias de la India. Sin volver sobre esos grandes asuntos, que he tratado precedentemente en detalle, recordaré únicamente algunas apreciaciones generales propias para caracterizar la inteligencia inda. Las grandes religiones de la India están, como la de otros países y razas, ingertas en un animismo limitado, demasiado visible en el Rig-Veda; pero, no obstante, el panteísmo de las religiones de Brahma y de Budha tiene una amplitud única en la historia de los mitos. La idea de substituir al conjunto de los dobles de todas las cosas por un doble único del universo, idéntico á la suma de los dobles parciales y del cual salen todos, lo mismo que entran en él á la muerte, es casi científica y se aproxima mucho á nuestro materialismo moderno, científico y filosófico. «En lugar de lo que la *Bhagavad Gíta*, donde la doctrina está magníficamente expuesta, llama «el Idéntico», pongamos la substancia material del mundo, tal como es permitido concebirla en el día, y entonces la idea brahmánica se convierte en la exacta expresión de la realidad. En efecto, el universo está constituido por una masa verosíblemente atómica, eterna é infinita, de donde emanan todos los seres particulares, y en el seno de la cual entran todos, después de un lapso de tiempo más ó menos largo, sin que, á pesar de todas las transformaciones, pueda perderse ni crearse un solo átomo »<sup>1</sup>. No hay duda que la idea fundamental

---

1 Letourneau, *Evolution religieuse*, p. 437.

del brahmanismo y del budhismo es todavía metafísica, pero metafísica genial á que ninguna otra religión se ha aproximado. Es un bello ejemplo de esos impulsos intelectuales, de que hablaba hace poco, y cuando una raza es capaz de ellos, su inteligencia no puede ser tachada de vulgar.

### III.— LA INTELIGENCIA INDA Y SU CARACTERÍSTICA

La inteligencia inda, en efecto, se caracteriza por rasgos particulares. Háblase de la inteligencia brahmánica como la única que sea posible someter á un suficiente examen; al decir de los misioneros europeos, los niños de la casta brahmánica son mentalmente muy superiores á los de las castas inferiores <sup>1</sup>, y el hecho puede admitirse fácilmente, toda vez que la casta brahmánica ha monopolizado durante muchos siglos todas las principales ocupaciones intelectuales, bien ó mal entendidas. Ahora bien, el entendimiento es una función del cerebro, y el ejercicio desarrolla ordinariamente todos los órganos, incluso el órgano del pensamiento. Pero no se crea que las castas inferiores de la India sean el desecho de las razas humanas; muy lejos de ello; todas, á excepción de los *parias*, excluidos de toda casta, tienen horror á la embriaguez, y la frecuencia de ese vicio en los europeos les da de ellos una opinión despreciable. Tampoco tienen afición á los

---

1 Waitz, *Antropology*, t. I, p. 29.

juegos de azar, prefiriendo á ellos un juego inteligente, el ajedrez y las damas <sup>1</sup>.

La raza aria de la India no está, pues, mal dotada intelectualmente, sólo que su espíritu necesita ser educado y disciplinado; tiene un grave defecto, el de no sospechar siquiera los límites de lo posible y de no distinguir la ilusión de la realidad. He ahí por qué los indos no tienen historia y hasta parecen incapaces de referir exactamente un hecho cualquiera <sup>2</sup>.

La India aria se ha elevado en la poesía mucho más que en la especulación metafísica. Los pasajes más interesantes de sus más bellas obras están tocados del defecto de verbosidad, acumulación de comparaciones inverosímiles, etc., etc., imperfecciones que no compensan la riqueza de colorido ni la nobleza de sentimientos que las esmaltan. Para poner bien de relieve los lados débiles de la literatura inda, basta establecer un paralelo entre dos obras cuyo asunto es sensiblemente el mismo: el *Ramayana*, de Valmiki, y la *Iliada*, de Homero. Los dos poemas se fundan sobre un acontecimiento idéntico, el rapto de una princesa. El rapto de Elena produce la toma de Troya, como el de Sita, la de Lanka, en la isla de Ceylán, ¡pero qué diferencia en el desarrollo! Lanka es una ciudad mágica habitada por malos genios; Troya, por el contrario, es una ciudad como otras ciudades griegas. Sita es llevada por los aires; Elena es conducida á Troya sencillamente en un barco. Rama ataca á

---

<sup>1</sup> *Lettres édifiantes*, t. XIV, p. 282.

<sup>2</sup> Heber, *loc. cit.*, vol. XXXVI, p. 84.

Lanka al frente de un ejército de monos; Agamenón conduce á Troya contingentes suministrados por casi todas las ciudades griegas. En Lanka, sitiados y sitiadores se baten á golpes de magia; en Troya se matan con lanzas, flechas y espadas de acero. En Lanka realizan los combatientes grandes y extravagantes hazañas; por ejemplo: con sus pobres brazos humanos ó simios, arrancan cimas de montañas y se las tiran á la cabeza con los bosques que las cubren y los elefantes que pacen en ellos. En Troya se combate como hombres y con medios humanos; hasta los dioses, cuando les place intervenir, no emplean otros. En esos contrastes vense dos razaspsíquicamente muy desemejantes: una tiene la imaginación desordenada de niño enfermo; sus creaciones literarias parecen reflejos de pesadilla; la otra tiene la razón bien equilibrada, y sus maravillas no exceden de las condiciones de la vida normal<sup>1</sup>. Hay en esto una desemejanza profunda, radical, que separa las dos razas de modo tan evidente como si existieran diferencias anatómicas. Sin embargo, hay conformidad en confundir indos y helenos bajo la común denominación de arias, fundada principalmente en un parentesco lingüístico; pero la confrontación psicológica que acabamos de hacer inclina á pensar que esos dos tipos superiores de raza blanca pueden y hasta deben de haber tenido orígenes muy distintos.

---

<sup>1</sup> Letourneau, *Evolution littéraire*, p. 407.

#### IV.—LA LENGUA Y LA ESCRITURA

Pero, aunque desprovista de ponderación, la raza inda ha podido, en razón de su misma actividad mental, crearse una lengua considerada por los lingüistas como el tipo más acabado de las lenguas arias. Esa lengua es el sanscrito, convertida hace siglos en lengua sagrada, después de haber sido la lengua literaria de la casta brahmánica; es el «lenguaje de los dioses» (*Surabani*), la «escritura divina» (*Deranagari*). El sanscrito, tipo de lengua flexional, se compone de palabras condensadas, porque las letras finales é iniciales se agolpan en las palabras al mismo tiempo que las ideas se acumulan en ellas <sup>1</sup>. Hace ya mucho tiempo que el sanscrito no se habla: es una lengua muerta; pero es la lengua de la poesía, la de todas las grandes obras épicas y religiosas, mnemónicamente conservadas y oralmente transmitidas, aunque haya habido escrituras en la India muchos siglos antes de la era cristiana <sup>2</sup>. El sanscrito es también un idioma acentuado, una lengua cantante, que tiene hasta una especie de escala musical, supervivencia de los orígenes, de la época primitiva en que la lengua, pobre todavía, multiplicaba las acepciones de las palabras haciendo variar su pronunciación.

Es bastante antigua la invención de la escritura

---

<sup>1</sup> A. Lefèvre, *Virgile et Kalidasa* (prefacio del *Nuage messenger*).

<sup>2</sup> Posnett, *Comparative Litterature*, pp. 299-301.

en la India, para que la tradición atribuya el honor de ella al mismo Brahma. Según la leyenda, Brahma suministró el modelo de la escritura en las suturas del cráneo humano, cuyas entalladuras son nada menos que palabras escritas, que indican anticipadamente á quien sabe leerlas el destino que espera al individuo <sup>1</sup>. Pero la escritura, ó por mejor decir, las escrituras de la India, distan mucho de ser perfectas; su evolución está mucho menos adelantada que las de Europa. Así veremos que las consonantes en aquellas escrituras no están claramente separadas de las vocales, y éstas sólo se escriben al principio de las palabras <sup>2</sup>. Además no existe puntuación alguna, y no separa ningún intervalo las palabras ni las frases. De todas esas imperfecciones resulta necesariamente una escritura difícil de leer <sup>3</sup>.

El papel no es desconocido en la India, donde se fabricaba con fibras de un aloes, como se fabricaba en Méjico; sin embargo, no se escribe sobre papel, sino sobre las hojas de dos especies de palmera, que los griegos tomaron por cortezas preparadas. Para escribir sobre esas hojas es inútil la tinta; se graba sobre ellas las letras con un estilo ó punzón de hierro, como se hacía sobre las tablillas en los tiempos de la antigüedad clásica. Esas hojas son rígidas, sólidas y duraderas y puede escribirse sobre sus dos caras <sup>4</sup>. El cosido y la encuadernación de

---

1 Dubois, *loc. cit.*, t. II, p. 114.

2 *Ibid.*, pp. 117-122.

3 *Ibid.*, p. 119.

4 *Ibid.*, pp. 120-121.

esas hojas cargadas de caracteres son poco complicados: se reúnen sencillamente las hojas; ensartándolas por sus dos extremidades en dos varitas cortas de hierro ó de madera, después se les encuaderna colocando el paquete de las hojas entre dos tablillas, de una de las cuales pende un cordón que sirve para mantener el conjunto <sup>1</sup>.

Estos procedimientos tienen un carácter común, el de una gran sencillez práctica, que denota una remota antigüedad, que con ayuda de la tradición oral han bastado para conservar la literatura religiosa, poética y filosófica, ó, por mejor decir, metafísica de la India, y ciertas imperfecciones persistentes de la escritura, tan fáciles de corregir, indican claramente que el arte de escribir no se ha vulgarizado en la India y ha quedado rezagado tras los progresos realizados por la lengua.

## V.— LA CIENCIA MATEMÁTICA

Los arios de la India estaban suficientemente dotados de conocimientos y de instrumentos para abordar con buen éxito el cultivo de la ciencias propiamente dichas; mas para hacerlo hubieran debido disciplinar previamente su espíritu y reprimir las desviaciones habituales de su imaginación; no habiéndolo conseguido, sus progresos científicos han sido escasos. Hay, no obstante, una rama del saber en que se han distinguido particularmen-

---

1 Dubois, *loc. cit.*, p. 128.

te: aquella en que la observación objetiva es secundaria, en tanto que, por el contrario, la especulación subjetiva encuentra, para ejercerse en ella, amplio y libre campo; la ciencia de los números, la matemática.

Las lenguas de la India son las más ricas del mundo en expresiones numéricas, sobre todo para designar los números elevados. De nuestras lenguas europeas, sólo el griego tiene una palabra especial para decir diez mil. Por el contrario, el indostánico tiene expresiones para cien mil (*lak*), y hasta para diez millones (*krar*). Nótese á este propósito que nuestra antigüedad clásica no tuvo término equivalente á *millón* y que la palabra francesa *milliard* (mil millones) es moderna. Pues el espíritu indo se familiarizó desde tiempos muy remotos con los números más elevados, debido especialmente á su metafísica religiosa, que, para expresar su cronología fantástica y mítica, imaginó períodos de una duración más que hiperbólica. Por ejemplo, el *Calpa*, un día de Brahma, comprende cuatro mil trescientos veinte millones de años, dividido en catorce épocas (*Manvantaras*), cada una de las cuales se subdivide en setenta y una *Grandes edades* (*Mahayugas*). Por último, cada una de esas grandes edades se divide á su vez en cuatro edades sencillas *Yugas*, la primera de las cuales dura 1.296.000 años, y la última, 432.000 solamente <sup>1</sup>.

Se ve, pues, que haciendo esfuerzos para dar

---

1 De Jancigny, *Inde*, p. 219.

precisión numérica á las enormes duraciones atribuidas á las épocas de su mitología, la imaginación inda, aunque sin pensarlo, pudo contribuir al progreso de la ciencia de los números. El hecho es curioso desde el simple punto de vista filosófico; porque pone en evidencia el parentesco psíquico que une manifiestamente la especulación metafísica á la especulación matemática. Una y otra, en efecto, se extienden fuera de la observación de lo real: únicamente la segunda está contenida en límites razonables por la misma idea del número de que procede; por el contrario, nada impide las divagaciones de la otra en el mundo ilimitado de la abstracción y del sueño. Permaneciendo sobre el terreno de la psicología experimental, compréndese que un hombre pueda ser buen matemático y absolutamente incapaz tratando de las ciencias de observación y de su filosofía.

Por último, de todas esas consideraciones hay derecho á concluir que la educación sigue falsa vía cuando atribuye á las ciencias matemáticas una parte demasiado amplia en los programas de estudio.

En la India, donde las tendencias especulativas de la raza se han dado carrera libre; las matemáticas han alcanzado pronto un alto grado de desarrollo. Así desde los primeros siglos de nuestra era los indos habían encontrado la relación de la circunferencia con el radio.

El *Sourya Sidhanta* (v y vi siglos) contiene una trigonometría adelantada y teoremas, que no se descubrieron en Europa hasta el siglo xvi. Como

es lógico que sucediera, los indos se distinguieron principalmente en la rama más abstracta de las matemáticas, en el álgebra. En el siglo v de nuestra era, el matemático Arya Bhatta resolvía ecuaciones de varias incógnitas, sirviéndose de métodos ya antiguos y perfeccionados <sup>1</sup>. Sus trabajos sostienen la comparación con los de los matemáticos modernos.

Hemos visto que todas las numeraciones son de origen digital, y, por consiguiente, ordinariamente decimal; pues lo que se llama en aritmética el sistema decimal es de origen indo. Por último, conviene recordar que toda nuestra antigüedad no ha tenido cifras, sirviéndoles de tales las letras romanas. Ahora bien, de la India nos trajeron los árabes nuestras cifras y la manera de servirnos de ellas. Es de notar, no obstante, que, á causa de la multiplicidad de razas existentes en la India, reina allí gran variedad en multitud de cosas, especialmente en las escrituras y en los signos aritméticos. Los tamuls, por ejemplo, se sirven todavía de las letras de su alfabeto para expresar la mayor parte de los números; no están en esto más adelantados, no sólo que los romanos <sup>2</sup>, sino que toda la Antigüedad, y aún que nuestra Edad Media.

El aria de la India, no solamente ocupa el primer lugar entre las razas humanas desde el punto de vista de la especulación matemática, sino que le corresponde también incontestablemente en las altas concepciones metafísicas.

---

<sup>1</sup> Jancigny, *loc. cit.*, pp. 215-216.

<sup>2</sup> Dubois, *loc. cit.*, t. II, p. 119.

## VI.—LAS CIENCIAS NATURALES Y LA CIENCIA

Si la India ha brillado en las ciencias matemáticas, ha quedado, por el contrario, muy obscura en las ciencias naturales; porque en este concepto la especulación ha de anularse ante la observación sagaz y exacta. En prueba de ello, sabemos por Megástenes que en su tiempo creían todavía los filósofos indos, es decir, los brahmanes, en la existencia de hombres sin boca, para cuya alimentación bastaba el vapor de los manjares ó el perfume de las flores ó de las frutas <sup>1</sup>. Respecto de geografía, los conocimientos prácticos de la India antigua se han limitado á algunas comarcas vecinas; pero la imaginación inda se había ¡construído para su uso un mundo terrestre lleno de fantasía. En el centro del disco terrestre se levantaba una montaña cónica, el monte Meru, cuyos lados estaban formados de piedras preciosas y en su cima estaba el paraíso terrenal. Alrededor del monte, constituyendo cinturas concéntricas, existían siete regiones habitables separadas por siete mares <sup>2</sup>.

La India no podía menos de ser una patria de elección para la astrología, de la cual es difícil separar los conocimientos reales de los indos en astronomía. En esta pseudo-ciencia del cielo, concíbense los planetas como seres vivientes y de caracteres muy diversos: unos bienhechores, otros ani-

---

<sup>1</sup> Strabin, l. XV, c. I, § 57.

<sup>2</sup> Jancigny, *loc. cit.*

mados siempre de intenciones malévolas <sup>1</sup>. Los eclipses son causados por gigantes de grandor prodigioso, que están en constante acecho para devorar el sol y la luna, en venganza de que esos astros les impidieron en tiempos pasados comer su parte de « manteca de vida » <sup>2</sup>, etc. Sin embargo, á pesar de esas locas imaginaciones, los brahmanes han hecho observaciones astronómicas: han calculado exactamente el paso de Venus ante el sol <sup>3</sup>, han determinado una eclíptica dividida en veintisiete estaciones lunares y esto en el año 1442 antes de la era cristiana <sup>4</sup>, etc.; pero jamás han llegado á formar una teoría general. Añadamos que su saber astronómico se mantenía secreto y que el arte de observar sólo se enseñaba á un cierto número de iniciados <sup>5</sup>. Acumulando pacientes observaciones, como se hizo también en Egipto y en Caldea, los astrónomos de la India habían podido predecir sin cálculos los eclipses y á formular un calendario, en que se tenía especial cuidado de indicar los días fastos y los nefastos <sup>6</sup>. Había astrólogos en la corte de los príncipes particularmente encargados de comunicar gravemente cada mañana, primero al príncipe, después á su elefante de parada, la opinión del calendario sobre la buena ó mala cualidad del día, y sobre ese informe se arreglaba el programa de las visitas, de los paseos ó de la

---

1 Dubois, *loc. cit.*, t. II, p. 50.

2 Sonnerat, *Voyage aux Indes*, t. I, p. 226.

3 *Ibid.*, p. 223.

4 Janciny, *Inde*, p. 214.

5 *Ibid.*, p. 214.

6 Dubois, *loc. cit.*, t. I, pp. 181-183.

caza <sup>1</sup>. Del mismo modo, en los templos había funcionarios de la misma especie que leían cada mañana á los ídolos las predicciones del almanaque <sup>2</sup>. Luego, como la ciencia se ha inmovilizado durante muchos siglos, todas esas ridículas prácticas estaban todavía en vigor en el siglo pasado. En esa fecha tan reciente se continuaba siempre, á la manera de los primitivos, considerando todos los cuerpos celestes como seres vivientes; hasta se creía saber que esos cuerpos celestes tenían caracteres muy desemejantes, que los unos eran buenos y los otros muy malos, y que se reemplazaban alternativamente en el gobierno del cielo y el planeta reinante tenía siempre por ministro el que le había de suceder el año siguiente. La Luna, Mercurio, Júpiter y Venus estaban invariablemente animados de las mejores intenciones, y bajo su reinado todo prosperaba sobre la Tierra: cosechas abundantes, árboles cargados de frutos, la alegría reinando en el mundo. Por el contrario, el Sol, Marte y Saturno eran astros malévolos, inclinados al mal y deleitándose en él; por eso, los años de su reinado estaban señalados por calamidades y eran esencialmente nefastos <sup>3</sup>.

La meteorología, tan importante para la vida y la industria rurales, estaba abandonada, se sabía positivamente, á los caprichos de siete elefantes celestes cuya función consistía en llevar agua á las nubes, que eran evidentemente concebidas, de una

---

1 Dubois, *loc. cit.*, t. I, p. 182.

2 *Ibid.*, p. 182.

3 Dubois, *loc. cit.*, t. II, p. 50.

manera muy primitiva, como grandes odres. Cada uno de esos paquidermos supraterrrestres tenía su día de servicio; cuatro de ellos eran unos buenos animales que trabajaban con celo y alimentaban así los odres nebulosos y producían lluvias abundantes y fecundas; pero los tres restantes eran indolentes y holgazanes, descuidaban su obligación y producían sequías, malas cosechas y grandes escaseces <sup>1</sup>. Esas pueriles concepciones, que parecen parientes del mazdeísmo persa, son derivadas de las que los himnos del Rig-Veda exponen con tanta grandilocuencia, y demuestran que no han bastado los largos siglos transcurridos para madurar la inteligencia inda. Por lo demás, toda la astronomía inda se compone de observaciones comprobadas, pero sin demostración, sin interpretación razonable, sin teoría general: falta por completo la apreciación filosófica; la imaginación ha ocupado el lugar del pensamiento.

## VII. — LA DETENCIÓN DEL DESARROLLO CIENTÍFICO

Con tales predisposiciones al error y á las concepciones pueriles, es casi imposible el cultivo feliz de las ciencias naturales. Sin embargo, la química empírica de los indos sabía preparar los ácidos fuertes, sulfúrico, nítrico, clorhídrico, los óxidos metálicos, el sulfato de cobre, los sulfuros de hierro, de mercurio, de antimonio, etc. <sup>2</sup> Sus ciruja-

1 Dubois, *loc. cit.*, t. II, p. 51.

2 Janciny, *Inde*, p. 244.

nos habían llegado á practicar la operación de la talla y la de la catarata; su medicina, puramente empírica, era una ciencia casera, pero se atribuía á los médicos grandes poderes. Eran magos capaces de hacer fecundas las mujeres estériles, de determinar de antemano el sexo de sus hijos, etc. <sup>1</sup> En resumen, la India no tenía ciencias naturales que le fuesen propias, porque no puede gratificarse con el nombre de ciencia una recopilación de hechos sin interpretación ni clasificación, comparables á los museos embrionarios que suelen complacerse en crear nuestros niños, y que permanecen infecundos en las manos de gentes incapaces siquiera de intentar comprenderlos. Añadamos que esas ciencias rudimentarias parecen condenadas á una detención de desarrollo, ya que, desde muchos siglos antes hasta la intrusión de los europeos, no habían realizado ningún progreso notable y se transmitían, hasta el siglo pasado todavía, en las escuelas literalmente y de memoria, sin que el maestro pensase en extenderlas ni el alumno en comprenderlas <sup>2</sup>. A decir verdad, la India, aun la moderna, permanece todavía en el punto de vista de sus antiguos autores místicos, para quienes «La Ciencia», sin epíteto, no era más que la especulación mítica y mística.

Hemos podido hacer constar resultados análogos en todas las demás grandes civilizaciones primitivas. En Egipto, en Caldea, en China. En todos esos primeros focos de cultura se han realizado

---

1 Strabón, l. XV, c. I, § 60.— Sonnerat, *loc. cit.*, p. 197.

2 Dubois, *loc. cit.*, t. II, p. 47.

gran número de preciosos progresos: se desarrolló la industria, se perfeccionaron las lenguas, se crearon las escrituras; hasta nació la ciencia, aunque bajo su forma especulativa, metafísica y sin desprenderse del animismo primitivo, pudiendo decirse que la engendró ese animismo, puesto que la primera ciencia cultivada, la astronomía, no lo hubiera sido sin el estímulo de las investigaciones astrológicas, del mismo modo que la alquimia ha precedido á la química y los exorcismos mágicos á la terapéutica médica.

Puede admitirse que esta fase infantil fué inevitable; mas ¿por qué, en todas esas viejas monarquías, á las cuales, compensado todo, debe mucho la humanidad en general, la infancia mental no ha sido seguida de la madurez, como ha de verificarse en un desarrollo normal y completo? ¿Se ha de culpar de ello á la inferioridad de las razas? De ningún modo. En todo, lo que es verdaderamente difícil, es la creación, es la invención inicial; pues en esos venerables focos de civilización se había comenzado todo. Bastaba perseverar, juntar los hechos á los hechos; escogerlos, clasificarlos: los hechos hubieran acabado por hablar por sí mismos. Lo que era la inteligencia de los sabios del antiguo Egipto ó de las castas de magos de la Caldea, no podemos saberlo; pero en la India, la casta de los brahmanes estaba dotada de un gran poder de especulación, de una imaginación viva y poderosa, de una memoria amplia, puesto que allí todo se enseñaba y aprendía mnemónicamente; en la especulación matemática ocupó durante mucho

tiempo el primer lugar; por la práctica de la observación metódica, su exuberante fantasía se había corregido y disciplinado; hubiera podido pasar del servicio del error al de la verdad. Nada de eso ha sucedido, sin embargo, y la causa determinante es bien visible. El gran obstáculo que ha esterilizado el espíritu de la India ha sido la religión, la religión sostenida y profesada por una casta, que se encerró de propósito en la tradición, perdiendo la costumbre, y haciéndola perder al resto de la población, del razonamiento y de la libertad del pensamiento.

Como dejo indicado poco ha, los órganos se desarrollan por el ejercicio, sin exceptuar el del pensamiento, el órgano cerebral; pero si el ejercicio sano y formal fortifica el cerebro y como consecuencia el espíritu, la inacción le paraliza y limita su actividad. Se sabe también que los centros nerviosos son por excelencia susceptibles de marcas duraderas y que, una vez suficientemente fijadas, se hacen transmisibles por herencia. Se empieza por perder la costumbre de observar, de razonar, de pensar, y luego se pierde la posibilidad: la función misma se empequeñece ó se desvía. Para devolverle su vitalidad primera se necesitará después una larga educación en sentido inverso.

Todo eso ha sucedido en Egipto, en Caldea, en la India, donde castas ó clases de sacerdotes han logrado detener el progreso. En China ha desempeñado el mismo funesto oficio la clase de los letrados. Cualesquiera que sean la raza y el país,

pueden provocarse semejantes detenciones en la evolución mental, si se aplica á obtenerlos una tenacidad suficiente. Estas enseñanzas deben tener constantemente presente los que dirigen, clases ó individuos, en todos los países y en todos los tiempos.

---

## CAPÍTULO V

### La mentalidad helénica

SUMARIO. — I. *Primitiva mentalidad de los griegos*: salvajismo de los helenos primitivos; adaptaciones efectuadas en Grecia. — II. *La evolución estética en Grecia*: la evolución de la pintura en Grecia; evolución de la escultura. — III. *La literatura griega*: supervivencias estéticas; la danza estética según Luciano; la ópera-baile primitivo; génesis de los géneros literarios; de la poesía ó prosa; carácter de la literatura helénica. — IV. *La filosofía helénica*: primeras especulaciones; las sentencias de los «sabios», temeridad infantil de la primera filosofía; Tales; Anaximandro; los «elementos»; las cosmogonías por los «elementos»; el libre pensamiento de Anaxágoras; Pitágoras y sus quiméricas especulaciones; el *nirvana* de Empedocles; la impiedad razonada de Xenófanes; Lucipo, Demócrito y el atomismo; los cánones de la ética de Epicuro; Platón, Sócrates y Aristóteles. — V. *El mérito y la misión de Grecia*: primacía intelectual y estética de Grecia; su respeto á la libertad de pensamiento.

#### I. — PRIMITIVA MENTALIDAD DE LOS GRIEGOS

Estudiando analíticamente las diversas fases de la evolución sociológica en la humanidad, á partir de las razas más inferiores, hay un grado en que se tiene conciencia de dar un salto brusco, de salvar un intervalo considerable. Ese hiato se manifiesta cuando se pasa de los grandes Estados monárquicos de la Antigüedad á la Grecia, á la Grecia clásica, debido á que todos los principales focos de la cultura antigua, China, Egipto, Caldea, In-

dia, esos laboratorios sociales é industriales donde se crearon ó perfeccionaron las instituciones, los mitos, los oficios, las artes, las primeras ciencias, etc., tienen todos un grave defecto, el de haberse inmovilizado en cierto punto de su desarrollo. Ya he demostrado en otras obras que había de atribuirse esta parálisis del progreso mental y social á la influencia combinada de la teocracia y de la monarquía absoluta; pero en el mundo antiguo, Grecia es una excepción de la regla: su marcha adelante no se interrumpe y aun se acelera hasta el día en que los vicios de su organización social, el deterioro y la regresión de las costumbres producen la decadencia general. Es innegable el fundamento de esta apreciación general; pero no puede deducirse de él que, siempre y en todos los períodos de su evolución social y política, la Grecia haya diferido de los otros países y razas y sobre todo que no haya tenido, como ellos, su período de infancia sociológica. No; la ley de la evolución es universal, y los principios helénicos se parecen exactamente á todos los demás. Los mismos escritores griegos han cuidado de informarnos sobre este asunto: sus antepasados, dicen, vagaban por los bosques y las montañas, en hordas salvajes, buscando abrigo en las cavernas. Esos primeros griegos ni siquiera conocían el uso del fuego y eran caníbales, dado que su alimento habitual se componía de raíces, bellotas ó fabucos <sup>1</sup>. Civilizándose un poco, esos salvajes pasaron de la horda al clan,

---

1 Pausanias, l. VIII, c. 1. — Eschyle, *Prométhée*. — Pindare, *ad Pyth.*

primera forma social regular, que tuvo entre ellos larga duración, ya que se le encuentra todavía, aunque modificada en el γένος de Atenas. Si la civilización helénica se ha desarrollado con una velocidad relativa, débese principalmente á numerosas adaptaciones tomadas á pueblos extranjeros, especialmente al antiguo Egipto, y esas adaptaciones apresuraron singularmente los progresos de Grecia.

Hasta los dioses helénicos son, en su mayor parte, dioses importados. Sobre este asunto dice Herodoto: «fuera de Neptuno y los Dioscuros; aparte de Juno, Vesta, Themis, las Gracias y las Nereidas, los nombres de los demás dioses han existido siempre entre los egipcios»<sup>1</sup>. Platón piensa que los primeros dioses de los griegos han sido los mismos que los de una multitud de otros bárbaros: «el Sol, la Luna, la Tierra, los astros y el cielo»<sup>2</sup>. Sábese además que la escritura fué importada á Grecia por los fenicios. Acaso pudiera compararse, aunque muy groseramente, la evolución asaz rápida de Grecia, sobre todo en lo concerniente á las artes y oficios, las letras y los elementos de las ciencias, á la reciente transformación; pero ésta en extremo precipitada, del Japón antiguo en Japón moderno. Sólo que, y ésto es particularísimo de Grecia, al aceptar los helenos de otros pueblos anteriores muchas invenciones útiles é ideas preciosas, no se limitaron á conservarlas en su primitivo estado, sino que las imprimieron su marca especial, y las mejoraron, completaron y metamorfosearon hasta el punto de que

1 Herodoto, II p. 50.

2 Platón, *Cratyle*.

esas creaciones de origen extranjero parecen haber nacido sobre el suelo mismo de Grecia. He aquí como sólo la erudición exegética puede encontrar en la graciosa mitología de los helenos ciertas divinidades egipcias ó semíticas. Tampoco inventaron los griegos la escritura alfabética: esa escritura, nacida en Egipto, les fué aportada por los fenicios, que ya habían tenido el gran mérito de simplificarla y hacerla práctica. El viejo alfabeto fenicio permaneció bastante popular en Grecia hasta el fin del v siglo antes de la era cristiana, en cuya fecha fué reemplazado por los caracteres jónicos <sup>1</sup>, y se convirtió en el sistema alfabético, tan cómodo y tan práctico, de donde han salido todas nuestras escrituras de Occidente.

Pero todo eso es harto conocido: yo mismo he tenido ocasión de hablar de ello en otro lugar, tratando de la educación. Podría, pues, procurando trazar la evolución mental de los griegos, pasar muy rápidamente sobre todo lo que no caracteriza especialmente la civilización helénica, y me veo obligado á ello por la necesidad de encerrar mi exposición en estrechísimos límites, lo que no ha de perjudicar á este estudio especial, cuyo objeto principal es buscar los modos de actividad mental por los cuales la Grecia se hizo un lugar imperecedero en la historia del género humano. Ahora bien, el genio griego ha sido original sobre todo en las artes, en la literatura, en las ciencias y en la especulación filosófica.

---

1 P. Girard, *L'Education athénienne*, p. 37.

## II. — LA EVOLUCIÓN ESTÉTICA EN GRECIA

Grecia fué en la antigüedad la patria ideal de la belleza artística; sin embargo, no ha sobresalido en todas las ramas del arte y sobre todo ha comenzado muy modestamente en cada una de ellas.

Respecto de la pintura, en la que Grecia ha quedado á mediana altura, empezó á la manera de los salvajes: sus primeros ensayos se ejecutaron en vasijas, generalmente pintadas en rojo, el color más bello para los primitivos, y estaban adornadas con rasgos ó con líneas, negros unas veces, otras de un rojo más vivo que el fondo. En algunas de esas vasijas se ha representado, por medio de dibujos que podría firmar un piel roja, aves, cuadrúpedos y hombres <sup>1</sup>; pero esos son los principios comunes á los salvajes y á los niños. No hay duda que los griegos primitivos habrían llegado por sí mismos á fases más elevadas del arte, pero su aprendizaje fué singularmente abreviado por iniciadores. Estos les hicieron «saltar de las clases», como se dice de aquellos escolares del día, que, en el curso de sus estudios, redoblan su actividad intelectual. Los instructores de Grecia lo fueron sin saberlo, y estando además escasamente dotados desde el punto de vista del arte: fueron los mercaderes fenicios, quienes, comerciantes ante todo, se limitaban con frecuencia á vender en Grecia copas adornadas á la manera

---

1 Schliemann, *Mycènes, Ilios, Tirynthe*. (passim).

a siria ó egipcia. Aunque de escaso mérito, esas obras maravillaron á los helenos semisalvajes, que durante mucho tiempo, se limitaron á copiar esas copas fenicias, primero servilmente, después con libertad y dándoles carácter griego. Se ha observado que ciertas escenas, indicadas por Homero en su célebre descripción del Escudo de Aquiles, se encuentran exactamente reproducidas sobre vasos fenicios <sup>1</sup>.

Pero sobre todos esos vasos, y después sobre los frescos y cuadros, cuando llegaron á pintarlos, se dió primeramente á los hombres y á los animales un color uniforme. Con el tiempo, no obstante, algunos innovadores ingeniosos tuvieron la idea muy fecunda de indicar en sus pinturas las sombras, y, como es consiguiente, los relieves; en un principio lo hicieron torpemente, por medio de líneas cruzadas pardas ó negras. Pero había en ello una idea genial y se fué realizando cada vez con mayor inteligencia. Un artista de inventiva, cuyo nombre nos ha sido conservado, Apolodoro, nombre predestinado, se esforzó en dar los colores del modelo, los colores verdaderos, lo mismo en los claros que en las sombras, enseñando, según la expresión de que se sirvieron los griegos, á «colorear la sombra», y eso le hizo célebre <sup>2</sup>.

Desde entonces, quedó creada la pintura, pero muy primitiva todavía: no era más que la pintura de ornamentación, sea sobre los vasos, sea en los templos, y sólo imitaba muy de lejos la naturaleza.

---

1 Cermont Ganneau, *Mythologie iconographique* (folleto 1878).

2 R. Ménard, *Histoire des beaux-arts*.

Los personajes figurados se colocaban en fila, y casi siempre de perfil, y su silueta se destacaba siempre sobre un fondo de color uniforme; la sucesión y la variedad de los actos se expresaban repitiendo ingenuamente las mismas figuras en las actitudes variadas, procedimiento infantil, pero natural, que emplearon también los artistas de nuestra Edad Media. Pero el genio griego no podía petrificarse, como lo había hecho Egipto; era de muy diferente esencia. En las pequeñas ciudades helénicas existían la iniciativa, la originalidad, el espíritu de investigación, y no podían ser anuladas esas fuerzas vivas, como lo fueron en los grandes países monárquicos y teocráticos de la Antigüedad por el despotismo y el ritualismo. Grecia sólo tomó de Egipto, de Fenicia, de Caldea los principios del arte, los gérmenes, que en ella evolucionaron rápidamente. La pintura se desprendió de la ornamentación, como lo música instrumental se separó del canto, y se llegó á pintar verdaderos cuadros, frecuentemente muy apreciados y ventajosamente pagados, pues se refiere que el rey Atalo ofreció al pintor Nicias, de la escuela de Atenas, una cantidad equivalente á 270.000 francos, por un cuadro que representaba á Ulises evocando las sombras de los muertos <sup>1</sup>. Sin embargo, Grecia no llevó á su perfección el arte de la pintura, en lo que tuvo esa gloria fué en las representaciones plásticas, en la escultura.

Hasta una fecha reciente no han tenido los lite-

---

1 R. Menard, *Histoire des beaux-arts*.

ratos, los historiadores y los tratadistas de estética la idea sencillísima de que, en todo, la madurez presupone la infancia. Se ha hablado durante siglos de las obras maestras de la escultura griega sin ocuparse para nada de su génesis, hasta sin sospechar su existencia. Pensábase que en cierto momento nació en Grecia toda una generación de grandes artistas, que, por saber todo, no necesitaban aprender nada, y que por una especie de generación espontánea brotaron en el cerebro de los artistas predestinados la Venus de Milo, la Venus del Capitolio, el Apolo de Belvedere y tantas otras obras magnas realizadas con un magistral cincel. En el día no se creen tales milagros. Desde que vino la gran doctrina de la evolución á despertarnos de nuestro largo sueño, se han investigado los orígenes de todo, y, respecto de la escultura griega han sido fácilmente hallados. Sábese que la estatuaria griega tuvo un principio penoso y lento, como lo son todos los principios. Los esbozos plásticos exhumados en Micenas son comparables á las esculturas en madera de los papus de la Melanesia: son figuras de barro muy rudimentarias, análogas á las que los niños de nuestros días se entretienen en modelar en los jardines Fröbel; con mucha buena voluntad se llega á reconocer en ellas representaciones de vacas, mujeres, etc., viéndose á veces una cabeza de vaca sobre un cuerpo de mujer, etc. <sup>1</sup>

Por otra parte, no es temerario suponer que para la representación de las divinidades en los templos

---

1 Schliemann, *Mycènes*, pp. 59, 137.

griegos se reunirían las mejores muestras del arte conocido; pues en aquellos templos, en lugar de figuras escultóricas, no se exigieron sino postes de que pendían atributos; después se esculpieron groseras estatuas de madera, pintadas con colores chillones y vestidas como muñecas <sup>1</sup>. En la Argólide, un ídolo de Juno muy venerado no era más que una viga groseramente trabajada <sup>2</sup>. Una vez más la influencia exterior, las estatuillas modeladas de Asiria y de Egipto, fué lo que guió á los primeros artistas griegos, cuyas primeras estatuas, á imitación de aquellos modelos, fueron figuras rígidas, casi rectangulares, con los brazos pegados al cuerpo, las piernas y los pies juntos, desprovistas de expresión lo mismo que de movimiento. Además los artistas de la época empezaban á bosquejar torpemente bajo-relieves representando escenas de caza ó de guerra.

Al fin, después de muchos años de aprendizaje, se ve salir lentamente una verdadera escultura de esas obras embrionarias. A las estatuas primitivas pintadas y vestidas, adornadas, rizadas, cargadas de collares, diademas, pendientes y casi siempre hieráticas, suceden imágenes que se aproximan gradualmente á la verdad, á la verdad estética, á la verdad bella. En la estatuaria sagrada, los artistas se veían molestados por la tradición; había formas y actitudes canónicas, de que no podían separarse; pero en las obras profanas el genio artístico tenía vía libre, especialmente en las estatuas de los atletas.

---

1 Ménard, *loc. cit.*, p. 52.

2 Pausanias, (*passim*).

En efecto, todo atleta tres veces vencedor en los juegos había de tener su estatua de cuerpo entero, y eso fué una verdadera felicidad para la escultura griega, porque allí no podía ser cuestión de tipos convencionales; al contrario, se trataba de reproducir con la más completa exactitud el relieve de los músculos victoriosos, las formas del cuerpo y los rasgos de la fisonomía. Una vez obtenidos esos resultados, se fué más lejos; se procuró animar las estatuas, darles movimiento y actitudes naturales y expresivas. Después de Alejandro se llegó á descuidar la escultura atlética para dedicarse á hacer, idealizándolos, los retratos de los grandes personajes. A partir de aquella época, el arte, el arte práctico, es completo; puede rivalizar con la naturaleza y fijar sus aspectos estéticos, aun cuando sean fugitivos, y expresar á la vez la belleza de las formas y la vida de las expresiones: el terreno está preparado; los grandes artistas pueden aparecer. En la Antigüedad sólo nacieron en Grecia, y este es uno de los gloriosos caracteres de la civilización griega, que durante mucho tiempo se ha referido á causas ficticias y enteramente secundarias. Todos hemos leído sabias disertaciones tratando de demostrar que la floración del genio helénico resultaba de la belleza del clima y sobre todo de la forma dentelada de la península griega; pero lo positivo es que los griegos de Asia contribuyeron ampliamente al desarrollo artístico de los helenos. Por último, ni el clima de Grecia, ni el gran número de sus golfos y de sus cabos impidieron la decadencia, ni después, esos dentelados de las costas han tenido el mágico

poder de suscitar un renacimiento. Es, pues, forzoso referir el brillo esplendente de la floración estética en Grecia á sus verdaderas causas, es decir, en primer lugar, á la raza, y en segundo lugar al estado social y político, que depende de ella estrictamente. Pero esas reflexiones son igualmente aplicables á la literatura, de que he de ocuparme también.

### III.—LA LITERATURA HELÉNICA

En una obra reciente he bosquejado de una manera breve y sin embargo completa la evolución literaria en Grecia. Hoy me limitaré á recordar los rasgos principales de esta evolución tan propia para caracterizar la mentalidad de la raza helénica. Los orígenes literarios no difieren esencialmente en Grecia de lo que ha podido observarse en todas las razas, y hasta en el mismo siglo XIX ha persistido esa fase primera y quizá subsista aún en las aldeas y clanes montañoses de Grecia <sup>1</sup>. En ocasión de ciertas fiestas se reúnen esos clanes, banquetean al aire libre comiendo corderos asados á la manera homérica, y terminan la fiesta con danzas mímicas, especie de óperas-bailes. Pero en todos los países son esas las manifestaciones primarias de la necesidad poética.

Es bien sabido que, bajo una forma más elegante, han persistido esas fiestas literarias en las anti-

---

<sup>1</sup> Faurel, *Chants populaires de la Grèce*, (Introduction, LVIII).

guas ciudades griegas durante todo el período de su independencia, hasta tal punto que el canto, la danza y la música formaban parte esencial de la educación; porque era preciso poder figurar decentemente en las numerosísimas fiestas y ceremonias: era hasta un deber social. En su escrito sobre *La Danza* nos da el satírico Luciano una idea del elevado fin que se proponía la coreografía griega: pretendía representar de una manera á la vez viva, exacta y estética todas las leyendas míticas é históricas que constituían los archivos venerados de los tiempos prehistóricos. Según Luciano, la danza es una especie de «complemento para todas las ciencias». «Su objeto principal es copiar, enunciar y producir al exterior los pensamientos...» «Es preciso que el danzante conozca muy bien todo lo que ha pasado desde el Caos y el nacimiento del mundo hasta Cleopatra, reina de Egipto, etc., etc.» «El talento del danzante consiste en imitar y expresar por ademanes todo lo que dicen los cantantes. Ha de ser claro é inteligible como los oradores.» «Sabe hablar con las manos»<sup>1</sup>.

Entre los griegos había llegado á ser la danza un acto intelectual, metamorfosis que no se ha efectuado, á lo menos en tanto grado, en ninguna otra raza. Y es, en efecto, que la raza helénica se distingue de todas las demás por la agudeza del sentido intelectual y el sentimiento exquisito de la medida en todas las cosas. Ese don tan raro de la armonía bien equilibrada, del número en todo; ese

---

1 Luciano, *De la Danse*.

tacto innato, que guía y escoge con seguridad, se manifiesta particularmente en el arte griego, y más que en otras cosas en la escultura, aunque no es menos evidente en la estética literaria. Todavía sobre este punto he de referirme á precedentes publicaciones, porque no he de trazar nuevamente la evolución literaria en Grecia, sin demostrar cómo todos los géneros, lírico, épico, dramático y hasta filosófico, por un desarrollo natural y lógico, salieron de la ópera-baile de los helenos primitivos; cómo durante el período ático (siglos v y vi) y bajo la influencia de Atenas, la prosa, es decir, la propia lengua de la razón y de la ciencia, sucedió á la poesía, pero conservando ante todo su color; cómo esta prosa evolucionó á su vez y siempre en el mismo sentido, es decir, siendo cada vez más razonable, exacta y filosófica. «Por la sobriedad de estilo, la seguridad de las apreciaciones y el alcance de las reflexiones, Tucídides y Polibio están más cerca de nuestro tiempo que del de Herodoto, y si la prosa de Platón recuerda aún demasiado la de los antiguos filósofos griegos, el estilo de Aristóteles es, por el contrario, aparte de su metafísica, el de un sabio y de un hombre de Estado »<sup>1</sup>.

Pero como toda esa evolución se operó espontánea y naturalmente, sin adaptaciones extranjeras, la literatura helénica la cumplió conservando el carácter que le imprimieron las edades primitivas. No sólo conserva siempre la medida, el buen gusto y la sobriedad, sino que no suele abordar más que

---

<sup>1</sup> Letourneau, *L'Evolution Littéraire*.

asuntos de interés común; jamás se extravía en las minucias de los géneros demasiado individuales; la pintura analítica de los «estados del alma» apenas le interesan. En resumen, desde su principio hasta su decadencia, permanece griega: no hay duda que no dejó de helenizar muchas ideas extranjeras, pero sin copiarlas jamás servilmente: no tiene el gusto de las «restituciones» arcaicas ó exóticas. Pero una raza semejante, dotada de una mentalidad tan especial, estaba necesariamente destinada, y más que ninguna otra, á ilustrarse por el cultivo de la filosofía. Vamos ahora á seguirla en este terreno.

#### IV.—LA FILOSOFÍA HELÉNICA

Hasta el presente, y respecto de todas las razas que hemos examinado, me he apoyado, para apreciar el grado de evolución mental, entre otros caracteres, sobre la manera como se comprendía el parentesco. En esto hemos visto que el hombre, el hombre en general y de todos los colores, cuando llega á preocuparse de la consanguinidad, no hace constar en principio sino la descendencia uterina, y ni siquiera sospecha el parentesco del padre y de los hijos. No puede dudarse que Grecia haya pasado por esa fase inferior del desarrollo mental; pero falta la prueba directa, y el clan helénico, el γένος, tal como ha podido ser conocido en el período protohistórico, estaba ya en plena familia paterna; hasta llegó á exagerar la idea, engañándose

de manera opuesta á los primeros antepasados, no comprendiendo más que la descendencia paterna, es decir, el padre y los descendientes por los varones hasta lo infinito <sup>1</sup>. En esa teoría familiar, la filiación uterina es desatendida; hasta la madre no es pariente de su fruto. Ese extraño concepto, que es también el de la India brahmánica <sup>2</sup>, lo expone ingenuamente Esquilo en sus *Eumenides* <sup>3</sup>, cuando en presencia de Minerva hace juzgar á Orestes parricida por los areopagitas; mientras Apolo, representando el papel de defensor, dice expresamente: «La madre no engendra lo que se llama su hijo: no es más que la nodriza del germen vertido en su seno. El que engendra es el padre. La mujer, como un depositario extraño, recibe el germen, y cuando place á los dioses le conserva. La prueba, continúa el dios, es que se puede ser padre sin necesidad de madre: testigo esta diosa, la hija de Júpiter, del rey del Olimpo, que no ha sido nutrida en las tinieblas del seno materno, y ¿qué diosa produjo jamás un vástago semejante?» Ante esa argumentación los jueces vacilan; pero el voto de Minerva da la absolución, porque los votos emitidos se neutralizan exactamente, y en ese caso establecía el derecho griego que la acusación fuese abandonada. Al votar la diosa motiva su juicio: «A mí me corresponde el último sufragio, le doy á Orestes. Yo no tengo madre á quien deba la vida; favorezco siempre al sexo viril, etc.» Apolo y Minerva

---

1 Teulon, *Origines du mariage*, p. 364.

2 *Código de Manú*.

3 Esquilo, *Las Euménides*.

se fundan, pues, en un caso mítico de inmaculada concepción para negar el parentesco uterino, que es precisamente lo mismo que he hecho recientemente en sentido inverso para explicar como los hombres primitivos han podido no ver más que ese mismo parentesco uterino é ignorar el otro; pero los primitivos tenían buena fe, no habían llegado á comprender la generación. La ingenuidad de Esquilo y de sus contemporáneos era ciertamente menor; mas para ellos se trataba de consolidar el patriarcado, contra el cual luchaba evidentemente aún la antigua tradición de la familia uterina, puesto que en el drama de Esquilo el coro de las Furias, escandalizado, exclama: «Nuevas leyes van á trastornar el mundo»; y, en efecto, en todas partes el patriarcado ha tenido por efecto aumentar la sujeción legal y moral de las mujeres.

La teoría de Esquilo atestigua, pues, indirectamente la antigua existencia en Grecia de la familia uterina. Atestigua también que, para todas las razas humanas, la evolución mental pasa casi por las mismas fases, variando únicamente su duración.

Hay que esperar, pues, en todos los pueblos hallar, al salir de la barbarie, cuando se despierta el pensamiento especulativo, concepciones análogas, marcadas siempre con el sello de la infancia intelectual; pero esta fase necesaria se abrevia tanto más cuanto la raza está mejor dotada, y en este concepto, lo que menos faltó á los griegos fué la agudeza de la inteligencia y del gusto, la necesidad del razonamiento y de la interpretación más ó

menos lógica de los fenómenos, porque muy pronto tuvo la antigua raza helénica aptitudes filosóficas; hasta se aficionó demasiado á la filosofía, y muchas veces su imaginación se adelantó á la lentitud de la ciencia. En ese juego de la especulación filosófica en que sobresalió el genio griego, erró con frecuencia, pero hallando á veces intuiciones justas y profundas. Para convencerse de ello, basta echar una mirada á los sistemas creados por la filosofía griega, especialmente á aquellos que más ó menos se refieren á la ciencia.

A los primeros pensadores de Grecia se les dió el nombre de «sabios» pero la palabra «sabio» (σοφός), significaba solamente «hábil, experimentado»; no sólo se aplicaba á los filósofos y á los poetas, sino á las personas ingeniosas de todo género: artistas, artesanos, marinos, labradores, etc., expertos en su profesión <sup>1</sup>. Esos primeros «sabios» distaban mucho de ser finos hablistas, lo que no es extraño no teniendo á su disposición más que una lengua mal adaptada á los razonamientos largos, por lo que hubieron de amontonar sus reflexiones en frases cortas, en «sentencias» ó «gnomos». Injustamente se les ha atribuído á mérito esa necesidad, y con justicia halló Platón analogía entre esas sentencias de los sabios y el hablar conciso y condensado de los espartanos. Entre los gnomos y el laconismo la similitud es, en efecto, evidente, y resulta de las mismas causas: la indigencia del lenguaje y la brevedad del pensamiento. Investigando un

---

<sup>1</sup> Laveaux, *Hist. des sciences dans la Grece*, t. I, p. 62.

poco más, enredándose en equívocos y términos ambiguos, la sentencia se convirtió en «enigma». Por último, se adquirió la facultad de encadenar las ideas, de percibir las consecuencias, en una palabra, de raciocinar: entonces comenzó realmente la edad filosófica.

Semejante á la curiosidad de los niños, la de los primeros filósofos, en lugar de aplicarse á la observación y al estudio de los hechos y fenómenos fácilmente accesibles, abordó de golpe los problemas más arduos. Comenzando por el fin, emprendió primeramente la aclaración del misterio de los orígenes; inventó explicaciones pueriles para darse cuenta de los grandes fenómenos cósmicos y astronómicos; desatinó acerca de la esencia del alma, de la naturaleza de los dioses, etc., etc. <sup>1</sup>. Por último, para fijar el recuerdo de sus pensamientos, los filósofos los pusieron en verso, sin duda porque se acostumbraba dar forma poética á toda idea que se elevaba sobre lo ordinario, pero seguramente también porque el arte de la escritura no había destronado aún la métrica, que ayuda la memoria <sup>2</sup>. Hay conformidad en considerar como el primer filósofo griego Thales de Mileto, que dió á sus sucesores el mal ejemplo de dedicarse sin preparación suficiente á la cosmogenia, á la astronomía, etc. Pues ese escrutador de los orígenes consideraba aún el mundo como un ser viviente <sup>3</sup>, y creía que la Tierra era un disco flotante sobre el agua, principio de

---

1 Laveaux, *Hist. des sciences dans la Grèce*, t. I, p. 49.

2 A. Croiset, *Hist. littér. grecque*.

3 Bitter, *Hist. de la philosophie*, t. I, p. 178.

todas las cosas <sup>1</sup>. Esas groseras concepciones tuvieron curso en muchos países, especialmente en Caldea, de donde Thales las importó á Grecia; porque era, según parece, de origen fenicio. La mayor parte de esos primeros cosmogonistas se vieron asediados por una idea justa, verosimilmente tomada de la India ó de Egipto, á saber: la idea de una substancia primera del universo, eterna por esencia, que soportaba todos los fenómenos que encubren la imperecedera identidad; mas para ellos esa substancia no era una entidad verbal: más sensatos en esto que los metafísicos de todos los países, buscaban en su rededor esa materia del universo visible y la identificaban con el uno ó con el otro de sus cuatro elementos supuestos primeros: el agua, el aire, la tierra y el fuego. Thales era neptuniano; también lo era Heráclito, y veía en el agua, en el mar, la semilla formadora del mundo <sup>2</sup>.

Un discípulo directo ó indirecto de Thales, Anaximandro, tuvo algunas felices intuiciones científicas. Por adivinación, parece haber tenido idea de los anillos de materia cósmica por cuyo medio explican los astrónomos modernos el origen de los astros: un círculo de fuego rodeó primeramente la Tierra como la corteza al árbol; rompióse después y con sus fragmentos formó los astros <sup>3</sup> al mismo tiempo que cambió la forma de la Tierra, que cesó de ser un disco para convertirse en un cilindro sos-

---

1 Ritter, *Hist. de la philosophie*, t. I, p. 177.

2 Ritter, *loc. cit.*, t. I, p. 180.

3 Plutarque, *Laveaux*, p. 100.

tenido por el aire y cuya base era tres veces menor que la altura <sup>1</sup>.

Anticipándose á los modernos transformistas, Anaximandro hacía descender el hombre de unos pescados que, arrojados accidentalmente sobre la orilla, se habían acomodado á las nuevas condiciones de su existencia y habían concluído por convertirse en «los padres» de los hombres <sup>2</sup>. Esos vislumbres de verdad que se encuentran esparcidos en los sistemas quiméricos de los pensadores griegos, compensan en parte la debilidad de su metafísica: se comprende que si se apartan de la razón es por ignorancia. Se atribuye á Anaximandro el honor de haber hecho las primeras investigaciones sobre las dimensiones de los cuerpos celestes, aunque sin resultados positivos.

Otro filósofo milesiano, Anaximeno, parece haber descubierto, por medio de un gnomon, la oblicuidad de la eclíptica <sup>3</sup>. Para éste, el aire era el elemento primero infinito que envolvía el mundo; la Tierra flotaba en él como una hoja <sup>4</sup>.

Otro partidario de la cosmogonía aérea, Diógenes de Apolonio, consideraba el aire, pero un aire más enrarecido y caliente que el atmosférico, la substancia primaria. Para él, el aire estaba dotado de conciencia; «sabía muchas cosas» y, por consiguiente, había ordenado todo racionalmente. En el

---

<sup>1</sup> Ritter, *loc. cit.*, t. I., p. 238.

<sup>2</sup> Plutarque, *Propos de Table*, question 8, l. VIII.

<sup>3</sup> Ritter, *loc. cit.*, t. I, p. 182.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 183.

fondo, el mundo era uno; las formas aparentes eran transitorias <sup>1</sup>.

Con Heráclito, de Efeso, fueron destronados el agua y el aire. El fuego es todo: el fuego viviente: todo se convierte en fuego y el fuego se transforma en todo <sup>2</sup>. Ese elemento ígneo, creador de todas las cosas, obraba conscientemente. «Júpiter se divierte cuando forma el mundo <sup>3</sup>.» Pero ese filósofo que merece el nombre de plutomano, parece haber sido muy pobre observador. A creerle, los astros eran simples meteoros; el Sol mismo no tenía un pie de diámetro; era una antorcha que se encendía y apagaba diariamente; cada día se formaba un nuevo sol á expensas de ciertas exhalaciones ígneas, que se destruían cada noche mediante otras exhalaciones acuosas <sup>4</sup>.

Con Anaxágoras, de Clazomene, tomó la filosofía un giro científico, haciéndose libre pensadora y chocando con las preocupaciones reinantes. A pesar de la amistad de Pericles, Anaxágoras sufrió la prisión por sus ideas y por último huyó á Lamp-saco. Los conservadores contemporáneos le acusaban de impiedad por haber osado decir que el Sol y la Luna eran cuerpos compuestos de piedra y de tierra; por haber explicado naturalmente los movimientos peristálticos de las entrañas de las víctimas; por haber visto un sentido moral en los mitos homéricos y alegorías en los nombres dados á los

---

1 Ritter, *loc. cit.*, t. I, pp. 190-197.

2 *Ibid.*, p. 205.

3 *Ibid.*, p. 207.

4 *Ibid.*, p. 225.

dioses. Además, y esto era no menos audaz, parece haber sido el primero que dió la verdadera explicación de la luz lunar y de los eclipses <sup>1</sup>.

En esta rapidísima revista de los principales filósofos griegos y de sus sistemas, tomo por guía más la analogía de las ideas que la sucesión cronológica. Hay, sin embargo, uno de esos creadores de la especulación filosófica ó metafísica en Grecia, del que he de hablar ahora, porque si su mérito es escaso, su fama es brillante: me refiero á Pitágoras. Este en realidad no era un heleno, porque aunque nacido en Samos, procedía de los pelasgos y tomó fuera de Grecia todos los elementos de su singular filosofía, que es más bien un delirio metafísico y místico. Los egipcios le habían enseñado su geometría; los fenicios, la aritmética; los caldeos, la astronomía <sup>2</sup>.

Como más de una vez ha sucedido en las sociedades humanas de todos los tiempos, Pitágoras ha sido glorificado precisamente por sus defectos intelectuales y sencillamente porque las debilidades de su espíritu se hallaban en armonía con la sinrazón de su tiempo.

De todas las ciencias, la más subjetiva, la que puede más fácilmente prescindir de la observación y de la experiencia, es la ciencia de los números: puede considerársele como una metafísica razonable; por eso sus progresos han sido más rápidos, sobre todo más precoces que los de las verdaderas ciencias de observación; pero esa metafísica razo-

---

1 Ritter, *loc. cit.*, p. 248.

2 *Ibid.*, pp. 282-293.

nable puede aproximarse fácilmente á la metafísica no razonable, hasta con el animismo, y espíritus poderosos, pero sobre todo especulativos, pueden asociar la una á la otra. Eso es lo que hizo Pitágoras; y sus concepciones, que hoy nos hacen sonreír, parecieron sublimes á sus contemporáneos.

A decir verdad, es muy difícil saber lo que es propio de Pitágoras en las opiniones que se le atribuyen, puesto que la doctrina del filósofo era la de un grupo, de una secta de pitagóricos, y el maestro no ha escrito nada <sup>1</sup>.

En un país en que la ciencia matemática era aún casi desconocida, la aritmética y la geometría elementales, tomadas sin duda á Egipto y á Caldea, hicieron el efecto de prodigios, y así mismo las debió apreciar Pitágoras, puesto que considera los números como entidades, y aun como entidades directrices. Según él, la unidad (*Monas*) fué el principio generador de todas las cosas, una especie de Dios; produjo el número binario (*Dyas*), que, sin explicarse por qué, sería infinito, indeterminado, y ese número dos engendró los otros números. De esos números ancestrales resultó toda una serie de generaciones del mismo orden. Los números produjeron los puntos; los puntos, las líneas; las líneas, las superficies; las superficies, los sólidos; los sólidos engendraron los cuatro elementos: el fuego, el agua, la tierra, el aire. Por último, de esos cuatro elementos se modeló un universo de forma esférica, en cuyo centro se encuentra la Tierra,

---

1 A. Lefèvre, *La Philosophie*, p. 66.

igualmente esférica <sup>1</sup>. Del orden y de los movimientos de los cuerpos celestes, nacidos sin duda del mismo modo, resultan una armonía, un concierto astral, porque la música y la astronomía son hermanas <sup>2</sup>. En último término, un éter vivificador une, penetra y anima todas las partes del universo <sup>3</sup>.

Descendiendo del cielo á la tierra, Pitágoras y sus discípulos enseñaban y practicaban una medicina digna de su astronomía y que, como todo lo demás, parece bien originaria de Caldea. Las enfermedades eran consideradas por ellos como obra de las potencias ocultas y animadas de malas intenciones, la terapéutica consistía en desarmar esos malos espíritus por conjuros y prácticas convenientes; en resumen, por la magia á la cual se juntaba la música <sup>4</sup>. Pitágoras era, pues, un pariente de los magos de Caldea, y en tal concepto se le considera, no como un filósofo, como un semidiós. Por eso, dada la ignorancia de su tiempo, fundó, más que una escuela, una secta, cuyos miembros, estrechamente unidos, practicaron la comunidad de bienes <sup>5</sup>. Esos pitagóricos desatinaban libremente sobre la ciencia de los números. Ya hemos visto que, para ellos, todo procedía del número *uno*. El número *tres*, la *triada*, era un número sagrado, porque tenía un principio, un medio y un fin. El número *diez* representaba también un gran papel en el mundo,

1 Laveaux, *loc. cit.*, t. II, p. 245.

2 *Ibid.*, p. 278.

3 *Ibid.*, p. 247.

4 Laveaux, *loc. cit.*, t. II, pp. 203-204.

5 *Ibid.*, p. 179.

porque procedía de la adición de los números 1, 2, 3 y 4 <sup>1</sup>.

A los cuatro antiguos elementos clásicos, los pitagóricos añadieron un quinto, el éter, y así pudieron completar el número *cinco*, que cuadraba perfectamente con su número de cinco planetas. Los astros estaban separados en el espacio por distancias exactamente conformes á las leyes musicales, y he ahí por qué de sus movimientos resultaba un concierto celeste: la armonía de las esferas <sup>2</sup>.

Además, según la doctrina pitagórica, todos los cuerpos están compuestos de puntos que forman un número, pero esas unidades, esas monadas, no son sino puntos geométricos, separados por intervalos: luego una línea, una superficie y un sólido no son en el fondo, sino agregados de puntos <sup>3</sup>.

A esas sutilezas aritméticas se juntaba una doctrina verosímilmente de origen indio ó egipcio, la de la transmigración de las almas, de la metempsícosis, que hacía del mundo una mansión arreglada para la expiación y penitencia <sup>4</sup>, sanción penal de existencias anteriores.

La escuela pitagórica llevó, pues, al extremo la puerilidad y la sinrazón de las concepciones *a priori* que imaginaron los primeros pensadores griegos para explicar un universo todavía inexplicable, puesto que aun había de crearse la ciencia.

El mago Pitágoras es, en la filosofía griega, el

---

1 Draper, t. I, p. 167.

2 *Ibid.*, p. 170.

3 *Ibid.*, p. 168.

4 *Ibid.*, p. 171.

más feliz de los visionarios desligados de la experiencia. No es el único, porque la mayor parte de esos primeros pensadores de Grecia imaginaban más que observaban; su esfuerzo se dirigía más á adivinar la verdad que á descubrirla. En ese género quimérico la palma corresponde á Pitágoras; Empedocles marchó sobre sus huellas; como él es un espíritu oriental, que profesaba la doctrina fundamental del brahmanismo, la de las transmigraciones, pretendiendo acordarse con seguridad de haber sido sucesivamente hombre, mujer, planta, ave y pescado. Predicaba una disciplina ascética por la cual podía alcanzarse la liberación de la cadena de las metamorfosis; había que purificarse de todo odio, abstenerse de los alimentos impuros, no verter la sangre de ningún animal, etc. En resumen, la doctrina de Empedocles parece calcada sobre la de un budhista que aspira al *Nirvana*, existiendo ciertamente más de una coincidencia fortuita. Afectaba, como Pitágoras, aspecto sacerdotal y hasta usaba vestiduras de sacerdote <sup>1</sup>. Como la infancia del individuo, la de la filosofía merece el beneficio de una gran indulgencia: no se ha de ser demasiado severo con esas desviaciones quiméricas de la especulación primitiva.

Entre esas intuiciones que de tan lejos precedían la ciencia, merece ser citada en primer término una idea, frecuente entre los pensadores de la Grecia antigua, según la cual la materia, la substancia del mundo es una, eterna, indestructible, aunque per-

---

<sup>1</sup> Ritter, *loc. cit.*, I, pp. 431-453.—Tiedemann. *Manuel de l'hist. de la phil.*, pp. 122-123.

petuamente mudable, de donde la consecuencia necesaria que nada material ha podido crearse ni podrá ser aniquilado. Semejante concepción del universo inutiliza los dioses, y Xenófanes no ve en ellos más que ilusiones anímicas y antropomórficas. ¿Por qué son negros los dioses etiópicos? ¿Por qué los de los tracios tienen los ojos azules? Porque en todas partes se ha creado el hombre dioses á su semejanza. Si los bueyes, los leones, etc., etc., tuvieran manos, pintarían y esculpirían divinidades bovinas, leoninas, etc. <sup>1</sup>, y en esto no serían más irracionales que los hombres. Para la escuela de Eleo, á que pertenecía Xenófanes, sólo hay que ocuparse de las cosas observables <sup>2</sup>. Esos tanteos tan sensatos no libraron á los filósofos helénicos de muchas divagaciones quiméricas, porque, si presentían la ciencia futura, no la poseían; pero en las especulaciones primitivas de ninguna otra raza no se encuentran tales vislumbres de razón.

En primera fila de esos pensadores prematuros han de colocarse aquellos á quienes nuestra ciencia moderna es deudora de una consideración genial sobre la constitución íntima de la materia, los *atomistas*. El primero, Leucipo, imaginó que la substancia del universo podía ser constituida por partículas invisibles é indivisibles que llamó *átomos*. Perpetuamente en movimiento en el espacio vacío, esos átomos producen todas las cosas por el juego de sus agregaciones y disgregaciones. A Demócrito corresponde el honor de haber desarrollado

1 Ritter, p. 361.

2 *Ibid.*, p. 390.

la concepción de Leucipo, exponiendo que la substancia del universo está constituida por átomos eternos, de cualidad esencialmente idéntica, pero desemejantes por la forma y el volumen. Al atomismo unió una ética intelectual: quiere la abstención de los groseros placeres sensuales, que dejan tras de sí un residuo de repugnancia y dolor; glorifica, por el contrario, los goces del espíritu, la felicidad del saber, el placer de descúbrir la verdad <sup>1</sup>.

Epicuro no fué el inventor del atomismo, pero vulgarizó la doctrina y dedujo sus consecuencias. Relegó los dioses, inútiles ya, á una lejana y tranquila mansión, donde no se ocupan de los hombres, entendiéndolo librar de ese modo á la humanidad de la obsesión de los terrores supersticiosos. Invalidados los dioses, Epicuro se esfuerza por explicar sin su intervención los grandes problemas que plantea la filosofía. Admite la generación espontánea, la selección, la herencia, la sucesión de las edades de piedra, de bronce y de hierro, la invención del fuego, etc. Abordando la psicología humana, parte, como los psicólogos contemporáneos, de la sensación, á la cual une la memoria y la imaginación, conocimiento *anticipado* de las cosas; la acción nace del deseo, basado sobre una impresión de placer ó de pena <sup>2</sup>; el placer es, pues, el objeto de la existencia; mas conviene buscarle con prudencia, y para guiar á los hombres hacia ese fin formula cuatro *cánones*, cuatro reglas apli-

---

1 Ritter, *loc. cit.*, I, pp. 480-495.—A. Croiset, *Hist. de la litt. grecque*, t. IV, p. 176.

2 A. Lefèvre, *loc. cit.*, pp. 151-171.

cables á todos los casos particulares que pueden presentarse en la vida, á saber: 1.º evitar el placer que produce una pena; 2.º evitar una pena que no produce placer; 3.º evitar el placer que priva de un placer mayor ó produce mayor pena; 4.º soportar la pena que evita otra mayor ó asegura un mayor placer <sup>1</sup>.

Por incompleta y breve que forzosamente sea mi exposición del movimiento filosófico en la Grecia antigua, he de mencionar tres nombres; pero esos nombres y las ideas que representan, son de tal manera conocidas, que puedo sin inconveniente reducir mucho su exposición: me refiero á Aristóteles, Platón y Sócrates. Por el método, Aristóteles y Platón son antitéticos: el uno se declara por la experiencia, la observación y el análisis; quiere que se recojan primero hechos particulares y que se parta de ellos para elevarse á las leyes generales <sup>2</sup>; el otro se coloca en la parte diametralmente opuesta de ese método: se apoya sobre ideas preconcebidas, abstractas y tradicionales, las admite como artículos de fe, y pretende que desde esas alturas se descienda á los hechos particulares. El primero, Aristóteles, representa la inducción, el método científico; el otro, Platón, el *a priori* y el método deductivo: ambos han tenido en el dominio intelectual una brillante fortuna, aun no desvanecida. Los metafísicos y los hombres de imaginación se declaran por Platón, y es natural que así sea: es uno de sus antepasados eponimos, como decían los griegos. Los metafísicos de Grecia vieron en él más que un

---

1 Batteaux, *La Morale d'Epicure*, pp. 245-246.

2 A. Croiset, *loc. cit.*, c. XI (passim).

hombre: un semidiós. Refiere una leyenda, en efecto, que Platón resultó de una concepción inmaculada: su madre Perictione, sin dejar de ser virgen, fué fecundada por Apolo; después de esa concepción divina, Perictione hubo de casarse con un simple mortal, pero el dios tuvo la honradez de revelar la cosa á Ariston, el futuro esposo, quien pasó adelante, resignándose al papel de padre putativo. *Pater est quem nuptiæ demonstrant* <sup>1</sup>. No obstante, á pesar de su semidivinidad, Platón no es un puro idealista, porque, como la mayor parte de los filósofos antiguos, cree en la eternidad de la substancia y admite tres principios primeros: Dios, la materia amasada y modelada por Dios y las cosas animadas é inanimadas <sup>2</sup>.

Por su parte, y á pesar de su método inductivo, Aristóteles no es un puro materialista. Es materialista, á lo menos prácticamente, en su *Política*, que es un bosquejo de sociología de observación, tal como podía hacerse en su tiempo; pero no lo es en su *Moral* y sobre todo en su *Metafísica* que, durante siglos, ha extraviado toda nuestra enseñanza escolástica de Occidente. Sin esbozar siquiera la doctrina metafísica de Aristóteles, recordaré solamente que atribuye el movimiento de los astros á un misterioso motor inmóvil, que es Dios, y que admite la existencia en el hombre de un alma inextensa <sup>3</sup>. Nuestros metafísicos no han excedido jamás esa concepción tan poco sostenible.

---

1 Draper, *loc. cit.*, p. 230.

2 *Ibid.*, p. 220.

3 *Ibid.*, p. 221.

A Sócrates, que fué más bien un moralista que un filósofo comparable á los otros, sólo he de mencionarle aquí para admirar el carácter del hombre, que, sacrificándose por sus doctrinas, dió á su tiempo y á todos los tiempos un grande y noble ejemplo.

## V. — EL MÉRITO Y LA REPRESENTACIÓN DE GRECIA

En nuestro estudio sobre la evolución mental en la humanidad, acabamos de dar un paso adelante y evidenciar una vez más que los diversos tipos humanos se escalonan siguiendo una graduación progresiva, no en los puntos de partida, sino en los de llegada. En el origen, las grandes efigies del género humano, el hombre negro, el hombre amarillo, el hombre blanco, se equivalen y valen poco. Después se desarrollan esos salvajes muy lentamente, pasando por fases sensiblemente las mismas; ascienden más ó menos pronto y más ó menos alta la escala del progreso. Jamás las razas negras han fundado un estado comparable á la China; tampoco ha existido en el mundo amarillo una Grecia mongólica; la misma civilización helénica marca un punto culminante adonde no han podido llegar berberiscos, semitas ni arias, esas otras y principales variedades de la raza blanca. Hasta se está en el derecho de pretender, que en el día, ninguna de las naciones europeas ó civilizadas á la europea alcanza un desarrollo intelectual comparable al de la Grecia antigua. Si en mucho somos superiores á los pensadores helénicos, débese

al tesoro acumulado de nuestros conocimientos, no al empuje de nuestro espíritu; todavía debemos á esa misma Grecia haber sacudido hace pocos siglos el entorpecimiento intelectual de nuestra Edad Media; ella nos ha hecho sentir la belleza estética; comprender y apreciar la verdad científica al mismo tiempo que nos daba gloriosos ejemplos de heroismo cívico y aun, lo que es seguramente más raro, de heroismo intelectual.

Por otra parte, las libres ciudades helénicas difieren ventajosamente de las civilizaciones que precedieron y siguieron la suya. China, Egipto, Caldea, India, sufrieron en plena evolución mental una detención de desarrollo, cuya causa residía en sus mismas instituciones. No así en Grecia, donde gobiernos, clases ó castas directoras, los sacerdotios, nadie en fin, pudo paralizar jamás la filosofía y la ciencia helénicas; es más, ni lo intentaron siquiera formalmente. El Areópago hubiera podido representar un papel comparable al de nuestra Inquisición, y no lo quiso. Apenas pueden señalarse media docena de persecuciones individuales por el crimen de pensamiento demasiado libre en toda la duración de la independencia helénica. Las más célebres de esas persecuciones son las que sufrieron Protágoras y Sócrates. Sólo este último fué sacrificado, pero todos los que han leído el *Criton* saben que hubiera podido salvarse por un destierro voluntario.

Terminaré, pues, este capítulo asociándome al elocuente elogio que hace Lucrecio de la ciudad griega por excelencia, de Atenas, en su poema sobre la *Naturaleza de las cosas*:

«Atenas, nombre que brilla con luz inextinguible; tú, la primera, diste á los mortales angustiados el tesoro de las mieses y del régimen popular, dando vida al hombre por segunda vez <sup>1</sup>.»

Lo que Lucrecio entiende glorificar en Atenas es el brillo intelectual y sobre todo la grandiosa intuición, base de la filosofía epicúrea, la teoría atómica, que nuestra ciencia moderna trabaja para completar.

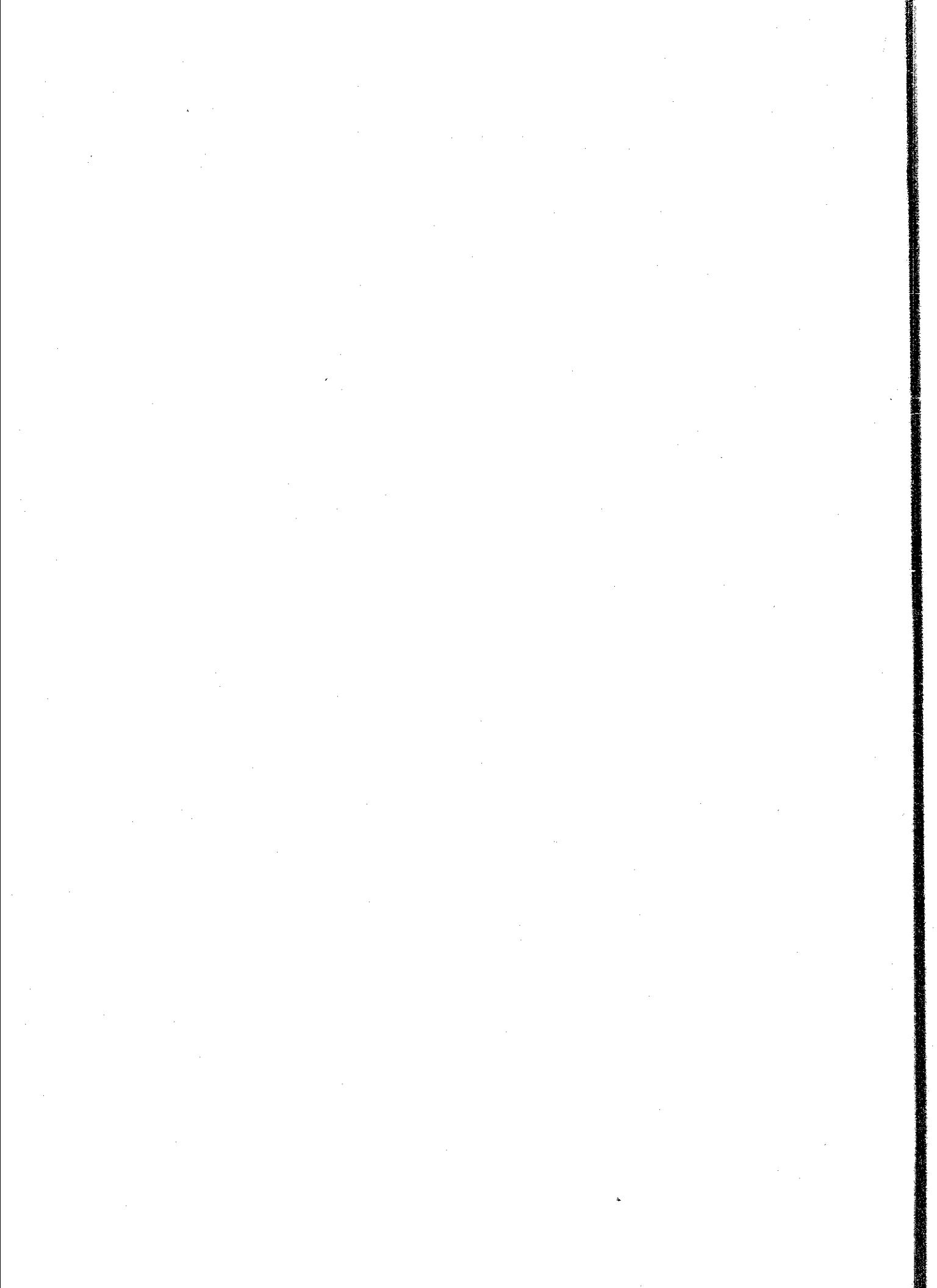
En estilo de historiador, Tucídides, á su vez, ha elogiado la Atenas política <sup>2</sup>: su constitución, combinada para la utilidad del mayor número, que los otros pueblos imitan, pero que ella no imitó. Atenas, dice, sobresale en conciliar el gusto con la sencillez, la cultura del espíritu con la energía: ella es la escuela de Grecia. Hoy podemos añadir que Grecia ha sido la escuela del mundo civilizado y, en primer lugar, la escuela de la Roma antigua.

---

1 Libro VI, tomado libremente de la traducción de A. Lefèvre.

2 Tucídides, l. II, 57, 40, 41.

---



# ÍNDICE

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### La mentalidad china

	<u>PÁGS.</u>
Los orígenes. . . . .	5
La sensualidad china. . . . .	12
La estética china . . . . .	15
La invención y la rutina . . . . .	17
El carácter chino . . . . .	22
La instrucción en China . . . . .	28
La inteligencia china. . . . .	36
Los factores del espíritu chino . . . . .	39
El Japón y la China . . . . .	44

## CAPÍTULO II

### La mentalidad en el mundo egipcio

Los periegipcios. . . . .	46
Los guanches . . . . .	48
Los touaregs. . . . .	51
Los kabilas . . . . .	55
Los hovas. . . . .	59
Los etíopes modernos. . . . .	63
El Egipto antiguo . . . . .	67

## CAPÍTULO III

### La mentalidad semítica

Beduinos y árabes primitivos. . . . .	85
Los árabes . . . . .	90
De la industria árabe. . . . .	95
De la inteligencia árabe. . . . .	96
La moralidad judía . . . . .	102
La inteligencia judía . . . . .	106
La Caldea y sus ciencias. . . . .	108
De la génesis de las ciencias . . . . .	113
Influencia de los semitas en la civilización general. . . . .	115

## CAPÍTULO IV

### La India y su mentalidad

	<u>PÁGS.</u>
Pueblos primitivos ó bárbaros. . . . .	117
Arias é indos. — Costumbres primitivas . . . . .	124
La moral y el ascetismo. . . . .	123
La inteligencia inda y su característica . . . . .	130
La lengua y la escritura. . . . .	133
La ciencia matemática . . . . .	135
Las ciencias naturales y la ciencia . . . . .	139
La detención del desarrollo científico . . . . .	142

## CAPÍTULO V

### La mentalidad helénica

Primitiva mentalidad de los griegos. . . . .	147
La evolución estética en Grecia . . . . .	151
La literatura helénica . . . . .	157
La filosofía helénica . . . . .	160
El mérito y la representación de Grecia . . . . .	177

---

## **PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA**

---

La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente.

Atendiendo á esta importantísima consideración, la **Escuela Moderna**, tanto para sí como con el propósito de ayudar á las que se establezcan con análogo propósito, ha fundado su biblioteca, para lo cual ha publicado ya las obras siguientes:

### **OBRAS PUBLICADAS**

---

**Cartilla. Primer libro de lectura.**

**Aventuras de Nono. Segundo libro de lectura.**

**Patriotismo y Colonización. Tercer libro de lectura.**

**Cuaderno Manuscrito. Pensamientos humanitarios.**

**Origen del Cristianismo. Cuarto libro de lectura.**

**Epítome de Gramática Española, por Fabián Palasí.**

**Resumen de Historia de España, por Nicolás Estévanéz.**

**Compendio de Historia Universal, por Clemencia Jacquinet.**

**Tomo I. Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.**

**Tomo II. Edad Media y Tiempos Modernos.**

**Tomo III. De la Revolución francesa hasta nuestros días.**

**Nociones de Idioma Francés, por Leopoldina Bonnard.**

**La Substancia Universal, por A. Bloch y Paraf-Javal.**

**Geografía Física, por el Dr. De Buen. Prefacio de Elíseo Reclús.**

**León Martín, por C. Malato.**

**Psicología Etnica, por Ch. Letourneau, tomos I, II y III.**

Elementos de Aritmética, (1.<sup>a</sup> parte), por Condorcet, Vogt y Paraf-Javal.

Botiquín escolar, por el Dr. Martínez Vargas.

Nociones sobre las primeras edades de la humanidad, por J. Engerrand.

*Cantos de la Escuela Moderna*

Los Juguetes. Letra de N. Estévanez. Música de A. Codina.

¡Empecemos! Letra de F. Salvochea.

La Vida. Letra de Jaime Bausá. Música de Pedro Enrique de Ferrán.

*Próximamente a publicarse*

Psicología Etnica, por Ch. Letourneau, tomo IV.

*En preparación*

Aritmética (2.<sup>a</sup> parte), Geometría y otras.

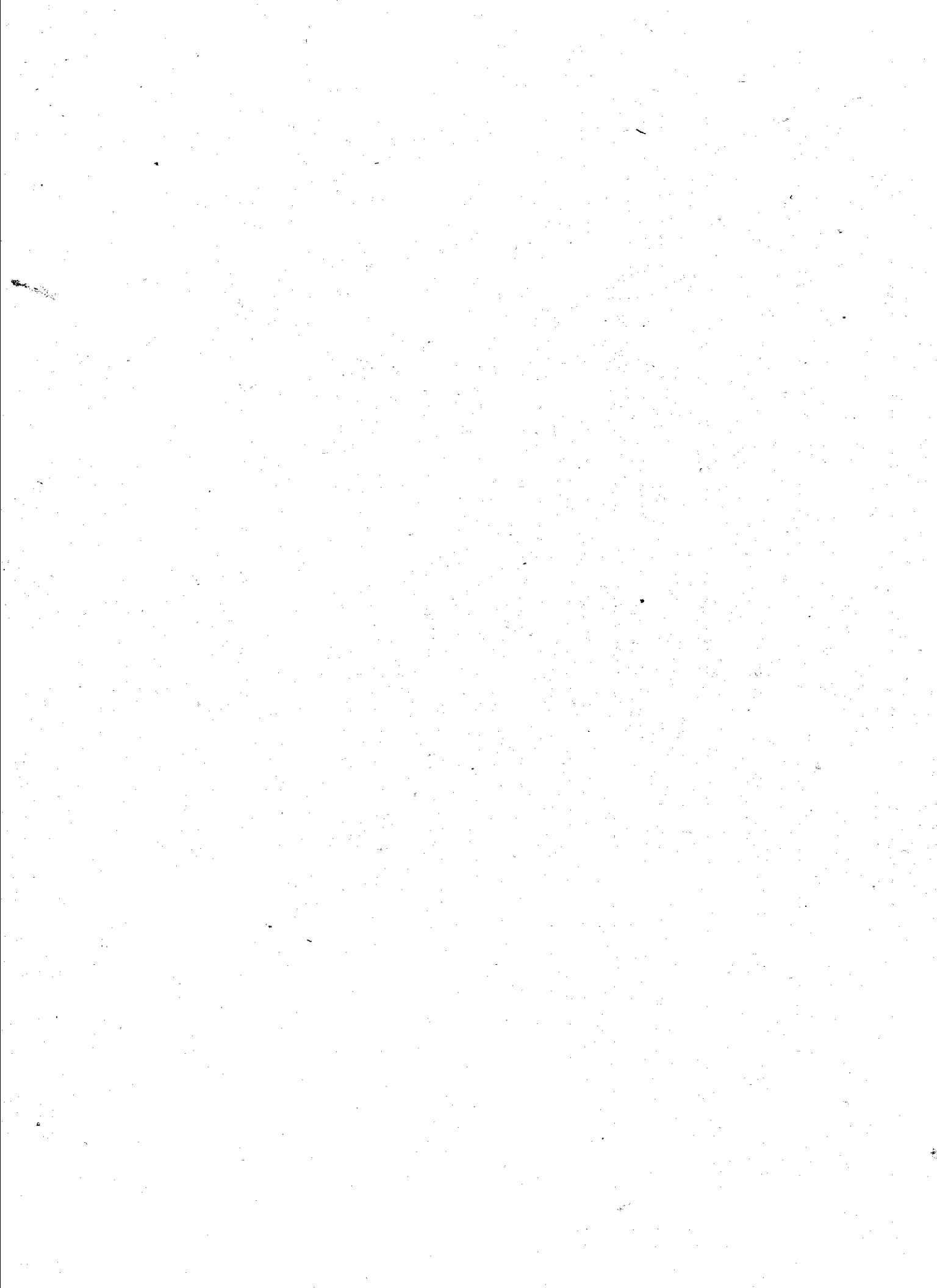
---

Para cada volumen 2 pesetas. Cartilla y Cantos 1 peseta. Botiquín Escolar, 0'50 pesetas. A los señores correspondientes 25 % descuento. A los envíos del exterior se carga el franqueo. A las escuelas descuento especial.

---

**BOLETIN DE LA ESCUELA MODERNA.** —  
Publicación mensual, á excepción de Julio y Agosto, dedicada á la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad; utilísima á los profesores y á cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento.

Precio: 2 pesetas anuales; exterior, 2'50 pesetas



ESCUELA MODERNA  
CALLE DE BALE... BARCELONA  
70

